

LA
ESPAÑA MODERNA

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

JUNIO — 1889

MADRID

IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL.

Flor Baja, 22

—
1889

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de LA ESPAÑA MODERNA.

SEDUCCIÓN

(AGUA FUERTE.)

EL Director de LA ESPAÑA MODERNA me había pedido un cuento para su naciente publicación. Le dije lo que suele decirse en estos casos: que me honraba mucho, que tendría un gran placer en escribirlo así que mis ocupaciones lo consintiesen, que seguramente no respondería á sus esperanzas, etc., etc. En fin, lo que decimos todos para responder cortésmente al ruego de una persona simpática y amable. Pues bien: el señor Lázaro no me creía. Se lo estaba conociendo en los ojos. Y como no me creía, no cesaba de insistir, á pesar de la promesa, procurando que ésta fuese perdiendo la grata vaguedad que para mí tenía, y adquiriera una antipática y horrible precisión. — «¿Me lo dará V. para el número que viene?.... ¿En qué día, poco más ó menos, podré recogerlo? ¿Puedo anunciarlo ya en la cubierta de la Revista?» Á cada una de estas preguntas contestaba yo del modo más ambiguo y absurdo que Vds. pueden imaginarse, defendiendo siempre aquella preciosa vaguedad con

todas mis fuerzas. El Sr. Lázaro me creyó, ó hizo como que me creía, y salió de mi casa satisfecho, al parecer.

Pero no lo estaba. Pude convencerme de ello cuando le vi, á los pocos días, entrar en la *Cervecería inglesa*, sentarse á mi lado y tomar sin gana café. Me habló de cosas indiferentes, se mostró afable, cariñoso, y no mentó para nada la terrorífica promesa. Tocó el punto de mis novelas, y dijo de ellas lindezas, que me probaron que el Director de LA ESPAÑA MODERNA conoce bien el corazón de los artistas. Pero donde hizo hincapié para los elogios fué en mis *Aguas fuertes*. Confieso que, cuanto más amable se mostraba, más se me iba cayendo el alma á los pies.—« ¡Diablo, diablo! (decía para mí.) Después de esto, ¿con qué cara voy á negarle yo el cuento? » Cuando se despidió, quedéme meditando un rato, me comí el último terrón de azúcar, bebí el último trago de agua, y dije, dando un suspiro:—« Pues, señor, no va á haber más remedio que escribir un *agua fuerte* ».

Acto continuo me puse á buscar el argumento. Salí de la cervecería con ese exclusivo objeto, y me lancé á las calles á ver si con el fresco acudía alguno á mi cerebro solitario. El calor de la cervecería es funesto para los argumentos: se lo advierto á los jóvenes naturalistas; casi tan funesto como las veladas poéticas del Ateneo. Me lo dijo un poeta dramático á quien silbaron hace poco un drama en el teatro Español, y que achacaba su fracaso á la atmósfera espesa que respiraba por las tardes, y al abuso de las conferencias. Así es que desde entonces, en cuanto necesito ideas, dejo el Ateneo y me voy á escape al Campo del Moro, paraje donde, según mi amigo, suelen ocurrírsele á uno las grandes cosas. Las únicas redondillas aplaudidas en el drama que se le desgració, allí fueron compuestas.

Salí, pues, como digo, y á cortos y vacilantes pasos, como suele caminar el que tiene que decir algo en una Revista literaria y no sabe qué decir, me encaminé por la Carrera de San Jerónimo hacia la Puerta del Sol, y desde allí, por la calle del Arenal, hacia el supradicho Campo del Moro, esperando que antes de llegar á él, y sólo por las buenas intenciones que revelaba, la fortuna me deparase un asuntillo medianamente agradable. Lo que son los pisotones en los callos, casi todo el mundo lo sabe; pero lo que es buscar un argumento, sólo los escritores públicos. Si el lector es cazador, podrá representarse algo parecido, recordando alguno de esos días en que se camina horas y horas por entre jarales debajo de un sol canicular, sin descubrir ni un bando de perdices, ni la cabecita gris de un conejo. Y figurándose la expresión absorpta, melancólica, desconsolada, de su fisonomía en tales momentos, puede llegar á calcular cómo sería la de este su humilde servidor marchando por las calles de Madrid.

—Hola, Vinagrera, ¿cómo está V.?

—Perdone V., amigo; no me llamo Vinagrera, sino Vinajeras.

—Dispéñseme V., por Dios. En este momento me había confundido....

—No tiene nada de particular. ¡Vds. los escritores llevan tantos asuntos en la cabeza!....

—Verdad, verdad, —respondí descaradamente, en vez de extender la mano y decir como los mendigos: «Deme V. uno, por el amor de Dios».

Un poco más allá saludé muy sonriente á una persona, que me miró con asombro, sin corresponder á mi cortesía. «¿Dónde tendré la cabeza?», me dije, poniéndome colorado. Me figuré que trataba á aquél caballero, y sólo le co-

nocía de verle plantado frente á mi casa haciendo muecas á la vecina del segundo.

Al pasar por delante del teatro Real, me asaltaron intenciones de escribir un cuento basado en cierto episodio en que figuraba una bailarina, á quien tuve el honor de tratar una corta temporada; pero iba á resultar un poco libre, y desde que mi amigo el librero Sr. Fe me ha dicho que mis obras van haciendo fortuna entre las damas, estoy tan encogido y temeroso, que apenas me atrevo á nombrar la camisa ó los calzoncillos por no ofenderlas. En la plaza de Oriente vi asomada á los más altos balcones de Palacio á una pareja de jóvenes que reían y charlaban, mientras una bandada de pájaros revoloteaba en torno suyo, posándose en la cornisa para escuchar sus ternezas, y lanzándose después á los aires con agudos chillidos para contárselas á sus compañeros. Un centinela de los que guardan las entradas de la plaza, inmóvil sobre su caballo, contemplaba fijamente á la atortolada pareja; y ¡Dios sabe los pensamientos insanos que en aquel momento cobijaría su casco refulgente á la prusiana! Ocurrióseme^{*} entonces que podría escribirse una historieta colocando la escena en los pisos altos de Palacio, que lo mismo podría ser historia de hombres que de pájaros: mas consideré en seguida que mis correligionarios son muy suspicaces: seguro que habrían de ver en este cuento un medio indirecto y solapado de aproximarme á la Monarquía y hacer traición á nuestros ideales. Si por ello me hiciesen ministro ó algo siquiera de lo contencioso, bien sé que no me dirían nada, porque otros lo han hecho sin enojarles; pero hablar de los palacios sin odio y sin haber recibido de ellos merced alguna, esto no es lógico, y no lo ha tolerado ni lo tolerará jamás un buen exaltado.

Bajé las rampas que conducen al Campo del Moro, y al

pretil de una de ellas me asomé para contemplar un momento el paisaje. El poniente de Madrid es de una austeridad tal, ofrece á la vista un aspecto tan imponente, que siempre me ha conmovido. Sólo los espíritus vulgares se obstinan en negar belleza á este pedazo de tierra negra y adusta que el Guadarrama nevado corta allá á lo lejos. La mayor parte de los hombres no admiran más que lo que ha sido antes admirado por otros: el golfo de Nápoles, el gran canal de Venecia, el lago de Ginebra, el *mont Blanc* y el *mont Cenis*. Además, para ver estas cosas hay que hacer un viaje costoso, tener buena posición; y sabido es lo que influye el coste del viaje en la belleza de los paisajes. Yo, que soy un espíritu amplio, aunque sin dinero, admiro el Guadarrama. Ofrecía éste en aquel momento un color azulado: sus flancos negros rasgaban el blanco sudario de nieve con que el invierno le había vestido: algunas nubes largas, finas, de color violeta, en forma de cejas, permanecían suspendidas sobre él, destacándose de un cielo blanquecino. El sol, envuelto en una masa de vapores de fuego, le miraba soberbio antes de hundirse. Jamás se había dignado visitarle. Se contenta con mirarle desde que sale hasta que se pone. La tierra que se extiende hasta llegar á él es pobre, estéril para el ganado; no hay campos de trigo y cebada, ni verdes praderas rientes: se halla cubierta en su mayor parte de jara y retama, sembrado por doquier de madroños. Esta vegetación de un verde obscuro, los grandes pedruscos de formas monstruosas esparcidos en el suelo desde las grandes catástrofes geológicas, y las líneas severas de sus lomos desiguales, dan á este paisaje un aspecto sombrío, desconsolado, trágico, que impresiona vivamente el ánimo. Mas, ¡ay!, su belleza extraña jamás gozará de crédito, porque ni los hombres de buena posición, ni el ganado, son admiradores de lo trágico.

Seguí bajando las rampas, y penetré en los jardines del famoso Campo. Había más soldados y cocineras que escritores públicos; y no me sorprendió. Son pocos todavía los que están en el secreto de mi amigo el poeta dramático. Confiado en su experiencia y en la propia, me puse á recorrer lentamente los arenosos caminos, y para que mejor pudieran penetrar en mi cerebro las buenas ideas que allí están agazapadas en las copas de los árboles, despojéme del sombrero y caminé con él en la mano, á riesgo de tomar un resfriado. Pero, ó estaban dormidas, ó no tenían ganas de cambiar de postura, porque no rebulleron, y eso que en la vida las llamé con más necesidad. Imagino que se espantaron del trompeteo horrísono de algunos reclutas á quienes un cabo enseñaba por principios el arte de tocar la corneta.

Al cabo de media hora larga de dar vueltas, observé con gozo que empezaba á hinchárseme la cabeza, y me sonaba algo dentro de ella, como cuando caen garbanzos en el suelo. Es un síntoma precioso, según mi amigo. Jamás se le ocurrió á él una escena de esas que arrancan bravos en el público, y copian los periódicos al día siguiente, sin que antes le sonasen los consabidos garbanzos en el cerebro.

Me dispuse á recibir la inspiración con el mayor recogimiento posible y en una postura cómoda. Me senté en un banco de piedra. Á mi espalda sentí el rumor de una conversación, y estuve tentado á levantarme: mas al volver la cabeza, advertí que era una pareja juvenil la que allí platicaba sentada y vuelta de espaldas en otro banco no más blando que el mío. La mitad de aquella pareja me gustó mucho á la primera ojeada. La otra mitad, no. Y en consideración á la primera, decidí aguardar un instante, sin tener presente que no se puede jugar con la inspiración.

Era ésta (la inspiración no, la mitad de la pareja) una joven regordeta, carirredonda, ojos expresivos y vivarachos, y nariz un tanto remangada. Una criatura no hermosa, pero sí muy salada. El caballero que á su lado estaba no era ni hermoso ni salado: flaco, cara muy larga, pómulos salientes, luenga barba rubia y descuidada; ojos apagados, mortecinos; muy lacio y desmayado todo él. Habrá lector que diga leyendo esta descripción: « ¡Qué observación tan penetrante la de estos escritores realistas: describe con pelos y señales el rostro de aquellos jóvenes, y estaban de espalda! » Si lo dices sin ironía, caro lector, muchas gracias; mas si has aprendido en el teatro de Eslava los refinamientos humorísticos y hablas con segunda, te diré que estaban de espalda, sí, pero en línea oblicua conmigo; de suerte que en posición natural les veía media cara, y cuando al accionar cambiaban de postura, se la veía toda. Es más; y perdona la fatuidad: creo que la joven me la enseñaba adrede, así que advertí, y lo advertió bien pronto, que no me desagradaba con ello. « ¡Oh, las mujeres! », exclamó mi amigo el poeta dramático cuando se lo conté, quedando sumergido en un piélago de reflexiones hondas y tristes, que no me atreví á interrumpir.

Mi genio observador me hizo comprender pronto que eran casados, ayudado un poco por estas palabras que oí distintamente á la joven:

—Desde que estamos casados no te has encargado camisas, ¿verdad?

¡Uf! ¡Camisas! ¡Perdón, señoras, perdón! Se me ha escapado esta palabra indecente. No volveré á hacerlo más.

La conversación del matrimonio era asaz prosaica. No obstante, la joven esposa me iba pareciendo cada vez más poética. Yo no sé lo que tienen las mujeres bonitas,

que hasta cuando nombran la c.... hieren el corazón dulcemente. Hablaba ésta de la ropa blanca con la competencia de una lavandera, envolviendo á su marido en una mirada tan tierna y apasionada, que realmente era para enloquecerle. Lo cual no impedía que de paso hiciera lo posible para enloquecerme á mí, dirigiendo de vez en cuando á mi banco unas miraditas rápidas y provocadoras, que iban reblandeciendo poco á poco los sesos de este humilde escritor, y dejándolos inservibles por el momento para escribir ningún cuento destinado á LA ESPAÑA MODERNA, ó á otra cualquiera publicación. Lo cierto es que no me acordaba poco ni mucho de mi compromiso. La joven casada lo sabía perfectamente, no me cabe duda, y me alentaba á perseverar en el olvido con una serie infinita de ademanes mimosos llenos de coquetería, que no dudé iban encaminados á fascinarme ó hacerme sucumbir de admiración. Las monadas y preciosidades que aquella mujercilla hizo en pocos momentos con los ojos, con los labios, con las manos, y, en general, con toda su regordeta persona, no son para descritas. Mas á la par que me sentía atraído y enamorado de su gracia, el negro remordimiento se iba apoderando de mi alma. En punto á moral, yo no me tengo por un héroe de Pérez Escrich, ó del *Almacén de los niños*; pero tampoco me doy por aludido cuando oigo á los predicadores hablar de «esos seres depravados y abyectos encenagados en el vicio». Profeso al matrimonio tanto respeto por lo menos como un diputado conservador. Sé muy bien, porque lo he leído en el *Ideal de la Humanidad* de Krause con notas de Sanz del Río, que el hombre y la mujer deben unirse con vínculo indisoluble en toda su individualidad, y hermanar la oposición primera y la más interior de nuestra naturaleza, la del sexo, formando un

hombre superior para el cumplimiento solidario de todos los fines humanos. Por lo tanto, es lógico que el placer que me causaba la contemplación de la gentil esposa, y el tiroteo de miraditas, que ya se había generalizado entre nosotros, fuese acompañado de un dejo amargo. El quebrantamiento de los preceptos de la moral lo produce siempre. Me seducían las mejillas sonrosadas de la joven; su boca fresca y húmeda me causaba suavísimo estremecimiento, no sé si en el cuerpo ó en el espíritu. Pero al mismo tiempo la idea de que por mi culpa aquellos jóvenes no hermanasen la oposición primera y más interior de nuestra naturaleza, y no realizasen el cumplimiento solidario de sus fines, me infundía horror y tristeza. Estuve por levantarme y alejarme de aquel sitio, dando satisfacción á mi conciencia. Ruego al lector que lo crea. Cuando iba á llevar á cabo esta obra meritoria, que el cielo premiará seguramente, no sé en qué forma, aunque me alegraría fuese en dinero, observé que el matrimonio había cambiado de conversación. No hablaban ya de ropa interior, sino de algo más interior aún; de las novias que el señor marido había tenido antes de casarse. Bajaron el tono; pero aún les oía medianamente, sobre todo al caballero, que tenía una voz bronca, de esas que no admiten falsete. Con disimulo me fuí corriendo hasta quedar sentado en la punta del banco.

—Pero ¿á cuál de las dos has querido más: á Felisa ó á Socorro?—preguntaba ella.

—Á ninguna; á la única que he querido, ya lo sabes, es á María.

—Sí, sí (repuso ella con acento melancólico); ya sé que á esa la has querido más que á mí.

—No seas tonta; más que á ti á ninguna. María era una chica muy buena, muy sencilla, muy cariñosa....

—¡Claro!; ¡pues por eso!, porque valía más que yo la has querido más.

—Yo no he dicho que valía más que tú. Ella era buena, y tú también...., y á ti te he querido más, puesto que me he casado contigo.

La joven quedóse unos momentos silenciosa y cabizbaja, como si dudase de las palabras de su marido, y la duda la causara pena. Al fin, levantando su cabecita y mirándole con ojos maliciosos, y mirándome después á mí con más malicia aún, se atrevió á decirle tímidamente:

—¿Y con una mujer casada no has tenido nunca relaciones?

—No; jamás,—respondió él, trazando al mismo tiempo rayas en la arena con su bastón.

—¡Vamos, no seas hipócrita, Lonchín!.... Á todos os gusta la fruta del cercado ajeno.

Y al decir esto me echaba una miradita burlona y risueña, que me electrizó.

Lonchín persistió en su negativa, sin dejar de dibujar figuras geométricas en la arena.

—Vaya, Lonchín; cuéntamelo.... Si á mí no me importa, y por eso no me he de enfadar.... Con tal que de aquí en adelante seas fiel....

—Te digo que no, mujer. Me ha parecido siempre una acción indigna poner en ridículo ó robar la dicha á otro hombre.

Se conoce que Lonchín había leído también el *Ideal de la Humanidad*, de Krause, y con más aprovechamiento.

Quedaron algunos momentos silenciosos. Al cabo, el caballero dejó escapar una risita nasal, haciendo al mismo tiempo una bonita greca con el bastón. Parecía reír

con su propio pensamiento, con algún recuerdo que de pronto le asaltara.

— ¡Lo ves cómo has hecho algo prohibido! — exclamó la esposa, mitad sonriente, mitad enojada.

— No, querida; voy á contarte lo que ha sido, para que no levantes castillos. Atiende un poco. Estudiaba yo el último año de carrera: era por Enero, y me hacía ingeniero en Junio. Un sábado recibo en la posada una tarjeta de Moreno, mi encargado, á quien conoces, diciéndome que aquella noche no podía ir á la Comedia, donde tenía abono, y que, si quería, podía ocupar, presentando la tarjeta al acomodador, su butaca, fila siete, número cinco. Recibí un alegrón. Los sábados solía ir al teatro, pero era al paraíso del Real, donde se suda hasta la primer papilla que uno ha tomado. La perspectiva de ir á butaca á un buen teatro y sin costarme un cuarto, me sedujo. Me puse de tiros largos, los más largos que tenía, y después de tomar café con los amigos, me metí en la Comedia. En la fila detrás de mí, esto es, en la ocho, había una mujer preciosa: regordeta, un poco chatilla, así como tú. Ya sabes que no me gusta otra clase de mujeres. Unos ojos saladísimos, de esos que le hacen á uno cosquillas en el alma....., como los tuyos.

— Muchas gracias.

— No hay de qué.

Á su lado estaba un caballero joven y no mal parecido, que debía de ser su marido. Pues, señor, como yo no fumo, y tenía pocos amigos en aquella época, en vez de salirme al vestíbulo, me dediqué á contemplar á aquella señora, que me gustaba, te lo confieso, de un modo atroz. El marido se conoce que era un hombre poco celoso y á la buena de Dios. No se fijó poco ni mucho en ello, y eso que no la quitaba ojo. Leyó *La Correspondencia*, *El*

Correo, El Día, cada uno en un entreacto. En cambio ella lo notó admirablemente en seguida, y, la verdad, me parece que no la disgustaba. Al menos, con cierto disimulo me echaba miraditas de vez en cuando, que me ponían hueco y esponjado hasta lo indecible. Toda la noche duró aquel tiroteo. No atendía poco ni mucho á la representación. Estaba nervioso, alegrísimo. Nunca las había visto más gordas. ¡Qué sé yo las quimeras que me forjaba para lo futuro! Cuando terminó la representación, procuré salir á su lado, y tuve la dicha de sentir la dulce presión de su brazo contra el mío. Estaba temblando que se fuera en coche. Afortunadamente no fué así. Tomaron el camino de su casa á pie y de bracero, lo que yo sentí como una ofensa personal; pues, en mi concepto, ningún hombre tenía ya derecho á dar el brazo á aquella mujer más que yo. Siguieron la calle del Príncipe hasta el final, escoltados de cerca por mí; entraron en la calle de las Huertas, en la plaza de Matute, en la calle de Atocha, en la de Santa Isabel. De vez en cuando, con poco disimulo ya, ella volvía la cabeza. Cada vez que esto sucedía, yo me sentía transportado al séptimo cielo. Entraron por fin en la calle del Salitre. Estaba bastante obscura y completamente solitaria á aquellas horas. De pronto observo que mi hermosa desconocida vuelve la cabeza con mayor descaro aún que antes, y después de cerciorarse de que yo estaba á corta distancia, se empina sobre la punta de los pies, llama la atención del marido como si fuese á decirle algo al oído, y le sopla en la mejilla el beso más sonoro, más estrepitoso que yo escuché en mi vida....

Chica, por un poco caigo desmayado de vergüenza é indignación.

—¡Qué bien!—exclamó la joven, soltando una alegre

carcajada. Y luego, echándome una rápida mirada, dijo :

—¿Oyes, Lonchín; el beso fué tan bueno como éste?

Y, diciendo y haciendo, se inclinó hacia él y le sopló otro en medio de la cara, que, en verdad, podía sostener la competencia con cualquiera.

—¡Mujer!—exclamó el marido asustado, volviendo la cabeza á todos lados.

Yo di un brinco y me alejé á paso de lobo de aquel sitio.

¿Despechado?

No ; contento, porque llevaba mi artículo en la cabeza.

A. PALACIO VALDÉS.

LA REAL CAPILLA DE GRANADA

I.

RASGOS HISTÓRICOS.

YA hace años que la crítica y la historia sostienen una equivocada apreciación acerca de la Real Capilla de Granada, poniéndola, además, en boca de un monarca que, como Carlos V, era entusiasta de las artes bellas y protector espléndido de los artistas. Dícese que el César, cuando visitó el gótico templo que guarda las venerandas cenizas de Isabel y Fernando, manifestó que esa Real Capilla era pequeño recinto para contener la grandeza de sus abuelos (1); y aunque nada

(1) Desde Pedraza (*Hist. ecles. de Gran.*) viene divulgándose esta versión. Debe tenerse en cuenta, según lo que en el texto se consigna, que Carlos V mandó hacer el sepulcro de los Reyes, sus abuelos, antes de visitar la Real Capilla, y que contrató las pinturas al fresco que no llegaron á comenzarse, y la gran reja construida por el maestro Bartolomé, antes de venir á Granada; y aunque esto parezca que viene á dar la razón á los que tal cosa dijeron, en nuestra opinión modestísima significa lo contrario; es decir, que luego que el Emperador supo que la cripta era mezquina y pobre, y la capilla severa y artística, quiso dejar á sus abuelos en la modesta bóveda donde dispusieron se les enterrara, y decorar dignamente el monumento religioso erigido á sus nombres venerandos.

importe que pronunciara ó no el Emperador esas palabras; pues, después de todo, sólo significarían un rasgo de orgullo de familia ó escaso conocimiento de las artes, conviene consignar que, seguramente, Carlos V no se refirió á la Capilla, sino á la humilde bóveda donde los restos de aquellos monarcas reposan por mandato expreso del Rey Católico, á quien la inolvidable Isabel había autorizado en su testamento para que trasladara su cadáver desde el convento de San Francisco de la Alhambra, donde dispuso se la enterrase, á otra «cualquier iglesia ó monasterio de qualquier otra parte ó lugar destos mis reinos», donde Fernando eligiese sepultura, pues quería que su cuerpo descansara «junto con el cuerpo de Su Señoría, porque el ayuntamiento que tovimos viviendo e que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios ternán en el cielo, lo tengan e representen nuestros cuerpos en el suelo (1).»

Si, como es lógico creer, Carlos V consideró la pequeña cripta mezquina y pobre para tan excelsos Reyes, y por tal motivo encargó al notabilísimo escultor burgalés Bartolomé Ordóñez la construcción, en Carrara, del magnífico mausoleo que tantos años hase creído obra de artistas extranjeros,—como diremos más adelante,—hay que confesar que el César tenía excelente criterio, y que supo, sin contrariar la voluntad y la modestia de Isabel y de Fernando, levantar un hermoso monumento á la memoria de aquellos á quienes la patria debe sus libertades, su unidad nacional y su renacimiento científico, artístico y literario.

No es nuestro propósito describir la Real Capilla, sus

(1) Testamento y codicilo de Isabel I.—Véanse Dormer, *Discursos varios*; Galíndez Carvajal, *Anales*; Mariana, *Hist. de España* (ed. de Valencia, etc.

bellezas arquitectónicas y sus joyas de arte. Todo ello, más ó menos extensa y acertadamente, pueden hallarlo los ilustrados lectores de esta Revista en cualquiera de las guías y descripciones de Granada; pero como hemos reunido algunos antecedentes que, ó no se mencionan en esas descripciones, ó bien resultan disgregados en libros y documentos, vamos á trazar un ligero bosquejo histórico-descriptivo de ese templo, desde su fundación, sirviéndonos de esos datos, muy dignos de ser conocidos.

Las investigaciones históricas en nuestros archivos son sumamente difíciles, por las inmensas lagunas que la falta de papeles abren en cualquiera camino que el escritor se trace para poner en claro un punto de historia ó la descripción de un monumento. Felipe II, — con buena intención, sin duda, pues quiso reunir en uno ó dos archivos nacionales los documentos más importantes de España, — hizo remitir á Simancas y al Escorial gran número de códices y expedientes del municipio de Granada (1), y, según una orden que en la Biblioteca Nacional se conserva, y cuya signatura es Q. 39, dispuso que los libros de la Real Capilla se trasladaran á la librería del monasterio de San Lorenzo del Escorial (2).

(1) «Sin embargo, nos cumple decir en este punto que el monarca (Felipe II) adquirió para los archivos de Simancas y el Escorial muchos documentos de Granada, Córdoba y Sevilla, sin cuidarse de hacerlos constar en tumbos»... *El archivo municipal de Sevilla*, memoria escrita por su archivero D. José Velázquez Sánchez, 1864.— A pesar de que el Rey quisiese enriquecer, á costa de los archivos de las ciudades, los de Simancas y el Escorial, conviene recordar que, muy cuidadoso de la historia patria, envió un interrogatorio á todos los pueblos de España para la descripción é historia de ella, según un manuscrito de la Biblioteca Nacional (Q. 26).

(2) En Simancas se conservan bastantes legajos relativos á la Real Capilla de Granada, cuyo conocimiento sería muy conveniente. Entre otros muchos papeles incluidos en *Real Casa, Descargos de los Reyes Cató-*

He aquí una de las causas de que las noticias históricas que á la Capilla se refieren adolezcan de deficiencia, y aun se contradigan los autores al consignar, por ejemplo, el nombre del alarife encargado de la construcción de esa iglesia, y quiénes fueron los escultores que labraron los notables mausoleos de los Reyes, y de que, por último, se ignore todavía el apellido del maestro Bartolomé, insigne artífice á quien se debe la grandiosa reja que separa los sepulcros del cuerpo de la capilla (1).

De los escritores é historiadores de Granada, el que más y más curiosos datos ha recogido acerca de ese templo, es el ilustre literato D. Francisco Pi y Margall, en su libro acerca del antiguo reino (2). En tanto que nuestro diligente Jiménez Serrano dice que «han desaparecido los libros de actas capitulares del archivo de esta iglesia», y que, por consiguiente, son muy escasas las noticias nuevas que había podido allegar (3), el Sr. Pi logra registrar los papeles que aún se guardan en ese archivo, y tal vez los de Simancas, y copia el siguiente párrafo de la fundación de la Capilla, ocurrida el 13 de Septiembre de 1504, según carta real de esa fecha: «Porque es cosa razonable á todo cathólico cristiano e cristiana, y mucho más á los reyes y príncipes de quien los otros han de *licos*, etc., en la sala del Real patronato de aquel archivo, alacena III, hay cuatro legajos referentes á Capillas Reales (1474-1595), de interés sin duda para la de esta ciudad.

(1) En Simancas se guardan: el concierto con Juan Zagala y Juan de Cubillana, *maestros artilleros de sus altezas*, para la construcción de la reja, y un memorial del maestro Bartolomé, que fué quien la hizo en 1 600 ducados, pidiendo á Carlos V que le pagara su trabajo, puesto que el capellán mayor se negó muchas veces á ello. (*Descargos de los R. C.*, leg. 23 prov.)

(2) *España, sus monum. y artes*, etc.—Granada, Jaén, Málaga y Almería.

(3) *Manual del artista y del viajero en Granada*, 1846.

tomar ejemplo, que demás de facer todo el bien que pudieren en sus vidas, provean como después de su fin se digan por sus ánimas misas e sacrificios e otras oraciones especialmente en las capillas donde fueran sepultados porque nuestro Señor aya piedad e misericordia de sus ánimas e les perdone sus pecados, por ende Nos, considerando e deseando aquesto, acordamos de elegir e señalar iglesia e Capilla donde, quando la voluntad de nuestro Señor Dios fuese de nos llevar de esta presente vida, se digan las misas e sacrificios», etc., etc., no sólo por sus almas, sino por las de los soldados que perecieron en tan santa Conquista (la de Granada), y especialmente por la prosperidad de los Reyes de España (1).

Hasta la muerte de Doña Isabel no se decidió, quizá, de un modo concreto el sitio donde había de edificarse la Capilla; así lo da á entender el párrafo del testamento de la inolvidable Reina de que hacemos mención al comienzo de este estudio, y viene á robustecer esta suposición el hecho de que las primeras instituciones referentes á la Capilla son de 1505, y las obras comenzaron en ese mismo año ó el siguiente, como se deduce de estos curiosos datos que copiamos también del libro del Sr. Pi: «Según consta por otros documentos del mismo archivo, fué nombrado encargado general de las obras Pedro García de Atienza, capellán mayor de la Capilla (2); mayordomo, Fernando Arias de Rivadeneyra; tesorero, Íñigo de Arbias. Tuvieron que derribarse para la obra

(1) No hemos podido ver las *Const.* primitivas; pero en la Real cédula que precede á las de 1758, resulta que en 1505 se dispuso «la fundación, erección y establecimiento de la expresada Capilla», por Instit. ordenadas en dicho año.

(2) Pedraza dice en su *Antig. y excel. de Granada*: «nombraron los Reyes á Pedro García de Atencia por Capellán mayor, con mil y doientos ducados de renta»....

siete casas, que fueron compradas, tres á D. Andrés de Granada, tres á Juan de Cifuentes, y una á Francisco Fernández. Su derribo costó 94 413 maravedises. Encargóse el proyecto á varios maestros, para los cuales hemos encontrado una partida de 3 413; pero dirigió la construcción sólo el maestro Enrique (1), á quien fueron dadas en Mayo de 1512 á cuenta de seis años de trabajo, 6.300 000 maravedises. Posteriormente fueron nombrados el mismo maestro mayor, Pedro Morales y Lorenzo Vázquez *para veer la obra e tramar el cimborrio e tribuna*, y les fueron dados por ellos 23 770 (caj. 3.º, leg. 24, n. 1) (2).

No están en esto conformes con Pi, ni Jiménez Serrano, ni Lafuente en su *Historia de Granada*. El primero, supone con muy buen sentido artístico, que «los maestros que trabajaron en las obras del Claustro de San Jerónimo, de Santa Isabel la Real, del Hospital, de San José y San Cristóbal, tendrían intervención en la traza de este edificio, y tal vez el moro aragonés Mahamete Palacios, que vino cuando la conquista y dirigió el camino para la entrada de las tropas, sería el maestro mayor; al menos un Jerónimo Palacios fué veedor de la obra»; noticia que este inolvidable escritor, y Lafuente, dedujeron de la siguiente lápida hallada por el ilustrado capellán real, entonces, D. Fernando González, en las huertas de Gracia, y cuyo primitivo asiento se ignora cuál fuera. Dice así la inscripción: «Este enterramiento hizo Jerónimo Palacios, veedor de las obras del Hospital e capilla real de la ciudad de Granada, donde está sepultada su mujer: e se

(1) En la curiosa monografía *Edificios mudéjares de Granada*, de D. M. Gómez Moreno, se menciona á un Enrique Egas, con la siguiente nota explicativa: «Arquitecto de la Capilla Real».

(2) Ni Morales ni Vázquez resultan entre los nombres de arquitectos que el Sr. Gómez Moreno inserta en su referida monografía.

manda enterrar en el dicho enterramiento cuando fuese la voluntad de Dios; fízolo en su vida en el mes de Setiembre de 1521 (1)».

Parécennos más dignos de crédito los datos recogidos por el Sr. Pi, aunque no puedan evacuarse sus citas en el archivo de la Real Capilla, porque no se hallan tales documentos, según se nos dice (2); pero no es posible suponer en escritor tan ilustre y serio que haya inventado ni uno solo de los datos nuevos que su interesante libro consigna, al tratar de la Real Capilla de Granada.

Después de todo, bien pudo ser veedor de las obras el Jerónimo Palacios, como antes lo habían sido Enrique Egas, Morales y Vázquez.

Las antiguas descripciones de ese templo dan también poquísima luz. El Sr. de Montigny, Antonio de Lalaing, que acompañó á Felipe el Hermoso en 1502 en su viaje á España, no puede mencionar la Real Capilla, porque ésta no fué instituida, como hemos dicho, hasta 1505, y después de esta descripción de Granada (3), no conocemos otra hasta la que en sus cartas de 1526 hace el ilustre Navagiero. Este noble veneciano vino de embajador á España; acompañó á Carlos V en su viaje á Andalucía, y habitó en Granada desde últimos de Mayo á comienzos de Diciembre del año referido. Comenzábase á edificar la iglesia mayor, y dice que «será muy grande; está junto á la Capilla Real, de suerte, que quedará á un lado de

(1) Lafuente: *Hist. de Granada*, t. IV.

(2) Tal vez el Sr. Pi consultó esos documentos en alguna biblioteca particular ó los adquirió para sí.

(3) Al inolvidable historiador belga M. Gachard se debe el conocimiento de la interesante *Collection des voyages des souverains des Pays-Bas* (Bruxelles, 1876), en cuyo tomo I se halla incluida la relación del viaje á que nos referimos, y la cual insertó en su notable estudio *La Alhambra* (*Revista de Esp.*, 1884) el Sr. Riaño.

esta iglesia». Veamos lo más interesante que acerca de la Real Capilla dice el insigne escritor :

«Quivi fecero fare (il Re e la Regina cattolica), le loro sepulture di marmo, assai belle per Spagna : ed apresso in deposito (non essendo ancora finita la sepoltura), in una tumba di legno vi e il Re Filippo, per esser quello il luogo dove ordinaron i predetti Re ò Regina, che si sepelissero tutti i re di Spagna ; per esser quella una terra che avevano essi acquistata di mano d' infideli. All' altar grande da un canto è il Re, e dall' altro la Regina dal naturale ed in pintura. Anche in due altari che sono piu bassi, uno da un canto el' altro dall' altro dell' altar grande, vi e in una pala la Regina con tutte le figliuole sue, nell' altra il Re col Príncipe D. Juan suo figliuolo : tutti dal naturale. A questa capella lasciò la Regina tutti i libri sui, e medaglie, e vasi di vetro, ed altre cose simili : le quali custodirono sopra la sacristia. Non meno lasciarono molti argenti e tappezzerie, e paramenti di seta, e d' oro, ed ornamenti per tutti gli altari : e per le lor sepulture coperte regie, da metteris i di solenni (1).»

De esta relación, que no hemos traducido para conservarle su carácter, resulta que había unas estatuas que hoy no ocupan el lugar que Navagiero les asigna, y que en el centro de la capilla alzábase el sepulcro de Fernando é Isabel, que en 1522 colocaron tres discípulos de Ordóñez : Cogono, Domenico *il francesin* y Cristóforo. Cuando consultamos la relación de Navagiero, ocurriónos la sospecha de que los primitivos proyectos de decoración de la Real Capilla se han modificado mucho ignoramos por qué causa ; después, la sospecha tomó más cuerpo al examinar detenidamente los *Papeles rela-*

(1) *Lettera V da messer Andrea Navagiero, Gentiluomo veneziano, à M. Giovambatista Rannusio.*

tivos á la Capilla Real de Granada, que el Sr. D. Patricio Ferrer, inteligente empleado del archivo de Simancas, publicó en 1874 en la notable *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.

El «memorial que hizo el señor Fonseca y el señor licenciado Aguirre, sobre lo que se a de proueer para la capilla Real de Granada», dice, entre otros particulares: «Ay necesidad en los lados y altos del retablo del altar mayor de çierta pintura, conforme á vn asiento que se a tomado con Berruguete, pintor de su magestad». Este memorial tiene fecha 15 de Enero de 1524, y se guarda en el archivo de Simancas, *Papeles de la Real Casa*.

En otro legajo (23 provisional, *Descargos de los Reyes Católicos*), consérvanse la minuta del asiento ó escritura con Berruguete, y los memoriales de éste á Carlos V pidiendo el cumplimiento del contrato. De esos documentos resulta que el referido pintor se obligaba á hacer en la Real Capilla de Granada «quinze estorias pintadas de pinzel.... las nueve ystorias al rededor del Retablo del altar mayor de la dicha capilla.... é las seys en la sacristía de la reja adentro.... las quales que e de dar pintadas al fresco, e acabadas en toda perfección dentro de un año primero syguyente, el qual ha de començar á correr desde el primero día que me dieren dineros para la dicha obra fasta ser acabado el dicho año».... Berruguete se obligaba con su firma y bienes al cumplimiento del contrato, y el Sr. Antonio de Fonseca, contador mayor de Castilla, como testamentario y albacea de Doña Isabel, á dar y pagar «para colores, e oro, trescientos e setenta e cinco ducados para en cuenta e parte de pago de la dicha obra»....

El artista comenzó su obra, según resulta de los memoriales de que antes hemos hablado. En el primero de

esos documentos dice que tiene hechos «dos cartones, el vno es vn diluvio para la sacristia, e el otro vn dezendimiento de la Cruz para el adornamento del altar mayor»....., y suplica al César mande «para que todas las obras nezesarias á la dicha capilla, ansí de pintura é dorado, ó bulto se acaben en perfecçión, como conviene que Vuestra Magestad me mande dar en cada vn año cierta quantía para los gastos, ansí los que me ayudaren, e oro e colores e andamios e madera necesaria».... Las obras que se habían de ejecutar, según se consigna en el memorial y estaba «asentado del secretario Ondarzega», eran las siguientes: «Que se an de pintar quinze istorias e los campos de oro de mosayco á la manera de Italia, en que las nueve ystorias an de ser de la pasion e testamento nuevo, las quales an de yr en los dos ochavos de la capilla mayor del Retablo, e las otras seys a cumplimiento de quinze an de ser en la sacrestía, adonde están las reliquias en que son el juicio e el diluvio e la vyda en el desierto del pueblo de Israel, en que estas tres ystorias son seys, porque son de largo diez varas e media, e de alto quatro e medio; en los dos altares que no tienen nada dentro en la capilla mayor an de ser dos retablos de ystorias de bulto, en que será un deszendimiento de la Cruz e vna piedad, en los quadros de medio al natural; y en el otro un Christo á la columna e un afincamiento tambien al natural, e en los follaxes de alrededor con las armas reales e las claves con los apartamientos de las ystorias que se doren de oro bruñido, e que se den sus colores en las cosas nezesarias de las armas reales como mejor parezca».

En el segundo de los memoriales, pide Berruguete que le paguen lo que tiene hecho. Fué decretado en la siguiente forma: «Que se yran á la capilla Real y se verá

la disposición y lo que es necesario que se haga y se proveerá en esto».

El tercer memorial dice así: «S. C. C. M. Berrugete, suplico á V. M. vean la escritura que se yso con el señor Comendador mayor D. Antonio de Fonseca e el capellán mayor pasado, e vista suplico me mande despachar, pues estoy gastando desde Sevilla, y no tengo más que gastar ansí de tiempo como dineros. Otrosí, suplico mande que la otras cosas nescesarias ansy de aderezar los bultos de la Reyna Doña Isabel e rretablos que falten, que yo los aré. Otrosí, suplico que si de toda esta obra V. M. quiere que se pague á vista de maestros, dando V. M. para los gastos neszenarios que yo me obligaré, e daré fianças abonadas, ó que desde agora V. M. se concierte conmigo de toda la obra, sin otra tasación ni juicio, e ansy por lo mismo me obligaré e daré fianzas que para ello fueren neszenarios».

Tal vez el memorial del Sr. Fonseca, á que antes nos referimos, fué el resultado del decreto consignado al fin de la segunda petición de Berrugete, puesto que en aquél se hace referencia á los contratos que con el artista se habían celebrado, para pintar al fresco los paramentos de la Real Capilla, que después fueron bárbaramente encalados (1). De todas maneras, es lo cierto, que la es-

(1) Gracias á la ilustración del actual Cabildo, cuyo presidente, señor D. Juan de Sierra, manifiesta grandísimo interés por el templo y sus históricos recuerdos, se ha acometido recientemente la buena obra de restablecer á la capilla su primitivo carácter. Se ha quitado la cal á buena parte del gótico templo, y el Sr. Sierra gestiona la compra de la antigua lonja, sobre cuyas arcadas góticas, hoy maltratadas de horrible modo, se alza una bellísima galería perteneciente á la Real Capilla.—A juzgar por la fecha escrita en dos grandes escusones que en el cuerpo de la iglesia hay para recordar á los fieles los cultos que en el templo se celebraban, las paredes se encalaron antes de 1625: este es el año que en aquéllos hay inscrito y fueron pintados al aceite sobre la preparación para la cal.

critura con el pintor de Carlos V no se cumplimentó por parte de los testamentarios de Isabel la Católica, y no por falta del artista, y que tan sólo, en aquella época ó posteriormente, se doraron los letreros y escudos de las armas reales, lo cual proponía también Fonseca en su memorial (1), quedando lisas las paredes y sin retablos de bulto las capillas colaterales interiores del altar mayor, á pesar de que Berruguete había contratado esas obras con Fonseca y Ondarzega, como queda dicho.

Los documentos que dejamos extractados, no sólo revelan curiosos pormenores acerca de primitivos proyectos en la Capilla Real de Granada, sino que sacan del olvido el nombre de un artista ignorado, y cuya existencia, como dice el Sr. Ferrer, «no puede ponerse en duda». Es incuestionable que ese pintor se llamaba Francisco, porque así consta en los referidos papeles, y que, por lo tanto, no es el famosísimo Alonso Berruguete, escultor, pintor y arquitecto á quien Carlos V nombró su pintor y escultor de cámara por los años 1520 ó 1521, encargándole varias obras para los alcázares de Madrid y Granada; pero es singular que en el memorial de Fonseca y en uno de los que firma Berruguete (en el segundo), aparezca escrito «*pintor de su magestad*». Préstase este asunto á curiosísima investigación, de gran provecho para la historia de las artes bellas de nuestra patria, en la que con frecuencia hállanse detalles, que, como éste, interesa esclarecer.

No menos que las anteriores noticias, prueban las modificaciones que la primitiva disposición de la Real Capilla ha sufrido, todos los datos que se refieren á los mag-

(1) «El dorar de los letreros y escudos de las armas reales, e de las flechas, e yugos, e asimismo de las armas del rey D. Felipe nuestro señor.»

níficos sepulcros que ocupan el lugar preeminente de ese templo.

Ignórase en qué año encargó Carlos V á Bartolomé Ordóñez el mausoleo de sus egregios abuelos, como no se ha sabido hasta hace poco tiempo que tan hermosa obra se debía á un escultor español. El notable literato y arqueólogo Gaye, fué el primero que halló la noticia de que había muerto en Carrara un escultor llamado *Ordonio*, «artífice valentísimo que labraba allí un sepulcro para un rey de España y otro para un Obispo, obras que debían remitirse á Barcelona»; Gaye, tal vez consultó documentos de Carrara y añadió á ese dato que el *Ordonio* era «Bartolommeo Ordóñez, il quale mori in Carrara nel 1520», y que se trataba, «probablemente del monumento erigido en Granada á la memoria del rey Fernando y de la reina Isabel y de otro que se alzó en Barcelona á la memoria del cardenal Jiménez de Cisneros (1)». Un Canónigo italiano, el sig. Pietro Andrei, completó estas vagas noticias, publicando hace pocos años el testamento de Ordóñez, que en Carrara se conserva. De tan importante documento, escrito en latín, resulta que aquél dejó «concluida la parte principal del sepulcro de los Católicos Rey y Reina de España y embalada en sus correspondientes cajones ó arcas....», y que dispuso «que Victorio Florentino, llamado Cogono, Domenico y Cristóforo, sus domésticos y discípulos», trajeran á Granada á expensas del testador el mencionado sepulcro, «y allí le sitúen, armen y coloquen de la manera que el testador

(1) «Parla probabilmente del monumento eretto a Granata alla memoria del re Ferdinando il Cattolico, é della regina Isabella, e dell' altro innalzato in Barzelona alla memoria del cardinale Ximenez de Cisneros.» — (Véase *El sepulcro de los Reyes Católicos*, notable monografía del Sr. Madrazo. *Museo esp. de antig.*, t. 1). — V. también dos interesantes artículos del mismo autor publicados en *La Ilustración*, 22 y 23 Febrero 1889.

estaba obligado á hacerlo». El testamento es tan minucioso, que en él constan hasta las cantidades que como jornales se habían de dar por su trabajo á los discípulos del artista, que llegaron á Granada en 1522, y que en el mismo año terminaron su obra, dejando colocado el sepulcro en el centro de la Capilla, como en 1526 lo vió el ilustre Navagiero.

En tanto, los cuerpos de Fernando é Isabel dormían el sueño eterno en las hoy derruidas bóvedas del suprimido convento de San Francisco de la Alhambra.

La Reina murió en 26 de Noviembre de 1504, y al día siguiente se organizó la comitiva que había de acompañar hasta Granada el cuerpo de la insigne matrona. Dice Pedro Mártir, que formaba parte del cortejo, que, al llegar á Toledo, tratóse de descansar mientras cesaba el diluvio, pero venció la orden del Rey, que mandó no se parase en parte alguna hasta llegar á Granada....; no hubo en este (viaje).... hora.... exenta del temor de la muerte (1): al fin, el 18 de Diciembre llegó á Granada la fúnebre comitiva, y dice Pedraza, en su *Historia eclesiástica*, que «fué recibida este día la Reina con muchas lágrimas de Granada, y con Real pompa. Duró por nueve días, en que predicaron los Obispos que se hallaron en ella, alternando con el altar el púlpito (2)».

Para honrar dignamente los reales despojos de Isabel, la ciudad alzó dos túmulos cubiertos de frisas negras, uno en la Puerta de Elvira y otro ignórase en qué sitio; arregló las calles desde dicha puerta hasta la Alhambra, pasando por el Realejo á buscar el camino que hoy conduce á la explanada de los Mártires, y costeó la cera, bayetas para lutos de los acompañantes y criados, y la

(1) PETRI MARTYRIS ANGLERII, *Opus Epistolarum*.

(2) PEDRAZA: *Hist. ecles.*

construcción de un puente en el camino de Santa Fe (1).

El cuerpo de Isabel quedó sepultado en la bóveda de San Francisco. Un curioso manuscrito que referente á ese convento poseemos, dice : «El epitafio que se labró en el mausoleo de N. Convento del Alhambra, en que descansaron Fernando é Isabel, debe eternizarlo en la memoria nuestra gratitud, y dice así : (cópialo).» Confrontado con el que Pedraza inserta en su *Antig. y excelencias de Granada* (libro impreso en 1608), al describir la Real Capilla y el sepulcro de aquellos Reyes, resulta ser el mismo que los frailes tuvieron en la Alhambra ; lo cual explica el autor de la *Gacetilla granadina*, diciendo que cuando se trasladaron las cenizas de los Reyes, llevóse también «el Epitafio que sirvió á el sepulcro de el Rey 10 años y 20 á la Reyna Católica....» (2). Hubo, pues, un sepulcro en el convento de franciscanos, y como quiera que en las Instituciones de la Real Capilla, de 1505, se mencionan ya los sufragios por el alma de los Reyes y de los soldados que murieron en la reconquista de este Reino, se ocurre preguntar : ¿La Real Capilla fundada en dicho año, estuvo establecida en el palacio árabe de la Alhambra ó en el convento de San Francisco? Bien sabemos que

(1) Según una curiosa cuenta del archivo municipal, la ciudad costeó la cera ; los dos túmulos pintados con sus epitafios ; 573 varas de frisas negras que se pusieron en los túmulos ; 34 varas de bayeta negra que se dieron á D. Luis de Córdoba para sí, y caballos y criados, y ropas á los porteros, y cuatro gallardetes de tafetán, y borlas y cordones al pendón real, y la limpia del pilar de Realejo, etc.—La cuenta tiene una nota en que se consigna que los alabarderos quisieron quedarse con los túmulos, paños y cera, y empezaron á apoderarse de todo ello *con violencia* ; no se les consintió, y se les entregaron 50 ducados.

(2) *Gacetilla curiosa*, papel XL.—La inscripción sepulcral dice así : «Mahometice secte prostratores : et haereticae pervicaciae extintores, Ferdinandus Aragonum, Helisabetta Castellae, Vir et Uxor, unanimes Catholici appellati : marmoreo clauduntor hoc tumulo».

en el palacio hubo siempre una capilla, y que la Real, instituida por Isabel y Fernando, tuvo primero su asiento en la Alhambra (1). Un manuscrito de la biblioteca de San Marcos de Venecia, describe la entrada de los Reyes Católicos en la famosa ciudad morisca, y dice que «se aderezó inmediatamente en el palacio un altar, donde se celebró misa.... (2)». Además, una «Cédula para que el Deán y Cabildo no impidan las Vísperas y Missa de la memoria y cofradía que la Audiencia celebra en la Capilla Real», fecha 9 de Diciembre de 1525, dice que por estar los cuerpos de los Reyes «depositados (hasta que de poco acá se an passado á la Capilla Real que sus Altezas fundaron y dotaron en essa ciudad) en el Alhambra della, por ser lexos de la dicha Audiencia, no yvan, ni subian á ella (los oidores), á hazer la dicha congregacion y memoria.... (3)». Otra cédula (original y perteneciente al archivo de este municipio), cuya fecha es de 13 de Abril de 1509, dispone, accediendo á los deseos de los veinticuatro de Granada, y teniendo en cuenta que en dicha ciudad «tienen costumbre y estatuto de hazer y celebrar fiestas en el mismo día que fué ganada de los moros por memoria y rrecordacion dello, en que se haze una procesion muy solenne, donde concurren muchos perlados y gentes.... que para que se pueda hazer con mas cumplimiento y solennidad, proueyésemos que la Justizia y ventiquatro de la dicha ciudad puedan sacar y llevar aquel dia en la dicha procesion las insignias y estandarte rreal de aquella ciudad, con que acabada la procesion se torne al mismo lugar donde están.... (4)».

(1) El insigne dominico Fr. Luis de Granada, fué acólito de la Real Capilla por los años 1514 ó 1516, estando aquélla en la Alhambra.

(2) RIAÑO : *La Alhambra*, estudio ya citado.

(3) *Ordenanzas de la Real Audiencia y Chancillería de Granada*.

(4) Legajo *Personas reales*.

De todos los anteriores documentos y noticias resulta que hubo Capilla real en la Alhambra; pero los honores y preeminencias de ella, ¿los tuvo la iglesia del convento de Franciscos ó el Alcázar árabe? Por hoy, no podemos resolver en concreto esta duda, pues nuestro manuscrito no lo consigna claramente (1).

Fernando V murió en una casa cerca de Madrigalejo, el 23 de Enero de 1516. Su cadáver trájose á Granada, y fué depositado, después de solemnes exequias, en la bóveda de la iglesia de San Francisco, donde permaneció hasta que, en 1525, se trasladó, junto con el de Doña Isabel y con el príncipe D. Miguel, que había muerto en Granada en 20 de Julio de 1500 (2), á la cripta de la Capilla Real.

La ceremonia de la traslación debió ser muy suntuosa. Carlos V encargóla al deán y cabildo de la Iglesia metropolitana y al capellán mayor y capellanes de su Real Capilla, según resulta de una cédula dirigida al ayuntamiento en 10 de Octubre de 1525, por la cual se dispone que el corregidor presencie la ceremonia, cuya organización había sido sometida á las autoridades eclesiásticas mencionadas (3). Desgraciadamente no hemos hallado detalles de la traslación de las reales cenizas, en el archivo municipal; pero creemos que se cumpli-

(1) Este manuscrito comprende las historias descriptivas de varios conventos de Franciscanos de la Provincia de Andalucía. Por desgracia, la menos importante es la que se refiere al convento de la Alhambra.

(2) El príncipe D. Miguel, hijo de D. Manuel, rey de Portugal, y de la infanta de Castilla Doña Isabel, nació en 23 de Agosto de 1498; fué proclamado príncipe de Asturias en Enero de 1499, y «falleció en Granada el 20 de Julio de 1500, como así consta de carta en la que el Lugarteniente general de Cataluña, al participar este acontecimiento á los Jurados (de Gerona), les previno que, á causa de la corta edad del Príncipe, era la voluntad del Rey que no se hiciesen exequias ni ninguna demostración de luto». —CHÍA, *El ducado y principado de Gerona*.

(3) *Archivo municipal*. Cartas reales, t. 1.

rían los deseos de Carlos V, que por cédula de 20 de Septiembre de 1521, dirigida al Presidente de la Chancillería, dispuso que al «passar los cuerpos de los Catholicos Reyes D. Fernando y Doña Ysabel, mis señores abuelos (que santa gloria ayan) á la dicha nuestra capilla Real....», la Chancillería se juntara con el cabildo de la Catedral y con el de la Capilla, «y tengays manera como se haga con toda solemnidad, y que no aya dilacion en ello, porque deseo mucho que sus personas reales se trayan á la dicha Capilla y se haga con mucha solemnidad.... (1)».

Como queda dicho, el sepulcro de los Reyes colocóse en 1522 en el centro de la Iglesia, y quizá en ese mismo año, ó algún tiempo antes, Carlos V encargó, ignórase á qué artista, el mausoleo ó mausoleos de D. Felipe y Doña Juana, puesto que en el memorial de Fonseca, escrito en 1524, se consigna este párrafo: «Faltan para cumplimiento para traer e asentar los bultos del Rey Don Felipe é Reina Doña Juana nuestra señora ochocientos ducados», y en una cédula de 6 de Diciembre de 1526 dice Carlos V al capellán mayor de Granada que se están labrando en Génova los sepulcros para sus padres «y se espera ber nan en breve (2)».

Ahora bien: ¿se mandó hacer un solo sepulcro, ó se encargaron dos? La misma cédula á que nos hemos referido encomienda al capellán mayor que, valiéndose de buenos maestros, haga colocar los *sepulcros* á los lados de la Epístola y del Evangelio, es decir, por colaterales del de los Reyes Católicos; en esta forma vió puesto Navagiero el *túmulo de madera* dedicado á D. Felipe el

(1) *Orden. de la R. Audiencia*, etc.

(2) Cédula citada por los Sres. Pi y Margall y Madrazo en sus trabajos ya nombrados.

Hermoso, y Pedraza, en su *Antigüedad y excelencias de Granada*, escribe lo que sigue: «Por colaterales ay otros dos túmulos cubiertos de paños de oro, y sobre cada uno de ellos, vna almohada de brocado, y corona de oro, por los Reyes don Felipe primero y doña Juana su muger. Estos tres túmulos están cercados con vna armadura dorada, como de cama de campo, con sus cortinas y goteras de brocado de tres altos». En 1603 había pedido el Cabildo dinero para rodear los túmulos con una verja, y en el mismo año se había resuelto, previa formación de planos y reclamaciones de la Real Capilla,—en vista de que un año antes quisieron llevarse los cuerpos de Don Felipe y Doña Juana y el sepulcro ó sepulcros que estaban depositados en el Hospital Real (1) á una iglesia de Valladolid,—que se asentaran «los sepulcros de su Real Capilla de Granada, y el espacio que a de aver entre una cama y otra es de dos pies y medio.... (2)»; de modo, que ya aquí se habla solamente de dos sepulcros y no de tres.

Pudiera darse por resuelta esta cuestión, aceptando lo que el Sr. Madrazo supone en su citada y notable monografía; que Carlos V mandó hacer dos sepulcros, y por error labróse uno solo, siendo esta la causa de que tanto tiempo estuvieran arrinconadas las piezas de mármol en el Hospital Real; pero es el caso que nuestro ilustre Pedraza, en su *Historia eclesiástica de Granada*, libro im-

(1) Madrazo, monografía citada.

(2) Menciona el Sr. Madrazo un plano de la Real Capilla, en que se detallan las variaciones que en la colocación de los sepulcros se introdujeron. El plano tiene esta curiosa nota: «Conforme á la traça, que está conforme á la rrelacion que de Granada vino, su fecha á 24 de Agosto de 1602 años, manda Su Magestad que se assienten los sepulcros de su Real Capilla de Granada; y el espacio que a de aver entre una cama y otra, es de dos pies y medio, como dice la dicha rrelación. Fecha en Valladolid; 25 de Marzo de 1603.—Francisco de Mora, arquitecto».

preso en 1638, dice así textualmente, describiendo la Real Capilla: «Por colaterales ay otros dos túmulos de la misma materia (de alabastro) y forma, aunque algo más eminentes, sobre ellos están las efigies de los Reyes don Felipe el Primero, y Doña Juana su consorte, señora natural de Castilla; grauadas también de todo relieve en alabastro, sin inscripción alguna (1)». Son tantos detalles, que parece imposible que el diligente historiador pudiera equivocarse; pero, en verdad, faltan datos ciertos en que apoyar la versión; es decir: no hemos hallado documentos en los que conste de un modo explícito que hubo tres sepulcros de mármol, en donde hoy no hay más que dos.

Para terminar esta parte de nuestro estudio, vamos á dar una ligera idea de las Constituciones formadas en 1758, reuniéndose en ellas las de 1505 y las posteriores á las primitivas. Su simple examen demuestra lo efímero de toda obra ó idea humana, y también el poquísimo respeto que en nuestra época se ha tenido con recuerdos históricos tan dignos de veneración como todo cuanto á los Reyes Católicos se refiere.

Las Constituciones primitivas revelan una gran modestia; pero desde Carlos V, los monarcas españoles concedieron grande importancia y extraordinarias preeminencias al gótico templo donde reposan Fernando é Isabel.

Prohibióse, desde luego, que de rejas adentro «se ponga sitial, almohada, ni reclinatorio á persona alguna, de qualquier sexo, estado, grado, dignidad y condición que sea, ni á Grande, ni á Prelados, ni al Presidente de la Chancillería; queriendo, que á los Reales Cuerpos de

(1) PEDRAZA, *Hist.* ya citada.

los señores Reyes Católicos se tenga la misma veneración y acatamiento que se les tendría en presencia si fuesen vivos....» ; que los alguaciles y otros ministros entraran en la Capilla con vara alta y que no se pusiera cadáver ni tumba de rejas adentro, «aunque sea de Reyes ó de Papas», distribuyéndose al efecto la iglesia, de rejas afuera, en tres partes : la primera para los Reyes, la segunda para los Papas y la tercera para los prebendados de la Capilla (1).

Estaba prohibida terminantemente á toda clase de personas, excepto á la Real familia, la entrada en el panteón, cuya reja se cerraba con tres llaves, que habían de guardar, respectivamente, el Capellán mayor, el Clavero y el Obrero, y por disposición de Isabel y Fernando debía *arder eternamente un cirio sobre su sepulcro!....*

La Real Capilla tenía anexo un colegio, el de San Fernando, construido en una casa confiscada al morisco Xareta, y el cual instituyó Carlos V. En este colegio recibían cristiana educación quince ó diez y seis alumnos, que desempeñaban en la Capilla oficio de monaguillos, durante sus estudios. Además, el maestro de capilla tenía á su cargo la enseñanza de los *seises* ó niños de coro, que hacían también vida colegial, bajo la dirección de aquél.

La capilla de música en 1758 componíase del maestro, un organista, tres contraltos, tres tenores, dos sochantres, un arpista, dos bajonistas, cuatro infantillos (*seises*) y tres instrumentistas, que tocaran violines, violones, etc. Todos los músicos tenían nombramiento real, y en una ocasión en que se quiso privarles de este honor, apelaron al Rey, consiguiendo que el monarca reconociera su derecho (2).

(1) Este mandato estaba vigente en 1549, como después se verá.

(2) Alegaba el Cabildo que la Cédula Real debía hacer á los músicos

Por lo que á regalías y preeminencias toca, baste consignar que, como dice Jiménez Serrano, á la Real Capilla se le apellidaba la *Iglesia griega* (1); y que tantos y tantos pleitos sostuvo con la Catedral y con las autoridades, que los Reyes tuvieron que dictar pragmáticas á fin de hallar medios de transacción entre los altos funcionarios eclesiásticos y el Cabildo de la Capilla (2).

Es verdad que una circunstancia especialísima daba motivo á esos escauceos. Al construirse la Catedral, la puerta de la Real Capilla quedó dentro del templo metropolitano, y en cambio de esta pérdida, constituyóse la magnífica portada que da á la calle de la Cárcel, prodigiosa obra del insigne artista Diego de Siloee. El uso de esta puerta llevaba en sí otra preeminencia: el tránsito por el crucero de la Catedral, ó, lo que es lo mismo, el derecho á pasar por delante del altar mayor de la iglesia metropolitana, siempre que el carácter de las solemnidades que en la capilla se verificaban lo exigiese para mayor decoro del culto y de la memoria de los regios fundadores (3).

más celosos en el cumplimiento de su deber, pero que era al contrario; pues los tenía «sumamente orgullosos», y es gente que, por lo común, «no tiene la mejor conducta, é inclinada sumamente á la inquietud de los Cabildos....» (Cédula de 1761.)

(1) Tantas regalías «llegaron á alcanzar,—dice Jiménez Serrano,— que era conocida esta Capilla con el antonomásico nombre de la Iglesia Griega». (Libro citado.)

(2) Véanse las *Constituciones* de la Real Capilla y las *Orden.* de la Audiencia.

(3) Esta puerta, una de las bellezas arquitectónicas de Granada, tiene una inscripción en versos latinos, que Pedraza tradujo así:

«Después que señorear los Moros vimos
 Por setecientos años este suelo,
 Ambas por su gran Fe, justicia y zelo,
 A los Reyes Católicos lo dimos.
 Sus cuerpos encerramos y pusimos

No hay que decir á cuántos pleitos y litigios se prestaría el uso de este derecho. Épocas aquellas en que se conceptuaba de gravísimo carácter el más insignificante detalle que viniera á menoscabar los derechos de una autoridad ó un funcionario, tratándose además de un templo para el cual se dictaban pragmáticas como la de 28 de Abril de 1583, disponiendo que los inquisidores se sienten en la Capilla «en escaño que sea vna quarta menos de alto que el en que se oviere de assentar» el Presidente y Oydor más antiguo de la Audiencia, «y si el que al presente ay en ella, no está en la dicha forma, se quite»....; que el escaño esté «junto á la rexa de la dicha Capilla.... y el alhombra que se les pusiere á los pies sea menor que la del dicho Presidente y Oydor; que no llegue ni toque á los túmulos de los cuerpos de los Señores Reyes».... (1); teniendo presente que la Real Capilla estaba en gran parte desligada de la jurisdicción eclesiástica, y que, aunque por mandato real, se recibía á los Arzobispos con pompa y aparato, no se les daba «sitial dentro de la Capilla mayor (2)», se comprenderá fácilmente que las disputas y disturbios serían continuos, y que entre el Cabildo de la Real Capilla y el de la Iglesia metropolitana, no reinó nunca armonía perfecta.

De tantos honores, de tan grandes preeminencias,

En este templo, y con glorioso buelo
 A los eternos tálamos del cielo
 Las almas colocamos y subimos.
 Dímosle á Don Fernando Talauera
 Primero deste nombre por Prelado,
 Digno Arzobispo en dignidad qual esta,
 Coluna firme de virtud entera,
 Y varón exemplar, y auentajado
 En costumbres, virtud y vida honesta »

(1) *Orden. de la R. Audiencia*, etc.

(2) *Constit. de la R. Capilla*, etc.

queda sólo el recuerdo. La voluntad de Isabel y Fernando se acata, pero no se cumple; ¡ni aun el cirio que debía *ardar eternamente* sobre el sepulcro, ilumina la espléndida obra de arte tallada en Italia por el insigne Ordóñez!.....

II.

EN LA CRIPTA.

Extraña emoción ha producido siempre en nosotros la pequeña bóveda donde descansan Fernando é Isabel. Aquellas paredes pintadas y doradas; los rústicos poyos donde los ferrados ataúdes se asientan; el silencio que la curiosidad de los vivos turba; la tenue claridad del cirio que en un gran hachero se coloca para poder contemplar el solemne espectáculo del no ser; la grandeza de aquellos monarcas que sintetizan un período de nuestra historia; los amores románticos de la desgraciada Juana; la existencia efímera del rey extranjero que ya se le juzga ambicioso sin conciencia, como le describen libertino, brutal é incorregible (1); aquel conjunto de recuerdos de glorias inacabables y desdichas humanas, turban el ánimo y elevan la imaginación á las regiones purísimas de lo desconocido....

(1) En el *Apéndice I* de su *Hist. de Felipe II*, Fourneron trata de los intrincados asuntos del reinado de Doña Juana con gran pasión en contra de España. Sin embargo, merecen conocerse algunos de los datos que cita.—Véanse los capítulos vi y vii del notable estudio de Mariéjol, *Pierre Martyr d'Anghera* (París, 1887), y el *Bosquejo biográfico de la reyna doña Juana*, de Rodríguez Villa.

¡Imposible nos parece penetrar en tan triste recinto, sin que acuda á los labios del que es español de corazón algunas de las oraciones que aprendimos de nuestras madres, al propio tiempo que nos referían las heroicas luchas que precedieron á la terminación de la Reconquista; sin que brote en el alma sentimiento de compasión hacia aquélla desgraciada Reina á quien la leyenda ha apellidado *la loca de amor!*....

En tan estrecho recinto, además de los cinco ataúdes que se guardan hoy, estuvieron depositados, por disposición de Carlos V, los restos mortales de la emperatriz Isabel, de la princesa Doña María de Portugal, y de los príncipes D. Juan y D. Fernando, hasta que en 28 de Diciembre de 1574, por mandato de Felipe II, se trasladaron, después de solemnes exequias, al monasterio de San Lorenzo del Escorial, donde hoy reposan.

Según dice Navagiero en la relación que antes dejamos transcrita, la Real Capilla de Granada fué el lugar señalado para sepultura de todos los Reyes de España, *por ser esta tierra conquistada del poder de los infieles*; mas parécenos que el ilustre veneciano se equivocó con esto. Carlos V pensó en hacer un panteón real en Granada, pero no en la Capilla sepulcro de sus abuelos, sino en la amplia cripta de su palacio de la Alhambra (1).

Hemos hallado una colección de documentos relativos á las entregas de cuerpos reales al cabildo de la Capilla,

(1) «En el ángulo Nordeste (del palacio de Carlos V) se encuentra la estancia destinada á Capilla, de forma ochavada, y debajo la sala subterránea, que tiene su ingreso por el patio del Estanque del inmediato alcázar, la cual parece destinada á cripta. La bóveda que cubre esta sala es muy rebajada, con grandes lunetos, que comienzan cerca del pavimento, dando paso dos de ellos á las escaleras de caracol que suben á lo más elevado del edificio.»—GÓMEZ MORENO, *Palacio del emperador Carlos V en la Alhambra*, 1835.

y vamos á completar este estudio, extractándolos, al propio tiempo que damos idea del suntuoso aparato con que la ciudad recibía el depósito que los monarcas le confiaran (1).

No figuran en la colección actas ni otros papeles relativos á la traslación de los restos de Isabel y Fernando y príncipe D. Miguel, ceremonia que, como queda dicho, se verificó el primer día de Mayo de 1525. El acta primera es la relativa á la entrega, á los capellanes reales, del cuerpo de D. Felipe el Hermoso.

El 15 de Diciembre de 1525, ante el conde de Tendilla; D. Bernardo de Rojas, marqués de Denia; conde de Lerma, mayordomo mayor de la Reina; D. Domingo Manrique, alcaide y capitán de Málaga, corregidor de ella; el alcalde de casa y corte Martín López de Oñate, representaciones de la Audiencia, Ayuntamiento, etc., y escribano mayor de la ciudad, Jorge Baeza, metieron en la bóveda un ataúd guarnecido de terciopelo negro con una ✠ de raso camersí, y el alcalde López de Oñate dijo: «que como constaba al dho. sr. marqués de Denia, él por mandato de Su mag.^d avia ydo de la Ciudad de Toledo á la villa de Tordesillas para venir allí con el cuerpo del Rei phelipe de gloriosa memoria, donde por mandado e yndustria del dho. sr. marques e de la sra. marquesa e el dho. alcalde y quel mayordomo de la rreyna nra. sra. con otras personas avian sacado el cuerpo de su alteza del ataut ó tumba donde estava y le quitaron y descubrieron el lienzo encerado y las vendas que tenia y la limpiaron el cuerpo como convenia y le pusieron muchos olores y especias y fué puesto una sábana de olanda que dió la sra. marquesa y le volvieron á la tumba donde estava,

(1) Estos papeles pertenecen al archivo municipal.

y de ai á tres dias el dho. sr. marqués de Denia y la sra. marquesa, siendo á ello presente el dho. alcalde y los rreverendos padres fray Tomás Duran y fray Gil maestros en Santa Teulogía, sacaron el cuerpo de Su alteza de la dha. tumba y le pusieron en un ataut cubierto de terciopelo negro con una cruz de carmesí y raso en medio y pusieron tres cintas en el suelo del dho. ataud y encima un cogincillo y una almohadilla de tafetan colixado y luego el cuerpo de su alteza y encima otro cogincillo de tafetan blanco colixado y á todas las dichas cintas los ñudos hechos á manera de cruces y luego el dicho alcalde avia cerrado el ataut con una llave la qual avia dado al dho. sr. marques para que el la tuviese en su poder hasta que llegasen con el cuerpo de Su alteza hasta el lugar donde aora estaba....», y pidió al Marqués hiciese abrir el ataúd y lo entregase con el cuerpo del Rey al capellán mayor. El Marqués manifestó ser verdad quanto el alcalde había dicho, y abierta la caja y hecha la entrega con todas las formalidades, se volvió á cerrar, colocándola «junto con el ataut donde está el cuerpo del Rei católico....»

Á la emperatriz Isabel, trajéronla á Granada el 17 de Mayo de 1539, el cardenal de Burgos Fr. D. Juan de Toledo, los marqueses de Villena y Lombay y los obispos de Osma y Coria, á los cuales acompañaron los señores D. Pedro de Córdoba y D. Luis de la Cerda, maestresalvas de S. M.; tres aposentadores, tres caballeros «de la casa de S. M.» y cinco monteros de Espinosa (1).

(1) La tradición cuenta que el cadáver de la Emperatriz se descubrió en la *Cruz blanca* (en este sitio debieron colocarse los túmulos á que se hará referencia después), y que el marqués de Lombay, que estaba enamorado respetuosamente de su Reina, al ver los estragos que la muerte había hecho en aquel rostro tan hermoso, abandonó la corte y se hizo eclesiástico, llegando á ser santo con el nombre de San Francisco de Borja. Prescindiendo de que el cadáver no se descubrió hasta llegar á la Real

El referido día, hallándose presentes todos los señores mencionados, el arzobispo de Granada Ávalos, el conde de Tendilla, representaciones de la Audiencia, del Cabildo de la ciudad, de la Catedral y de la Real Capilla, ante el escribano mayor Miguel Ruíz de Baeza, unos dentro de la bóveda y otros á la puerta de ella, «se metió en la dicha bóveda un ataut guarnecido de terciopelo negro con una ✠ de raso carmesí en medio», y el alcalde de casa y corte Sr. Juan de Ávila, dijo que por mandado de S. M. «habían venido (los personajes que ya mencionamos), desde la ciudad de Toledo, acompañando el cuerpo de la Emperatriz y Reyna nuestra Sra. Doña Isabel, de gloriosa memoria, que les fué entregado...., para depositar en la dicha capilla», y que «por industria del dho. Sr. marqués de Lombay é Sra. marquesa de Lombay é Sra. condesa de Faro, é Doña Guiomar de Merlo, camarera mayor, é otras señoras que acompañaron el dho. cuerpo, el dho. Sr. alcalde con otras personas dentro de la dha. bóveda habían abierto el ataut en que estava el cuerpo de S. M. é le quitaron é desliaron é descubrieron su rostro, como combenía, Sre. el qual estaban ciertas vendas de lienzo delgado á manera de cruces...., y así descubierto, lo vieron todos los susodichos señores estando en dicho ataut. Este día en la tarde, á ora de las Capilla, como se verá en el acta que insertamos en el texto, la tradición en nada se opone, ni á las buenas costumbres del marqués de Lombay, ni á la santidad que en su recuerdo hoy se venera, como no fueron obstáculos al reconocimiento de sus virtudes la terrible historia de sus antepasados. El Marqués era también duque de Gandía y nieto de un hermano de Lucrecia Borgia. «Los Borgias eran oriundos de España.... Hermosos, fuertes, de inteligencia viva y penetrante, de probado valor é indomable energía, aparecen como personajes eminentemente dramáticos en los memorables días del Renacimiento.»—*Lucrecia Borgia rehabilitada*, artículo crítico acerca del libro de Gregorovius, *Lucrezia Borgia*. (*Rev. Contemp.*, 1875.)

nueve de la noche, poco más ó menos.... (ante los repetidos personajes), vuelto á aderezar el cuerpo de S. M. y cerrado el ataút, puesto en la dha. bóveda», le fué entregado al capellán mayor (1).

Diez años después, el arzobispo de Santiago, con Don Juan de Acuña y D. Gómez Manrique, trajeron los cadáveres de la princesa Doña María de Portugal, primera mujer de Felipe II (entonces príncipe heredero), y de los infantes D. Juan y D. Fernando, hijos del Emperador (2). La ceremonia de la entrega y sepultura verificóse el sábado 30 de Marzo de 1549, ante el famoso arzobispo de Granada D. Pedro Guerrero, el obispo de Guadix, el conde de Tendilla, oidores, venticuatro, canónigos y capellanes reales y el escribano mayor Francisco de Escobedo. El arzobispo de Santiago, dijo: «que por mandado de S. Mag.^d a traído desde las villas de Valladolid y Madrid á esta ciudad de Granada los cuerpos reales.... (que quedan mencionados)...., á depositallos en esta capilla Real en poder del dho. capellán mayor que constituyéndose por depositario...., está presto de selos entregar; y el dicho capellán mayor dixo que mostrándole los dhos. cuerpos...., está presto de los tomar en depósito como

(1) La emperatriz murió en 1539.

(2) Doña María era hija de D. Juan III de Portugal. Se casó en 1543 con el que después fué Felipe II. «Era antes gorda que delgada, — dice Sandoval (*Hist. de Carlos V*), — muy buena en el rostro y donaire en la risa.» El día que los dos príncipes se conocieron, estaba ella «muy agraciada con su vestido de terciopelo carmesí, su manto castellano y su toca blanca, adornada de plumas». (Doc. inéd., t. III.) Murió al dar á luz al príncipe D. Carlos, «quatre dies après (no dice la fecha) que la Sereñissima Princessa, muller sua (del rey), hague parit un fill fou servit nostre Senyor de portarsen aquella a la sua santa gloria». (Carta de 23 de Agosto del marqués de Aguilar á los Jurados de Gerona.) CHÍA, Estudio citado.—D. Fernando y D. Juan fueron hijos de Carlos V. Murieron niños.—MÉNDEZ SILVA, *Cathálogo real de Esp.*

Su Mag.^d lo manda. E luego se metieron en la bóveda de la dha. Capilla...., tres caxas y...., se abrió la caxa mayor en que dezían que venía el cuerpo de la Princesa nra. Sra. que es una caxa larga que se cierra con dos puertas guarneçida de terciopelo negro, y avierta, quitaron unas almohadas blancas que venían sobre su real cuerpo que estava envuelto en una sábana blanca y descubrieron su real rostro, todo como combenía y luego volvieron á cerrar la dicha caxa la qual.... se asentó puesta en la dicha bóveda en entrando, encima de un poyo á la mano izquierda, y luego se abrió otra caxa asimismo aforrada en terciopelo negro con la cubierta della á manera de tumba....», donde venía el cuerpo del infante D. Fernando, del cual estaban «deshechos los guessos....», y en seguida se abrió la tercera caja, negra también, en que guardábanse los restos del infante D. Juan, «en la qual estava otra caxa debaxo, aforrada en damasco blanco, con una cruz de rraso carmesí....» Luego que el capellán mayor se dió por entregado de las tres cajas, se colocaron las dos de los infantes «en entrando, en el testero frontero de la entrada de la dha. bóveda, encima de otro poyo....»

Los propósitos de Carlos V no pudieron cumplirse. Felipe II, «usando del poder y facultad que S. M. Imperial le dió por una cláusula de su cobdicilo con que fallació, para que el cuerpo de la.... emperatriz su muger se trasladase y pusiese juntamente con el suyo.... (1), y assí mismo conforme á la voluntad y disposiçion de la.... serenísima princesa (Doña María), su cuerpo a de ser en la

(1) «La voluntad del Emperador fué que su cuerpo quede en Yuste, donde agora está: si el Rey, su hijo, quisiere traer aquí el cuerpo de la Emperatriz, traigan también á la reina Doña Juana....» (Carta inserta en el t. vi de *Docum. inéd.*)

Iglesia y parte donde el dicho rrey don Felipe su señor y marido lo fuese....» (1), dispuso, por las cédulas que insertamos á continuación, se trasladasen al Escorial los cuerpos de la emperatriz Doña Isabel, de la princesa Doña María y de los infantes D. Fernando y D. Juan, al propio tiempo que había de darse sepultura en la Real Capilla á la reina Doña Juana. En 28 de Febrero de 1574 llegó á Granada el cuerpo de la infortunada hija de los Reyes Católicos, y en 28 de Diciembre del mismo año, como ya dijimos, trasladáronse los otros cuerpos al Escorial.

He aquí los curiosos documentos que á estos hechos históricos se refieren.

Por Real cédula, dada en el Pardo á 16 de Diciembre de 1573, dirigida al capellán mayor y capellanes de Granada, dispone Felipe II que los expresados despojos reales «se traygan y transladen al monasterio de S. Lorenzo el real.... deys y entregueys los dichos Cuerpos al R.^{do} en chro. padre obispo de Jaen del nro. consejo y al duque de Alcalá.... y assí mismo parece que á primero de Abril del dicho año de quin. y quarenta y nueve seos entregaron ciertos paños de brocado y seda y un cofre cubierto por de fuera de terciopelo carmesí guarnecido de plata con su cerradura de lo mismo, en que estaban ciertas reliquias conthenidas en el aucto del deposito.... y por que ella, por una cláusula de su testamento dexo dispuesto y ordenado que las dichas reliquias se pusiesen y estuviesen siempre juntamente con su cuerpo en la parte y lugar donde aquel fuesse enterrado, es nra. voluntad.... lo deys y entregueys....», etc.

De esta cédula, daríase traslado al municipio, por

(1) Acta de 28 de Diciembre de 1574, que se extractará después en el texto.

cuanto éste dirigió al Rey la exposición que á continuación copiamos :

«S. C. R. M.—La Ciudad de Granada, dice que V. Mag. a dado la horden que es servido se tenga en la translación de los Cuerpos Reales; y para que se tenga en todo y se acierte mejor servir á V. Mag.^d, significa y hace saber que es cosa conviniente y necesaria hacerse dos túmulos en que se pongan los Cuerpos Reales, uno en la Capilla Real y otro fuera de la puerta de Elvira y el de dha. puerta se hará siendo V. Mag. servido á costa de la dha. ciudad como otras veces lo ha hecho y el de la Capilla Real se entiende que V. Mag. suele dar horden en que se haga ansí en lo que toca al túmulo como en la cera que en él se gasta y que para este efecto suele mandar enviar un cerero á la dha. ciudad. V. Mag. hordene y mande lo que en esto fuese servido que se haga, porque la Ciudad se prevenga de lo que es á su cargo y no falte en lo que tocara al servicio de V. Mag. que en ello recibirá md.—Ademas, pide: que como la ciudad es libre y exenta de huéspedes, dé el rey cédula *sin perjuicio de su privilegio* (1), y copia de lo mandado acerca de orden y asientos en la entrega de los cuerpos.»

Según notas marginales que esta minuta tiene, se decretó por el Rey á la petición de la ciudad : 1.º, «que el gasto del túmulo y cera, y lo demás de la Capilla Real, sea acosta de S. M., y lo otro que se hubiese de hacer fuera de la capilla al de la ciudad, y que los túmulos que se hicieren sirvan para cuando se llevare el cuerpo de la Reyna Doña Juana»....; 2.º, «que se dé cédula sin perjuicio de su privilegio», y 3.º, «que se acuda al Presidente (de la Chancillería) el qual dirá lo que S. Mag.^d a pro-

(1) Véanse las *Ordenanzas municipales de Granada*, cédula de erección del ayuntamiento.

veido en todo».—Además, por cédula de 30 de Noviembre de 1573, Felipe II dice á la ciudad que ya ha escrito al Presidente de la Audiencia lo que hay que hacer.

En el mismo legajo hay tres copias de cartas del Rey al mencionado Presidente D. Pedro de Deza, en las que se dispone acerca del asunto: «que dentro de la rexa della (de la Capilla Real) estén los Prelados encima de las gradas á un lado del altar mayor como se acostumbra en mi Capilla, y los demás eccl.^{cos} á los lados del cuerpo de la capilla por su orden, y fuera de la rexa, donde ha de estar el túmulo á la parte de la mano izquierda estará el banco y asiento de essa Ciudad y junto á la cabezera en derecho del, un poco desviado entre él y la rexa de la Capilla, se porna un banquillo, cubierto con su alhombra, en que se siente sólo el duque de Alcalá, de manera que no tenga las espaldas al banco de la Ciudad», y á la derecha la Audiencia, los Grandes, la Inquisición, etc. El Rey dió facultades al obispo de Jaén, al duque de Alcalá, á Deza y al arzobispo de Granada, para que resolvieran las dudas que pudieran ocurrirse. (*Carta de 30 de Noviembre de 1573.*) «....Quanto al lugar que han de llevar los Prelados en la procesión cuando se sacaren los cuerpos á la puerta de Elvira, ha parecido que las cruces, clerecía y órdenes vayan delante como se acostumbra y luego los Cuerpos Reales y tras ellos los tres Prelados....yendo enmedio el que hiziere el off.^o de preste, detrás del qual yrá solo el duque de Alcalá», á la derecha la Audiencia, Grandes, títulos é inquisidores y la Ciudad á la izquierda, etc. (*Carta de 22 de Diciembre del indicado año*), y que los bancos de la Audiencia y del Ayuntamiento no tengan espaldar como otra vez se hizo, porque no teniéndolo el del duque de Alcalá, siendo la persona que

:

es y asistiendo como comisario, parece descortesía al Duque (*C. de 8 de Febrero de 1574*).

Seguramente, dada la época en que tales sucesos acaecieron; teniendo presente, como diremos después, que los rozamientos por cuestiones de etiqueta llegaban hasta el punto de que á los funerales que se hicieron en 1549 por Doña María y los Infantes, no concurrieron los capellanes reales; no olvidando que en aquellos tiempos, por el más pequeño incidente se promovía un pleito ruidoso que duraba un siglo ó dos, como el del arzobispado con la Chancillería, á causa del sillón que el Prelado hacía conducir detrás de él en la procesión del Corpus (1), no han de sorprender tantos detalles, ni tampoco que la comisión nombrada para dirimir contiendas, hiciese imprimir en latín un curiosísimo papel, en el que se detalla, nombre por nombre, el lugar que cada uno de los invitados había de ocupar en la ceremonia (2).

Señalóse para que ésta se verificara el día 28 de Diciembre de 1574; pero antes, el domingo 28 de Febrero del mismo año, entregóse á los capellanes reales el cuerpo de Doña Juana, que por mandato del Rey trajeron desde San Lorenzo el Real á Granada, el obispo de Jaén y el duque de Alcalá, D. Fernando Enríquez de Rivera. Asistieron á la entrega el presidente de la Audiencia, el arzobispo Guerrero, el obispo de Málaga, electo arzobispo de Santiago, D. Francisco Blanco, el capellán mayor D. Alonso de Rojas, capellanes reales, y el alcalde del crimen Francisco de Murga. El cuerpo de la Reina venía encerrado

(1) Véase nuestro estudio *Las fiestas del Corpus en Granada*.

(2) Este impreso está unido á los documentos del archivo. Los arzobispos y obispos colocáronse en el altar mayor, y todos los invitados, en cuatro filas, desde la reja hacia el fondo de la capilla. El túmulo se alzó en el sitio señalado por las *Const.* de la Capilla.

«dentro de una caja de madera guarnecida de terciopelo negro, con una cruz por medio de terciopelo carmesí, con tres cerraduras y tres llaves». Al entregar el cuerpo de Doña Juana á los capellanes reales, el Duque y el obispo de Jaén exhibieron una real cédula, fechada en Aranjuez en 14 de Febrero de 1574, y en virtud de la cual les habían confiado el día 9 del mismo mes el cadáver de la Reina (el cardenal González de Mendoza y el marqués de Aguilar); y en presencia de todos los ya nombrados «fué abierta la dicha caja con tres llaves, y dentro della estava otra caja de madera, de la qual fueron quitados ciertos clavos y abierta, y encima estava un paño de lienço blanco debaxo del qual estava el cuerpo rreal, y visto y rreconocido por los dhos. capellan mayor y capellanes.... se volvieron á cerrar las dhas. dos caxas....», y diéronse por entregados los capellanes reales del cuerpo de la Reina «para lo sepultar y poner en esta dha. Real capilla con el rrey don Felipe....» Asimismo, el Duque y el Obispo dieron á los capellanes «dos paños de brocado y una cruz de plata y las tres llaves de la caja y una almohada de brocado con una corona Real dorada....»— «E luego, en presencia de los.... (referidos personajes y de otros, y representaciones de la Audiencia y del ayuntamiento).... los dhos. monteros de guarda (cuatro monteros de Espinosa), tomaron la dha. caja donde está el dho. cuerpo Real y lo metieron dentro de la bóveda desta dha. Real capilla, donde estaban otras caxas de cuerpos rreales.... y fué puesta encima de una peana de piedra que está en medio de la dha. bóveda, á la mano derecha como entran junto con otras caxas que encima de la dha. peana estaban».... El acta está autorizada por Fernán Méndez, notario mayor del ayuntamiento.

El mismo notario autoriza las actas de entrega de los

cuerpos de la Emperatriz, de la Princesa y de los Infantes, cuya fecha ya se ha mencionado, al obispo de Jaén y al duque de Alcalá, «que presentes estaban».... Terminados los solemnes funerales, á los cuales asistieron la Audiencia, la catedral, la ciudad, la Inquisición, las Órdenes religiosas, la Universidad, los nobles y numeroso concurso, bajaron á la bóveda de la capilla el presidente Deza, el obispo de Jaén, el duque de Alcalá, el alcalde del crimen Francisco de Murga y cuatro monteros de Espinosa, y después de leída la cédula real referente á la traslación, de que queda hecho mérito, el presidente Deza manifestó «que pedia y rrequeria al dicho señor alcalde hiziese rreconocer los ataudes y caxas donde los dichos cuerpos reales están para que se viesen y rreconociesen estar allí de presente, y que esto se tornasen á cerrar y se hiziese entrega y cargo dellos á los dichos señores obispos de Jaén y duque de Alcalá.... mandó el dicho señor alcalde.... (á los monteros de Espinosa) abrir las dichas caxas y descubrir los rrostros de los dichos cuerpos rreales como se acostumbra, y por mí el dicho Fernan Mendez y los que presentes estaban fueron vistos y rreconocidos y se tornaron á cerrar, y luego el señor alcalde alzó el depósito».... La caja de la Emperatriz estaba «en la dicha bóveda enmedio della, encima de una peana de piedra, donde están otras tres caxas de madera de cuerpos rreales»; los otros hallábanse en los poyos.

Desde entonces, guárdanse en la Real Capilla los restos de Isabel y Fernando, de Felipe y Doña Juana y del príncipe Miguel, como en las *Constituciones* se consigna (1), aunque historiadores y literatos hayan difun-

(1) Const. II, libro 1. —Dice así: «Yacen en la Real Capilla las Cenizas de sus M. C., conforme á su Real voluntad, en su magnífico sepulcro y Regio Panteón, en cuyos Mausoleos y exquisitos Mármoles y Alabastros

dido, unos los errores de que el pequeño ataúd es de la princesa Doña María, y otros que el cuerpo que allí se guarda es el del príncipe D. Juan, primogénito de los Reyes Católicos, agregando los mantenedores de esta versión que D. Juan murió de resultas de la caída de un caballo en el campo llamado del Príncipe, por lo cual se dispuso se colocara allí la cruz de piedra que aún se alza en aquel sitio.

El ataúd es á propósito para un niño, y desde luego quedan desvirtuadas esas suposiciones, recordando que Doña María, hija de D. Juan III de Portugal, falleció de diez y ocho años de edad; que D. Juan murió cuando no contaba veinte en Salamanca, *depidemia* (1), como dice un documento de aquella fecha, y que D. Alonso de Portugal, casado con la primogénita de los Reyes Católicos, si dejó de existir á consecuencia de la caída de un caballo, el caso ocurrió en Santarén, en cuyo convento de Dominicos fué sepultado el Príncipe al lado de su abuelo D. Alonso V.

Respecto de la cruz que en el *Campo del Príncipe* se alza, baste decir que tiene grabada esta inscripción: *Acabóse año de 1682*, y que todos los datos que hemos podido recoger permiten aceptar la suposición de que esa cruz representa un voto del vecindario de San Cecilio, en grabó el Sr. Carlos Quinto, con primorosos relieves de obra la más peregrina, los generosos respetos de su piedad, siempre augustos, á los Señores Reyes sus Abuelos y Padres, y al Príncipe Don Miguel, sepultados juntamente en ella....»

(1) D. Juan murió el 4 de Octubre de 1497, «la nit de S. Francesh á las onçe horas *depidemia*»; la enfermedad duró once días. En Salamanca «habían muerto tres ó cuatro del mismo mal». — CHÍA, Estudio cit.— «Era costumbre antigua en España usar de colores blancos el día de los muertos. Tuvo fin este uso en Salamanca, cuando murió el príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos.»—*Traslación de los huesos del Gran Duque de Alba, etc. Colec. de docum. inéd.*, t. XXXV.

agradecimiento á haberse librado de los estragos de la peste bubónica que en 1679 diezmó á Granada.

Aún queda otra duda por aclarar. Los que han difundido el error de que la cruz se colocó en el mismo sitio donde el Príncipe perdió la vida, creen que el nombre de *Campo del Príncipe* con que aún se conoce aquella espaciosa plaza, se debe á ese supuesto hecho. En verdad, ignórase el por qué de tal dictado; mas debemos consignar que tal vez deba su origen á la circunstancia de que en uno de los cármenes que antes de la Reconquista había en aquellos sitios, y que perteneció al pago de huertas llamado de Albunet, estuvo depositado el cadáver de un príncipe árabe, según refiere en su curiosísimo libro el famoso secretario del último rey naserita, Hernando de Baeza (1).

Para terminar este estudio, vamos á dar sucinta idea de las solemnidades que el municipio granadino orga-

(1) «... el rey Abulhazen, puesto en Salobreña, ciego y endemoniado, dende á pocos dias falleció, y pienso que en menos de seis meses su cuerpo fué traído en vna azémila por tres ó cuatro criados suyos de los que le guardaban, y fué puesto en el mismo campo que agora dicen *campo del príncipe*, y estuuo allí desde la mañana casi en amaneciendo hasta la hora de vísperas su cuerpo solo, solamente con aquellos criados que lo auían traído, que ni el rrey ni otra persona no vinieron allí, hasta que á la hora de las vísperas vinieron ciertos alfaquies...., lo suvieron á enterrar en el Alhambra, donde solian enterrar los otros rreyes....» — *Las cosas que pasaron entre los rreyes de Granada desde el tiempo de el rrey don Juan de Castilla, segundo deste nombre, hasta que los cathólicos Reyes ganaron el rreyno de Granada, scripto y copilado por hernando de baeça*, etc. — MÁRMOL dice en su *Hist. del rebelion*, etc., que «donde llaman agora Campo del Príncipe....» estaban las huertas reales, donde pasaban los reyes la temporada de verano.

nizaba para recibir los cuerpos reales que por disposición de Carlos V estuvieron depositados en la Real Capilla, extractando los pormenores de un interesante manuscrito del archivo de Simancas, dado á conocer por D. Claudio Pérez Gredilla en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, y que se refiere á la traslación á esta ciudad de los cuerpos de la princesa Doña María y de los infantes D. Juan y D. Fernando (1).

Al conde de Tendilla, por carta de 13 de Marzo de 1549, encargó el Rey la organización de todo lo necesario al efecto, remitiéndole cartas «para el audiencia y cibdad y arzobispo y capellan mayor». Personóse el Conde en el ayuntamiento, y «dexó concertado y determinado lo que la dha. cibdad hauia de hazer, y se nombraron comisarios para que con toda diligencia entendiesen en ello, porque el término era muy brebe y lo que auia que hazer mucho» (los cuerpos debían llegar á Granada el 25 de Marzo, «poco más ó menos»). Sin embargo, el Conde despachó algunos correos al arzobispo de Santiago y á D. Juan de Acuña, que traían los cuerpos reales, rogándoles se detuviesen lo posible, é invitó para las exequias á los obispos de Málaga, Guadix y Almería. Entretanto, «se puso.... tan gran diligencia en el túmulo que en la capilla real se hazia y en los que la cibdad mandava hazer trabajando de dia y de noche, que se hizo en treçe dias lo que pareçcia ynposible acabar en dos meses».

El martes 26 llegaron los cuerpos á Albolote, y allá fué el Conde á consultar con el Arzobispo y con Acuña la entrada de la comitiva en la ciudad al día siguiente, quedando todo arreglado.

(1) Año V, números 20 y 21.—«Relación de la horden que se tuuo en el rrecibimiento y obsequias del cuerpo de la princesa nuestra señora y los señores infantes en Granada.»—Arch. de Simancas. *Casa Real*.—Leg. 37.

El día 27 partió nuevamente Tendilla hacia el referido lugar, acompañado de su tío D. Bernardino de Mendoza y 300 hombres á caballo con hachas encendidas, incorporándose todos á la fúnebre comitiva, que ya venía hacia Granada.

En el Triunfo aguardaba una lucida procesión, en esta forma: «Estaua el arçobispo de granada vestido de pontifical y con el obispo de guadix y toda la clerecía y órdenes de la ciudad, que serían hasta mill personas, todos con velas ençendidas en las manos vn tiro de piedra de la ciudad (la puerta de Elvira) cabe vn tumulo que la cibdad hizo de cinquenta pies en quadro con su capitel y con muchos escudos de las armas de la princesa nuestra señora y con quatro vanderas de sus armas á las esquinas y cinco cirios de cera blanca muy gruesos los quatro á las esquinas y el vno en medio del capitel subian al dho. tumulo con ocho gradas y estaua todo de negro.—Delante del arçobispo estauan los oidores por audiencia con velas blancas en las manos.—Delante de ellos estaua el marqués de serraluo y los rregidores y jurados con hachas encendidas en las manos y el alferéz de la ciudad con su pendon á cauallo.—Delante dellos estauan letrados del audiencia y escribanos del audiencia y cibdad y luego otros muchos cibdadanos con hachas ó velas encendidas en las manos, y mas hacia el comienzo de la procesion, que abrian alguaciles de la ciudad, veinte y cinco pendones de tafetán negro con escudos de oro, pertenecientes á los gremios, y todos los ofiçiales con hachas y velas encendidas en las manos, que segun dizen pasavan de siete mill hombres».

Cuando el cuerpo de la Princesa llegó cerca del túmulo (quizá donde hoy está la cruz blanca), tomáronle en hombros los venticuatros, depositándolo sobre aquél para que se cantaran los responsos, «y en el entretanto

la procesion andaua sin parar hasta que entró dentro de la ciudad».—«Estaba en el campo donde se hizo el rrecibimiento de gente que yua fuera de la procesion sin horden pasadas de cincuenta mill animas que era cosa de ver, porque casi en una legua era tras otra la gente que avia que no podian caber.... Aunque las calles son estrechas fué la proçesión con poco embaraço hasta otro tumulo que estaua en la calle de elvira del grandor que pudo caber en la dha. calle con sus escudos y con sus vanderas y cirios blancos....» Había además otro túmulo en la misma calle (1), y una «cama de negro» en la catedral, donde también se dijo otro responso. «Llevaron el cuerpo los regidores y jurados.... hasta la capilla real que estaua adereçada de la manera siguiente :

» Estaua la dicha capilla entoldada de tapiçería muy rrica que la dha. capilla tiene y por lo alto.... cerca de la bóveda.... cercada de vnos candeleros de madera negra todos llenos de cirios de cera blanca, por debaxo de los cirios vna tela negra con muchos escudos de las armas de la princesa nuestra señora.—En medio de la dicha capilla se hizo un tumulo de XX pies en quadrado de claro con quatro columnas grandes de XXI pies de altura y dos pies y tres quartas de groseza.... á la horden dorica.... todas plateadas y bruñidas de manera que parecían de plata y las vasas y capiteles doradas.... Encima de estas quatro colunas llevaba su epistilio y zoforo y corona y sinra, conforme á la dicha horden.... Ivan escriptas en el zoforo á la rredonda vnas letras grandes que dezian *philipus hispaniarum princeps mariae Regis portugaliae filiae Vxori dulcissimae....*» En medio del túmulo alzábase

(1) Tal vez en el Pilar del Toro, donde se colocó un túmulo para recibir el cadáver de D. Pedro de Granada. (Cidi-Yahía.) — LAFUENTE : *Hist. de Granada*, t. IV.

« un tablado con siete gradas altas cubiertas de terciopelo negro y encima estaua una tumba cubierta de vn paño de brocado de tres altos con quatro escudos de las armas de la princesa.... recamados de oro y plata y encima una almoada de brocado con vna corona grande de oro y piedras puesta encima del almoada y á la otra parte de la tumba avia otra almoada de brocado con otra cruz grande muy rrica.»

Coronaba el túmulo, y sobre unas gradas, « un mundo dorado de cinco pies de diametro y encima del vn candelero de madera negra de XXX pies de alto con tres cruces redobladas en que yuan mucha cantidad de candeleros pequeños cada vno con su vela blanca». Adornóse el túmulo con escudos, dos ángeles grandes « muy bien hechos », que sostenían palmas y grandes escusones, grandes « blandones de plata », estandartes negros « puestos en sus lanzas de armas », y candeleros de diferentes tamaños (1).

« Puesto el cuerpo de la princesa.... en este túmulo se le dixo su rresponso y otro dia siguiente çecelebró de pontifical el obispo de guadix y predicó el arçobispo de granada y á la tarde se le hizo su vigilia con toda solenidad. — Otro dia siguiente dixo la misa el arçobispo de granada y predicó fray juan de muñatones predicador de la capilla de su mag.^d que es fraile agostino que vino con el cuerpo de la princesa.... y á la tarde se le hizo su vigilia. — El tercero dia dixo misa de pontifical el arçobispo de santiago y predicó vn fraile franciscano de granada y á la tarde se hizo su vigilia con gran solenidad en la qual y en las pasadas se hallaron todas las hordenes y clérigos de la cibdad *ecepto el capellan mayor y capellanes*

(1) Por no hacer demasiado difuso este trabajo, hemos suprimido muchos de los prolijos detalles que en la relación se mencionan.

de la capilla real á causa de ciertas diferencias que con los de la iglesia (Catedral) tuvieron (1). — Despues de hechos los oficios se metio el cuerpo de la princesa.... y los de los señores ynfantes en la bobeda y enterramiento do estan los Reyes Catolicos y allí se puso en depósito hasta que el enperador nuestro señor determine donde a de ser enterrado para perpetua sepultura. — Llevaron los dichos cuerpos desde el tumulo.... á la dha. bobeda el arçobispo de granada y obispo de guadix y los condes de tendilla y Valencia y el marqués de cerraluo y don bernardino de mendoça don joan de acuña don gomez manrique y quatro oidores los mas antiguos de la abdiencia.»

Reuniéronse después los prelados referidos, el conde de Tendilla, Mendoza, Acuña y el capellán mayor « para platicar donde se pondria el bulto de la princesa.... y en conformidad de todos se acordó que se pusiese á la parte que está el de la emperatriz.... apartado del y enfrente de vn altar que está á la parte del evangelio....»

«Hízose todo con grandísima autoridad y solemnidad, y aunque sus altezas escrivieron que en lo de la cera que se gastase en el campo oviesse alguna moderacion, no se pudo acauar con la cibdad, antes sacaron más que quando se metió el cuerpo de la enperatriz nuestra señora. fha. a cinco de abril de 1549 años.»

Hasta aquí el curioso manuscrito que hemos extractado, y del cual resulta, entre otros pormenores y datos importantes, que hubo, además del túmulo de madera que

(1) Debemos hacer constar, sin embargo, que en el acta de entrega que hemos extractado se menciona al capellán mayor « muy magn.^{co} señor don » (cuyo nombre no se entiende) « y los muy Rdos. SSres. Licenciado diego sazeda y J.^o Ochoa de Zarate, capellanes de la dicha Cap. Real....»

vió Navagiero, en memoria de Felipe el Hermoso y que estaba al lado del sepulcro de Fernando é Isabel, otro dedicado á la Emperatriz y el que se erigió por la princesa Doña María.

De tantas preeminencias, de tan altos honores, de tamañas inmunidades concedidas por los Reyes á la gótica capilla, sepulcro de Fernando y de Isabel y depósito de cuerpos reales, apenas queda el recuerdo. Las generaciones de este siglo, más positivistas que respetuosas con los monumentos, los nombres y las fechas de ayer, vuelven los ojos al pasado,—en general,—cuando el pasado significa un motivo plausible para organizar fiestas y solemnidades, en las cuales, si faltan demostraciones de amor á lo que de amor es digno, sobran y abundan actos que patentizan de un modo evidente el poco aprecio que de las *antiguallas* hace la generalidad de las gentes.

No somos de los que defienden como bueno todo lo antiguo por la razón de que aquéello fuera mejor que ésto; siempre hubo vicios; en todas las épocas se agitaron las pasiones, tumultuosas y terribles; en todos los tiempos hubo quien hollara la ley y quien postergara la verdad y la virtud; pero no debemos ver en cada hombre de los siglos que pasaron un inquisidor, ni en cada uno de los monumentos que patentizan glorias españolas motivo de desprecio para sus fundadores, que no precavieron que el carácter de las generaciones futuras no había de encarnar en las tradiciones religiosas, que hicieron famosos á los monarcas iberos desde Pelayo hasta Isabel y Fernando.

FRANCISCO DE PAULA VALLADAR.

LA ELOÍSA PORTUGUESA

(SOR MARIANA DE ALCOFURADO.)

EN los últimos días veraniegos de 1888, me corrí desde el balneario de Mondariz á tierra lusitana, y me paseé al través de Portugal, no concediendo tanta atención á las dos capitales, Lisboa y Oporto, como á los rincones hermosos, feraces y poéticos,—por ejemplo, la Beira Alta y su oasis del Bussaco, Cintra y Coimbra, con su fuente enrojecida de sangre,—y á los monumentos ocultos en sitios á que no llega el ferrocarril,—verbigracia, Batalha, donde situó Herculano la acción de su célebre leyenda *La bóveda*.—Sufriendo las molestias de las hospederías más primitivas que conozco; durmiendo en camas construidas á mazo y escoplo, rellenas de serrín, duras cual monástica tarima; derritiéndome de calor; pasando algún día sin comer más que fruta, y alguna noche recostado en dos sillas por falta hasta de aquellos fermentados lechos nacionales, tuve, sin embargo, el espíritu contento, y mi imaginación compensó las deficiencias de comodidad recreándose en satisfacer varias curiosidades ya

añejas (la de admirar la famosa capilla *imperfeita* de Batalha contaba de fecha cinco años). Pude á la vez, con el vagar de quien viaja sin tasa de tiempo, darme cuenta de la fisonomía propia del pueblo lusitano, en el cual el carácter peninsular se exagera y acentúa más que en nosotros, y las tendencias á la hipérbole y al énfasis que se notan en la genialidad artística de España surgen con doble relieve, acompañadas de un desenfreno colorista que parece signo exterior del ímpetu pasional de una raza.

No obstante, hubo de frustrarse uno de mis deseos más vivos; y no era objeto de él ningún monumento grandioso, ningún espléndido palacio vestido de azulejos y festoneado de grutesca rocalla, ni ninguna maravillosa selva de cedros del Líbano, ni siquiera el teatro de ningún acontecimiento histórico memorable (en el sentido que á estas palabras suele atribuirse). Tratábase de un lugar casi ignorado de los mismos portugueses, entre los cuales pocos lo habrán visitado exprofeso: era, en el fondo del Alemtejo abrasado y árido, en un villorrio llamado *Beja*, el solitario monasterio de la Concepción, en cuyas gruesas paredes y bóvedas sombrías se apagaron los encendidos suspiros de la Eloísa lusitana, nata, flor y espejo de las enamoradas ausentes.

En este convento, donde la calma y el silencio deben de ser tan profundos, y pesar tanto la melancolía de los lentos veranos meridionales; en su sala capitular, semi-árabe y semimanuelina, ó en los bancos angostos de su capilla, —donde se venera aún la imagen del Nazareno á cuyos pies caían en éxtasis las monjas compañeras de Sor Mariana de Alcofurado, —me agradaría emprender una de esas ensoñadoras y fantásticas excursiones por los dominios de la leyenda y de la vida psíquica de los que ya no existen: excursiones entre místicas y profanas,

en que remontamos la corriente de los tiempos y evocamos la novela secular, la *saudosa* visión de los amoríos desdichados y trágicos, que en el claustro adquiere doble tristeza, doble realce estético por consiguiente. El gusto que se saca de semejantes contemplaciones y viajatas imaginarias, es de aquellos que no entiende todo el mundo, aunque á veces lo prueben y sientan personas muy ajenas á la literatura y al diletantismo artístico. Es acaso el deleite musical de los que no somos aficionados á música, excepto á la de las sílabas y las cláusulas de la prosa y á la armonía de la rima; es el lirismo de los que hemos nacido tarde para gastar luengos tirabuzones y llamarnos á nosotros mismos «plantas malditas», á imitación de nuestro glorioso cisne nacional.

Lo que arrastró mi imaginación hacia Beja fué un reciente libro, comprado en una librería lisbonense, titulado *Soror Mariana, a freira portuguesa*, autor Luciano Cordeiro, y que lleva por epígrafe este pasaje de los *Desposorios do espiritu*, «*Só escrevo este livro como historia humana*». Ya había yo leído algo sobre las renombradas cartas de la monja; ya había conversado acerca de ellas con Teófilo Braga en otro viaje que hice por Portugal; pero la obra de Cordeiro, donde se acomete la empresa de demostrar plenamente, con datos nuevos y copiosos, que la monja no fué un personaje ficticio, sino una mujer que vivió y sufrió; que su epistolario es del todo auténtico, y que puede reconstruirse, casi día por día, el drama de su existencia y de sus infelices amoríos, prestó á lo que antes para mí no era sino monumento literario, el interés hondo y grave de una narración real, y me sugirió el capricho de la peregrinación á Beja, que habría realizado, á no impedírmelo el excesivo calor del mes de Agosto y el miedo á las *estalagemas*, con su

servicio de mozas en pernetas y sus camas de la época paleolítica. Á falta de un acto de heroísmo tal, resolví consagrar á la Safo portuguesa, —desnatando el libro de Cordeiro, —algunas páginas, ya que en mi patria se conocen poco sus infortunios y las páginas de fuego en que su pluma los lamentó.

Á no existir la obscura religiosa concepcionista, el amor peninsular, que se eternizó en la novia de Teruel y en la demente de Simancas, —pasión exaltada y tenaz hasta la muerte, —sería mudo ; carecería de eco y de representación en las letras. Nuestra literatura adolece de esterilidad y sequedad en el género afectivo, y singularmente en el erótico : de las teologías, falsedades y discreteos del drama, de la hojarasca y pompa ó el jocoso desenfado de la lírica, del franco realismo de la novela, no se pueden extraer dos adarmes de sentimiento sincero y apasionado. Muchas veces se me ha ocurrido que lo único escrito en lengua castellana con sangre del corazón, son los arrobos y deliquios de Santa Teresa : aunque su objeto sea divino, y su esencia espiritualísima, sus formas y modos de expresión evocan lo más inflamado y tierno de los afectos amorosos humanos, como sucede también en el místico epitalamio del Cantar de los Cantares, glosado por la Santa de Ávila. Á completar las efusiones de la celestial Carmelita con la nota profana, pero no menos vibrante, del amor terreno, vienen la Eloísa portuguesa y sus cartas. Ambos suspiros abrasadores salen del claustro, y como el corcel blanco y el corcel negro de la biga de Platón, el uno asciende á la región de la luz, el otro se despeña en el abismo.

Y del claustro, si bien se mira, tenían que salir. Los conventos de monjas, —aunque prescindiésemos de la fe religiosa, —serían siempre defendibles ante la estética

moral, por lo que alambican y refinan y concentran el sentimiento femenino; porque tallan en mil facetas el alma de la mujer, cuajando en ella delicadas cristalizaciones afectivas, que sólo en el silencio y la tranquilidad monástica pueden irse depositando hora tras hora. Así como en la violenta cultura del invernáculo las flores y las frutas adquieren una gracia clorótica y un extraño perfume, en los conventos la niña y la mujer afinan su percepción, exáltanse sus nervios, despiértase el entusiasmo místico, que á poco que se desvíe de su cauce se convertirá en sueño de infinito amor, y el arrullo de la tórtola cautiva sube del corazón á los labios y cruza al través de las rejas caldeándolas. Esta opinión que emito no es una sutileza de crítica moderna: la misma Sor Mariana la persuade y desenvuelve, dirigiéndose á su ingrato fugitivo.

«Una monja (escribe) no suele ser amable; y, sin embargo, imagino que si los hombres pudiesen gobernarse por la razón cuando eligen sus amores, más se inclinarían á las monjas que á las demás mujeres. Nada estorba á la monja para que piense incesantemente en su pasión; no la distraen mil asuntillos que en el siglo absorben y consumen los corazones. Paréceme á mí que no debe de ser grato ver á la preferida siempre envuelta en mil frivolidades, y se requiere tener bien poca delicadeza de alma para sufrir sin rabiarse que no hable sino de saraos, galas y paseos. Quien la ame, se verá siempre en peligro de celos renovados; pues, al cabo, las damas que viven en el mundo están obligadas á atenciones, complacencias y pláticas con todos. ¿Quién podrá jurar que no sientan ellas algún placer en estos lances, y que sufran siempre á disgusto y de mala gana el trato con sus esposos? ¡Y cómo deben ellas también desconfiar de un amante que no les tome cuenta rigurosa de todos sus actos, que crea fácilmente

:

y sin inquietud cuanto le dicen, y tranquilo y confiado las vea sujetas á los deberes de la sociedad!»

En este pasaje se revela el carácter que había de adquirir la pasión en el alma solitaria de la monja: exclusiva, única, suprema, devoradora como la llama, incapaz de transacción, resuelta á llenarlo todo hasta que rebosase, indignada desde el primer momento contra la galantería y sublevada contra las costumbres que disputaban al ser querido un mínimo fragmento de alma. Todo ó nada, es la divisa de esta clase de afectos, Narremos ya la historia de aquel corazón traspasado y coronado de espinas, cuya silenciosa agonía presenciaron los muros del convento alemtejano.

La hidalga estirpe de los Alcofurados ó Alcanforados (de ambas maneras anda escrito su nombre en los nobiliarios y en las ejecutorias) vino á establecerse á Beja en el siglo XVI, en una casa solariega que todavía puede verse hoy, sita en antigua calle, sobre cuyas paredes lucen esculpidas las cabezas de toro, símbolo agrícola que adorna el escudo de la ciudad. En el blasón de los Alcofurados ostentábase un ajedrezado de plata y azur y un águila de azur volante en campo de plata.

Eran los Alcofurados una casta de gente enérgica y de sentimientos acendrados y firmes: los hombres de condición marcial, dados á correr los azares de la guerra; las mujeres atraídas por la vocación religiosa hacia el claustro. Sobre la familia, al decir de varios investigadores, parecía pesar un trágico sino: los anales del apellido Alcofurado registraban un drama siniestro, de los más siniestros que conmemora la historia portuguesa: cierto Antonio Alcofurado, paje noble del duque de Braganza, fuera asesinado por su señor, celoso de la duquesa Doña Leonor de Mendoza, hija de los duques de Medina Sido-

nia, á la cual también dió muerte; y aseguran los genealogistas que así la Duquesa como el mancebo, estaban inocentes hasta en intención del desaguizado que les atribuía el celoso marido, siendo la malignidad y despecho de una dama de palacio lo que atizó las sospechas del nuevo Tetrarca. Para colmo de horror, afirmase también que el paje Alcofurado era nieto bastardo de otro duque de Braganza, y, por consiguiente, llevaba en las venas la misma sangre que su homicida. Por donde se ve que á la estirpe de Alcofurado no le faltaba ni el adorno de la bastardía regia ó principésca cuando menos; bastardía de que proceden en España nobilísimas casas, empezando por las que usan el significativo apellido de *Hurtado*.

El Alcofurado padre de Sor Mariana fué un caballero que gozó en el país gran consideración é influencia, y desempeñó cargos de confianza de los duques de Braganza, después que esta familia se alzó con el trono portugués. Adornó su pecho con la Orden de Cristo; defendió contra nuestras armas algunas villas fronterizas; llevó amistad con el famoso Marialva, y fundó el *morgado* ó mayorazgo de los Alcofurados. La figura del padre de la monja es la de un hombre de otras edades, penetrado de conciencia social, dispuesto á cumplir hasta el último instante sus deberes de ciudadano y servir de fundamento al orden establecido en la patria. En su testamento,—uno de los testimonios más útiles para establecer la identidad de la célebre reclusa,— manda que le entierren vestido y armado como caballero de Cristo.

Nació Mariana Alcofurado algunos meses antes de que estallase la revolución que segregó á Portugal de España, en 1640. Nuncios de tan importante suceso habían sido, justamente en la región alemtejana, los tumultos de Évora, como también los desórdenes de los

Algarbes. Con razón afirma Cordeiro que aquellos conflictos, presagio de largas guerras, alzarían en derredor de la cuna de la futura monja un alboroto confuso é inmenso, mixto de esperanza, entusiasmo y angustia.

En lo que no puedo avenirme á los dictámenes de Cordeiro,—y se trata de un punto accesorio en su libro,—es al estimar las causas que motivaron el alzamiento y pérdida de Portugal. Con muy superior originalidad y lucidez las aprecia Cánovas del Castillo en sus *Estudios del reinado de Felipe IV*, que, á fuer de obra saturada de ideas é incitativa á fecundas reflexiones históricas, se leen y elogian aquí mucho menos de lo que merecen. Opina el insigne historiador de la Casa de Austria, que el tanto de culpa que en aquella desventura nuestra corresponde al conde-duque de Olivares, ha sido muy abultado por la pasión política y el instinto, natural en los pueblos, de hacer responsables á los gobernantes de cuanto malo sucede.

En vez de cerrar obstinadamente los ojos el valido español á los síntomas de malestar y descontento que se advertían en la gente lusitana, y desoir los clamores de los pueblos agobiados de impuestos é irritados por exacciones injustas, Olivares,—según demuestra Cánovas citando textos,—conocía á fondo el estado de los ánimos en Portugal, y comprendía su trascendencia, y la había expuesto detenidamente al Monarca, señalando, entre otros remedios para el mal, la conveniencia de que alguna vez residiese en Lisboa la corte; pensamiento acertadísimo, que, puesto por obra, tal vez ahorrarse á España perder un bello rubí de su diadema.

Olivares veía claro; mas no tuvo fuerza suficiente para determinar al Monarca á que adoptase una política resuelta, lo cual no podía ejecutar aisladamente el favo-

rito ; pues, según frase muy discreta de Cánovas, jamás un individuo por sí sólo hará grande á un Estado, ni por sí sólo lo perderá. Mas la actitud expectante y el sistema de blandura y tolerancia empleado por Felipe II, lo continuaba Felipe IV, y en él se inspiraba su Ministro. Á aquellos duques de Braganza «sobrado grandes para vasallos», les había permitido el Rey *Prudente* criar tantas alas, que ya de entonces daban sombra al trono español ; y de concesión en concesión y de benignidad en benignidad (caso notable en un Rey tan tachado de riguroso por la adocenada historia de folletin), los Braganzas fueron estableciéndose con boato y estilo de monarcas, y cuando llegó el caso de ceñir manto regio, no necesitaron más que alzar la mano y sujetárselo á los hombros.

Por otra parte, nuestra eterna enemiga Francia, la que nunca se aliará con nosotros más que á modo de náufrago que se coge al cuello del nadador para arrastrarle al fondo del Océano, tenía fijos los ojos en Portugal y Cataluña, y desde 1638 Richelieu preparaba secreta y activamente el alzamiento portugués. Los manejos del sagaz Ministro, las asechanzas que nos tendía, iban á influir de modo capital en el destino de una criatura que no había nacido aún, siendo causa de que pisase el seco terruño alemtejano un tronera de oficialillo francés, llamado á inspirar á la monja portuguesa un poema epistolar más sentido que el de Eloísa.

Desde que en la frontera ardió la guerra entre portugueses y castellanos, arrojóse á ella el padre de Mariana, á fuer de exaltado patriota, allegando dinero, gente, caballos y víveres, pues el Alemtejo era el punto crítico por donde los españoles solían atacar á Portugal. Gracias á su situación céntrica y sus especiales recursos, la villa de Beja tenía que desempeñar importante papel en

la organización y bastimento de los bragancistas, de suerte que vino á ser núcleo del movimiento militar, cuartel del ejército alemtejano, y almacén de sus municiones de boca y guerra. Allí se retiraban las tropas cuando, por apretar los ardores del estío, la campaña se hacía imposible, como la hacen en otros países las nieves y lluvias. Nada arredraba á los portugueses sedientos de independencia, y, según suele acontecer en guerras que mantiene el espíritu público, cada ciudadano era un soldado; mas con todo eso, dejábase sentir la necesidad de tropas auxiliares, y Francia se encontraba muy dispuesta á brindar á Portugal este socorro.

Hacia la época en que Cordeiro consigue fijar el episodio de los amoríos de la monja, había quedado Portugal ostensiblemente entregado á sus propias fuerzas, según el tenor del tratado de los Pirineos, que consolidó la paz entre Francia y España. Desembarazada ésta ya de la guerra de veinticinco años, era de creer que la Corona castellana se dedicase exclusivamente á recuperar el hermoso quiñón de la Península, que acababa de írsele de entre las manos hacía un cuarto de siglo: herida fresca aún, cuyo escozor no podía olvidarse. Presumiéndolo así, y violando las recientes estipulaciones con fe púnica, Francia, interesada en debilitarnos y hundirnos, hizo de Portugal centro de sus amañes contra nosotros. Á pesar de la inflexibilidad de nuestro plenipotenciario, Don Luis de Haro, que estipulara con Mazarino neutralidad absoluta en la cuestión portuguesa, el embajador portugués en París, conde de Sousa, obtuvo de Luis XIV, bajo cuerda, un refuerzo de gente, menos importante en cantidad que en calidad, ya que entre ella se contaba el renombrado mariscal de Schomberg, aquel «de cuyo valor, experiencia y candidez alemana tanto se prometían los

portugueses», y bajo cuyo mando se reunían ochenta oficiales avezados á las fatigas de la campaña, veteranos y duchos en la instrucción y organización militar. Vanas fueron las reclamaciones de nuestro representante, y la expedición de Schomberg se realizó y permanecerá en la historia, para recordación eterna del buen desempeño que Francia supo dar á sus compromisos con la nación española, fiscalizada, espiada, burlada, vendida, invadida y saqueada por ellos entonces y después.

Naturalmente la gallarda y aguerrida oficialidad francesa, revestida con el doble prestigio de llegar de un país que ya comenzaba á ser emporio de la elegancia y la cultura, y de venir á sostener la causa de la independencia nacional, había de encender la imaginación de las mujeres portuguesas, entusiasmadas ya por los lances de una guerra en que militaban sus padres, sus hermanos, sus maridos y novios, y que el general español Don Juan de Austria, tan inferior á su glorioso homónimo, llevaba á sangre y fuego, exasperando los ánimos de un pueblo en quien, á fuer de peninsular, la injusticia y la barbarie sólo podían originar mayor y más desesperada resistencia. Los jefes de las tropas auxiliares extranjeras aparecían con la aureola de arcángeles salvadores; con la poesía de lo exótico y desconocido; con el realce de sus ricos arreos bélicos, de sus rojas bandas y sus flotantes plumas, como si apostá les enviase un genio maligno y perturbador para fascinar y enloquecer á la ignorada religiosa que veía marchitarse las rosas primaverales de su edad en el monasterio de la Concepción.

Cuando Schomberg decidió preparar la expedición cuyo objeto era tomar la ofensiva hacia la parte de Andalucía, fué señalado Beja por cuartel y centro de operaciones de las tropas, y á Beja fueron reconcentrados los ter-

cios y compañías de caballos precisas para esta función militar. Con encargo de habilitar un regimiento montado, llegó á Beja (á fines del año 1665) el capitán francés destinado á ser héroe de la novela monjil.

Llamábase éste Noël Bouton, y era un caballero hidalgo de Borgoña, onceno hijo de los catorce que engendró Nicolás Bouton, señor de Chamilly; familia de vieja cepa, si no muy rica en señoríos. Noël había nacido en 1636, cuatro años antes que la monja; usaba el título de conde de Chamilly, y con este título, aumentado con la coletilla «de Saint-Léger», para mayor pompa, le recibía Schomberg en sus huestes y le nombraba capitán de caballos. Tan descarada era la connivencia del Gobierno francés en el paso de oficiales á Portugal, que cuando Noël Bouton obtuvo este grado, el Rey de Francia le confirió el mismo en su ejército, á fin de que mientras en el Alemtejo coadyuvaba á su política, no perdiese terreno en la carrera. Justamente Noël se resolvía á militar en Portugal, porque en 1661 se había encontrado en Francia sin colocación; y dos años más tarde, recomendado por Turena á Schomberg, debió de llegar á tierra lusitana con alguna de las varias expediciones que se dirigieron hacia Lisboa.

Soldado de fortuna, especie de aventurero dedicado á cazar el bastón del mariscalato, el caballero borgoñón había de escribir en Portugal brillante hoja de servicios, asistiendo á las acciones de Castel-Rodrigo, Villaviciosa ó Montes Claros, río Gévora, y á muchos encuentros parciales, cercos y tomas de villas. Mas ni sus hechos hazañosos, ni el bastón que ganó por fin, ilustraron su nombre, y en cambio lo inmortalizó una vulgar aventura de guarnición, las cartas empapadas en llanto de una monjita.

Lo primero que pica nuestra curiosidad cuando se

trata de grandes dramas pasionales, de afectos cuya vehemencia ha logrado pasar á la historia, es cómo serían el héroe ó la heroína; qué altas cualidades, qué méritos singularísimos, qué deslumbradora belleza física ó qué elevación y encanto moral ó intelectual reunirían la heroína ó el héroe. Sin duda, —discurrimos,— que la Cava (si no es fábula el cuento de que España se perdiese por ella), Inés de Segura, Doña María de Padilla, Felipe el *Hermoso*, y otros personajes así, que volvieron pura jalea el alma de quien los amó, atesorarían prendas y hechizos que justificasen el frenesí que inspiraron. Sin embargo, la experiencia desmiente á menudo este concepto erróneo de que un gran amor ha de fundarse en un gran merecimiento. La antigüedad y la Edad Media explican estos fenómenos psíquicos con la clave de filtros, bebedizos y zumo de hierbas; mas ya, en el Renacimiento, Otelo sonríe cuando le acusan de haber emponzoñado con afrodisíacos el corazón de la linda veneciana para que le adorase, siendo él tan feo, y tan negro, y tan duro de pelar; y en medio de sus sonrisas, Otelo da una demostración muy profunda y muy racional de cómo el amor se engendra y crece y llega á señorearse del espíritu.

Hago estas reflexiones, porque del caballero francés que inspiró á la monja portuguesa sus delirantes cartas, dice Saint-Simon, testigo muy digno de fe, que además de llevar un apellido ridículo (Bouton, ó sea *grano*), le había hecho Dios tan tosco y necio, que al verle y oírle, no se comprendía que se hubiese prendado de él mujer alguna. «Era (dice el ingenioso cronista) alto y grueso, la mejor persona del mundo, muy valiente, lleno de pundonor, pero tan estúpido y pesado, que apenas se concibe que pudiese reunir algún ingenio para la guerra».

Y, en efecto: leídas con serenos ojos las mismas cartas, resulta de ellas la insignificancia y vulgaridad del protagonista. Sin querer acusarle, sin emplear más que palabras de ternura, la monja dibuja con indelebles rasgos la figura del necio galán que, después de hacerla ludibrio de un momento, la dejó con indiferencia soldadesca, como se deja el alojamiento donde se ha pasado una buena jornada.

¡Pero la monja! Entendamos (siguiendo las delicadas investigaciones de Cordeiro) cómo estaba de preparada y madura para que la chispa de pasión caída en su alma se convirtiese rápidamente en incendio devorador. Encerrada en el convento desde niña; rodeada de compañeras que se desmayaban al pie del Nazareno, ó veían al Niño Jesús que bajaba á jugar con ellas y á revolverles las flores dispuestas para adorno del altar, su virgen imaginación iba exaltándose poco á poco en aquella atmósfera de idealismo y languidez, y mientras se conservaba inocente y cándido su espíritu, como de quien no presencia ni comparte las luchas y las miserias del mundo, los años no pasaban en balde para su organismo juvenil, robusto, lleno de vitalidad y de fuerza afectiva. Creyente como era (pues ya veremos que Sor Mariana, aunque monja sacrílega, no fué monja impía), acaso intentó emular las prácticas severas de sus hermanas en religión y disputarles los favores y regalos del *menino* Jesús, satisfaciendo con piadoso engaño la exigencia del instinto maternal. Pero su negra fortuna de otra manera lo tenía dispuesto, y quiso que un día, al cual ella misma llama *fatal*, viese desde cierto mirador que aún existe en el convento de Beja, al gallardo Chamilly (aunque tosco y necio, físicamente podría ser gallardo), caracoleando á la cabeza de su compañía, y agitando tal vez la espada vencedora de

los aborrecidos castellanos, para saludar á las religiosas que, inclinadas sobre la *varanda*, miraban con pueril admiración desfilan los brillantes tercios levantando al galope de sus corceles una nube de polvo, semejante desde lejos á dorada aureola.

¿Por qué medios consiguió el francés llegar hasta la esposa de Cristo, y seducirla y profanarla? Hoy se escucha repetir y afirmar que las costumbres están perdidas; que la corrupción aumenta; que nunca se ha alardeado de más cinismo ni tratado con mayor desdén, no ya la virtud, pero hasta su apariencia, la hipocresía, que es un homenaje rendido á la virtud por el vicio. Sin detenerme á discutir lo que estas afirmaciones tengan de exacto respecto á la sociedad en general, diré que, por lo que toca á los conventos, no pueden ser más desacertadas y falsas. Los conventos de hoy son modelos de austeridad y recato: la claustración absoluta es un hecho, y si no entra en mi propósito afirmar que sea físicamente imposible deslizar en ellos cualquier amorosa misiva, no veo ni la más remota probabilidad de que pueda desarrollarse un idilio como el de Sor Mariana. Por este lado, lo repito, han ganado muchísimo las costumbres. Hasta creo que hoy se atribuye al sacrilegio una trascendencia y se le mira con un horror que entonces no inspiraba. En nuestra Biblioteca nacional he registrado yo el manuscrito de un cuaderno de poesías, compuestas por cierto sabio Obispo (no pondré aquí su nombre), escritor de época muy próxima á la de la portuguesa; cuaderno en el cual se hallan varias composiciones eróticas y desvergonzadas, donde la cuestión del sacrilegio se trata en jocosos estilo y se les dicen á monjas requiebros que serían mejores para callados. ¿Qué Prelado contemporáneo no se estremecería ante la idea de hacer versos á un asunto

semejante? ¿Tiénesese hoy siquiera idea de lo que es ser *galán de monjas*, especie de cortejo tan común en el siglo xvii y principios del xviii?

Volviendo al caso concreto de Sor Mariana, diré que sus amoríos, aun cuando adquirieron intensidad, que los diferencia de un festivo galanteo, de una intriguilla de torno y reja, pudieron comenzar por las infracciones y abusos contra la regla de que habla largamente, y que condena sin piedad, el cronista monástico Fr. Cayetano *do Vencimento*, y que escandalizaban á la venerable beata de la Esperanza, monja extática compañera de la Alcofurado; la cual, en una serie de raptos pavorosos, ve á las religiosas de todas religiones en una caverna obscura, y á los demonios atormentándolas: unos con varillas de hierro candente les abrasan los escotes; otros con haces de hierbas inflamadas les chamuscan los cabellos; otros agarrándolas de los tocados las arrastran y les hacen muchos tormentos y desprecios más; á causa de esta visión, la santa religiosa, inflamada en divino celo, asió de un Crucifijo, y tal y tan persuasiva plática les dirigió á sus compañeras de claustro, que se abrazaron las que vivían «en refinados odios», se quitaron los «tocados y afeites» las que los gastaban, y los pisotearon con fervor; y otras, echándose de rodillas muy contritas, pedían á la comunidad perdón del escándalo originado por sus «vidas relajadas».

Tan ingenuo relato fraileesco da á entender bien claramente que en el monasterio de Concepcionistas de Beja, á fines del siglo xvii, se usaban trajes escotados, se llevaba el cabello largo, y probablemente rizado y crespo; se lucían tocados y afeites; se vivía en rencillas y guerras, y algunas monjas daban escándalo con sus relajadas vidas. El trato más ó menos frecuente y libre

con los seculares sería un abuso insidiosamente entronizado, á pesar de la expresa prohibición que contenía la regla, disponiendo que las abadesas no permitiesen á las monjas correspondencias, visitas ni pláticas continuadas, «en que á menudo se crucen cartas y se envíen regalos», y la pena de prisión por diez años con que la misma regla conmina á las religiosas á quienes se probase que habían estado encerradas á solas con un hombre. Tan severos castigos debían de ser en parte letra muerta, y nos lo prueban las mismas cartas de Sor Mariana : en todas ellas aparece que sus amoríos se desenvolvieron con bastante libertad, sin que las entrevistas con el oficial francés tropezasen en los insuperables obstáculos que hoy encontraría cualquier relación semejante.

¿Quién sabe si los devaneos de Mariana y del conde de Chamilly serían uno de los mayores motivos que tuvo la venerable beata para soñar con el infierno y ver á los diablos atenaceando á las delincuentes?

Con razón indica el erudito portugués, en cuyo libro se basan estas páginas, que cuando Beja se convirtió en centro de operaciones del ejército auxiliar, no sería difícil que la profunda agitación social y política, el entusiasmo patriótico, el bullicio y novedad de los sucesos, los azares de la guerra, desordenasen y alborotasen mucho la serena superficie de la vida conventual, haciendo vibrar los sentimientos y ensanchar las comunicaciones mundanas. En España, durante la guerra de la Independencia, los conventos femeninos sufrieron el mismo trastorno que el resto de la nación, y no sólo prepararon hilas y vendajes, pero abrieron sus puertas á los heridos y obsequiaron con todas las golosinas de su despensa á los defensores de la patria. Algo semejante debía ocurrir en Beja con la oficialidad francesa, y así las Concepcionis-

tas como la familia de Alcofurado acogerían y festejarían al conde de Chamilly, héroe de la guerra nacional.

Según suele acontecer también en casos semejantes, la caballería auxiliar, á poco de residir en Beja, comenzó á extralimitarse, á cobrar el barato y causar á los vecinos todo género de molestias, llegando al extremo de que los habitantes tuviesen que alzarse en queja de sus tiranías. En opinión de Cordeiro, y ésta es una de sus inducciones más verosímiles, la poderosa familia de los Alcofurados, ofendida por el escandaloso lance de los amores de Mariana, debió de gestionar las reclamaciones y obtener la primer salida de Noël Bouton hacia Francia; pues la monja, reprendida por su madre, en uno de esos arranques de sinceridad que imponen los sentimientos profundos, hubo de confesarle la verdad toda.

Toda, sí. La historia amorosa de Mariana es completa, es total. Por la misma intensidad de su ternura, y por la idealidad que la pasión despertó en su alma, á la monja le habría bastado para vivir mucho tiempo dichosa, un trueque de cartas, un ver pasar á su predilecto desde «el mirador en que se descubre á Mertola» y la seguridad de ser querida y la ventura de querer; pero el conde de Chamilly, soldado, libertino, ave de paso, alma poco metafísica, no estaba, sin duda, para entretenerse en monásticos platonismos, y su continuo ruego, cuando escribía á Mariana, era pedirle conversación á solas. Mariana cedió. «Perdí mi reputación (dice en sus cartas). Arrostré la maldición de los míos, la severidad de las leyes de este país para con las religiosas...., y hasta arrostré tu ingratitud, que me parece la mayor desdicha. Y, sin embargo, siento de un modo implacable que mis remordimientos carecen de sinceridad; que en el fondo de mi alma yo desearía haber afrontado peligros mayores,

y que me dominaba un funesto placer al arriesgar mi vida y mi honra. ¿Acaso no era deber mío entregarte lo más precioso?»

Con esta abnegación y frenesí se arrojó la enloquecida religiosa en brazos de su seductor. Ningún reparo la detendría, y las pláticas secretas serían facilitadas por la complicidad de su confidente y amiga la monja *dona Brites de Brito*, de quien tantas veces se hace mención en las cartas. Aquel fué el período del drama en la existencia de Mariana Alcofurado: el elegíaco es el que en las cartas se desenvuelve con toda su poesía de ardientes lágrimas, de ayes arrancados de las entrañas palpitantes; con su terrible marejada de encontrados sentimientos, que despierta el dolor de los dolores: la ausencia sin esperanza de regreso, la eterna separación. En las cartas vemos la gradación natural que existe en los dolores morales, lo mismo que en los físicos: primero arrullo ronco de paloma, que llama al compañero; luego rugido de leona, el paroxismo de la desesperación; en seguida gemidos de agonía; por último, la sedación fatal, el desaliento, que trae ya reflejos de la fría y pálida aurora de resignación y calma, nacida de la propia imposibilidad, porque ante el imposible, como ante la muerte, la voluntad humana cae exánime y rendida.

Noël Bouton se había ausentado para nunca más volver á pisar tierra lusitana. Temeroso quizá del alboroto producido por sus distracciones con la *freira*; recelando aquella venganza de los Alcofurados con que le amenaza una de las cartas de la religiosa; cercana ya la paz entre castellanos y portugueses, la mejor salida para el conde de Chamilly era poner tierra en medio, y así lo hizo, tomando por pretexto un llamamiento al ejército francés y algunos asuntos de familia todavía pendientes. Sin duda

que no anunció á Mariana su propósito de no regresar en la vida; pero la infeliz bien había de comprenderlo, guiada por esos avisos interiores que notan cuantos se encuentran bajo el influjo de sentimientos exaltados que les aguzan la percepción. Por otra parte, si el conde de Chamilly no le había dicho redondamente á su conquista adiós para siempre, su conducta, sus pocas misivas frías y rápidas antes de dejar á Portugal, su completo silencio después, sus últimas cartas, que tan claro ponían el engaño, no debieron de permitir á la monja aferrarse á un resto de esperanza. Chamilly probablemente no volvió á acordarse más,—á no ser por aquella operación mecánica de la memoria, que nos trae así los recuerdos gratos como los ingratos ó indiferentes,—de la concepcionista de Beja. Siguió peleando como buen soldado, ganando grados y honores; en 1677,—diez años después del abandono de Mariana,—casó con una rica heredera francesa; empuñó el bastón de mariscal en los primeros años del siglo xviii, y murió próximo á cumplir los ochenta de su edad, chocho y casi imbécil.

Aquellos dos seres, tan distintos y típicos cada uno en su género, unidos un momento en estrecho abrazo por el remolino de la guerra, murieron como debían morir, y la edad, el curso de la vida, les condujo á su pleno desarrollo y al cumplimiento de la misteriosa ley de su destino. El soldadote grosero, la máquina de batallar, que á falta de sensibilidad é inteligencia poseía sentido práctico y positivo, después de casar con una mujer rica, probablemente fallecería gotoso, obeso, sin más estímulo que la gula, ahogadas en la grasa de la vejez sus siempre escasas facultades intelectuales y sus recuerdos de la juventud. La monja mística, ideal y alucinada aun en los momentos que prevaleció en ella el hervor de la sangre

moza y el natural instinto, fué afinándose y depurándose en el dolor; el dolor la purificó como al profeta el ascua encendida; el arrepentimiento y la penitencia lavaron su alma y maceraron su carne, y la pecadora se convirtió en santa poco á poco.

Lastimada en su dignidad por el abandono y la indiferencia de aquel por quien había arriesgado la estimación del mundo y la gloria del cielo; resuelta á enterrar á toda la profundidad posible su desenfrenada pasión; enferma y debilitada de cuerpo, pero vigorosa de espíritu, Mariana se volvió hacia su ofendido esposo Cristo, y le devolvió un corazón manchado, pisoteado, hecho trizas, para que lo curase. Y el Médico infalible lo curó radicalmente. «Treinta años consecutivos,—dice un documento muy curioso, la partida de defunción de la monja,—hizo ásperas penitencias la madre Mariana. Padeció grandes enfermedades con mucha conformidad, deseando tener más que padecer aún. Cuando comprendió que se acercaba la muerte, pidió todos los Sacramentos, que recibió en su cabal conocimiento, dando muchas gracias á Dios por haberlos recibido; y así falleció con señales de predestinada, sin perder el habla hasta el último instante.» Para el alma dilacerada y el carácter entero y exclusivo de la *freira*, sólo cabía tal conducta y tal fin. La penitencia, la mortificación, el sacrificio, eran lo único digno de la noble mujer que á una insinuación indelicada del conde de Chamilly contestaba en estas hermosas frases: «No dudo que pudiese encontrar en mi país un amado más fiel....; pero ¿quién es capaz de hacerme amar de nuevo? ¿Acaso lograría entusiasmarme la pasión de otro hombre? Un corazón amante nunca puede olvidar á quien primero le reveló los transportes de que era capaz, pero que desconocía; sus más íntimos sentimientos permanec-

:

cen adheridos al ídolo que para sí creó; sus primeros pensamientos y sus primeras heridas ni se pueden olvidar ni cerrar; todas las pasiones que á socorrerlo se ofrezcan, que pugnen por llenarlo y reanimarlo, le prometen vanamente una sensibilidad que no puede recobrar nunca; y todos los placeres que busque sin deseo alguno de encontrarlos, apenas servirán sino para hacerle sentir de un modo profundo que no hay cosa más querida que la memoria de sus dolores.... Aunque pudiese esperar algún recreo ó alivio en relaciones nuevas, y encontrase un corazón leal que me quisiese, me tengo tanta lástima á mí misma, que sentiría grandes escrúpulos de lanzar al hombre más ínfimo al estado á que me redujiste tú.... Y aunque no estoy obligada á guardarte miramientos, no podría resolverme á tan brutal desquite, aunque, por mudanzas que no me es dado prever, dependiese de mí el tomármelo».

La abandonada amante que así sentía estaba llamada á pasar interminables noches y días melancólicos batallando con su loco amor, pero á vencerlo por fin, á poner el pie en la cabeza de la culebra, á aplastarla, y á refugiarse, palpitante aún de terror y espanto, con los ojos extraviados y la garganta henchida de sollozos, en el seno del Consolador, aquel seno que en la Edad Media empapó de calientes lágrimas la abadesa del Paraclete. Paz á la memoria de Mariana Alcofurado, que no le negaría perdón quien se lo otorgó á Magdalena, á la Egipciaca y á la de Cortona. Para que ningún toque de poesía le falte á la monja de Beja, hasta adorna su cárdena y marchita frente el nimbo de la santidad.

Viniendo al punto en que el cuento de tan desdichados amoríos se entreteje con la historia literaria de Portugal y de Francia, diré que á fines del siglo xvii y en todo

el XVIII, los lectores franceses se mostraron muy golosos de cartas íntimas. Escribía cualquier persona de calidad ó ingenio comunicando á otra sus impresiones acerca de política, teatro, costumbres, acontecimientos públicos ó reservados, y al punto se sacaban copias de la epístola, y corrían manuscritas, hasta que, cayendo en poder de algún librero ó editor, pasaban, más ó menos adulteradas, á la prensa, y recreaban el gusto y la curiosidad de todos. Á esta afición de entonces, que el periodismo ha desterrado, se debe que conservemos la correspondencia de la madre Mariana, y, por consiguiente, el recuerdo de sus faltas y sus penas. De vuelta en Francia, Noël Bouton leería á varios amigos la tiernísima correspondencia de la portuguesa, como el viajero que regresa del África Central enseña algún fetiche ó algún collar de conchas, y al empezar á cundir el renombre de las cinco cartas, surgió la idea de imprimirlas, para lo cual consiguió licencia el librero Barbin á 28 de Octubre de 1668. Cuando empezaban los años de fervorosa penitencia de la monja, y sus rodillas iban gastando la piedra de la iglesia, las ternezas de su alma, las frases sagradas que sólo en el misterio de dos corazones se balbucen, iban á ser arrojadas á la publicidad, y caer en los tocadores de las *preciosas*, en un medio ambiente galante, artificioso y frívolo, —dice Cordeiro,—como la mancha ruda y sombría de un monje de Zurbarán en una suave pastoral de Watteau ó Boucher. Barbin, al editarlas, advertía al público que se prometía complacer á las muchas personas que ensalzaban ó procuraban conocer aquellas cartas famosas; lo cual prueba que manuscritas tenían ya numerosos lectores y admiradores.

En efecto: si buscamos un contraste en el género, no lo hallaremos más completo que entre las cartas de la mon-

ja y las de la Sevigné, modelo nunca eclipsado de literatura epistolar, pero de la que se escribe con el ánimo sereno, aunque ocupado por un afecto muy entrañable, cual es el maternal. ¡Qué diferencia entre las discretas observaciones, las áticas sales, la encantadora y fresca chismografía de aquella simpática dama, á quien un crítico insigne, maestro en retratos de mujeres, llama «la risueña de linda dentadura», y el calor sombrío, el oleaje de afectos, el grito de inconsolable desesperación que resuena en las breves páginas de la monja!

Si alguna pareja puede ofrecerles la historia literaria, es una correspondencia del siglo XIII, las cartas de Eloísa á Abelardo. De ellas, lo mismo que de las de Mariana Alcofurado, se ha dicho que en todo ó en parte pueden ser apócrifas, y al par se ha defendido su autenticidad con poderosas razones. Para mí, si se demostrase que estas dos correspondencias fueron forjadas *a posteriori* sobre la base de una historia real, sería cosa probada también que las letras pueden enorgullecerse de dos excelsos novelistas más, anónimos hasta el día; ó, por mejor decir, de dos poetas eróticos, cuya lira tiene una cuerda no menos vibrante que las que pulsaba la mano febril de Safo.

Las cartas de Eloísa, inferiores en naturalidad y sencillez á las de la monja de Beja, descubren el mal gusto y la indigesta erudición propia de la edad escolástica. Á cada momento la discípula del filósofo nominalista cita á Séneca y su correspondencia con Lucilio, á los Santos Padres, á la Biblia y á Macrobio Teodosio. Abelardo, no menos egoísta que el conde de Chamilly, pero más sibarita de alma, inteligente en estimar los quilates de los espíritus, no quiere soltar aquel que le pertenece tan por entero, y alarga la comunicación y entretiene con teolo-

gía y misticismo á la pobre reclusa, que en vano trata de engañarse á sí misma reemplazando la imagen del esposo, á quien ve hasta durante el sacrificio de la Misa, con la del director y espiritual maestro. De muy distinta fuente brota el amor en Eloísa y en la monja de Beja. En la sobrina de Fulberto nace de la admiración, de la fama y la gloria de Abelardo, por lo cual exclama la rendida Eloísa: «Toda dueña ó doncella había de envidiarme el tálamo, y todo corazón volar hacia mi esposo»; y en un momento de insania amorosa formula aquella célebre afirmación de que prefiere llamarse meretriz de Abelardo que emperatriz de Augusto. Ella, la teóloga, la mujer cuyo entendimiento ha podido columbrar el resplandor de la ontología y el santo misterio de la teodicea, no retrocede ante la blasfemia cuando escribe á Abelardo: «Si tú murieses, no aplacaríamos á Dios con nuestras oraciones, porque estaríamos indignadas contra Él». Jamás descendió á tan locos extremos la franciscana de Beja. Si fué sacrílega, nunca, lo repito, fué impía su pasión. En medio del arretrato con que decía á su seductor: «Pídote que me hagas padecer más todavía», su conciencia renace para dictarle esta sencilla queja: «¡Ay de mí! ¿Por qué no me dejaste tranquila en mi convento?»

Volviendo á la cuestión de si las cinco cartas de Mariana, modelo y prototipo en su género, son ó no una superchería guisada por algún literato hábil y á la vez profundo conocedor del corazón humano, diré que, en mi entender, el mérito del libro de Cordeiro es arrojar en la balanza de esta controversia gran peso al platillo de la autenticidad de las cartas. Las escrupulosas comprobaciones de fechas, sucesos y personas; la claridad con que reconstruye sobre documentos prolijamente rebuscados la historia completa de la monja, desde su fe de bautismo

hasta su partida de defunción; las mañosas presunciones que apunta para llenar todos los huecos y aclarar las dudas que pudiesen ofrecerse aun después de tantos datos, sirven de gran consuelo á quien, como yo, gusta de ver triunfante la verdad ideal, más cierta que la historia.

En esto voy enteramente con el vulgo, el cual cree siempre como artículo de fe lo que lisonjea su instinto estético, tantas veces delicado y seguro, mientras los doctos, por lo contrario, se inclinan á la opinión escéptica, á lo que pudiéramos llamar, inventando una palabra bárbara y fea, el *masdeuismo*. Yo preferiré siempre un patrañero de imaginación, aunque amante de la verdad, como el P. Mariana, á un seco negador, como Masdeu. Es probable que la futura crítica los dejará iguales á los dos, pues hoy hartas negaciones de Masdeu han caído por tierra, y, en cambio, se confirman muchas de las leyendas que patrocinó el insigne talaverano.

La creencia más admitida entre los doctos respecto á las cartas de la monja, era que no habían existido nunca, ó que, por lo menos, habían sido amañadas y peinadas de un modo extraordinario, antes de ver la luz traducidas al francés. Apoyaba esta opinión el hecho de no haberse encontrado jamás el original portugués, que regularmente extraviaría Noël Bouton, después de haber consentido que se sacasen todas las copias que deseaban sus amigos, ó que, acaso, siguiendo una costumbre inveterada en las relaciones galantes, quemaría en vísperas de contraer matrimonio con la rica heredera hija del señor de Villefix. Los mismos literatos portugueses, aunque interesados en reclamar para su patria el brillo de la negra perla del epistolario claustral, han manifestado siempre desconfianza respecto á que sea fina y de ley ésa joya. Alejandro Herculano y Camilo Castello Branco no

acaban de persuadirse de ello. En cambio, para Teófilo Braga, —muy combatido por Cordeiro,— las cartas de la monja son el único producto literario verdaderamente bello y sentido del siglo xvii en Portugal.

Menéndez y Pelayo, —el mejor zahorí de España en estas obscuridades de historia de las letras,— aun después de leer, estimar y admirar el libro de Cordeiro, se inclina al dictamen de que las cartas no son tan espontáneas que no indiquen, cuando menos, notable alteración del original primitivo, que denuncia la mano de algún almizclado abate. Á pesar de que las cartas me parecen llenas de pudor, de ternura, de amargura, de esos arranques que sólo puede dictar la sensibilidad de una mujer elevada al rojo blanco en el horno de la pasión, me creo obligada á consignar el parecer de tan acreditado juez, y pienso que, sin detrimento de la autenticidad de las cartas, una vista lince podrá descubrir en ellas algún aliño, algún almidón retórico impropio de la pluma de la monja.

De todas suertes, es curioso notar cómo la galantería y el *pathos* del amor francés en las postrimerías del siglo xvii, se apoderó de estas epístolas y lo que de ellas hizo; cómo las explotó, cómo quiso imitarlas (vano intento), cómo las mezcló y barajó con otras descaradamente apócrifas, á manera de chalán de antiguallas, que sobre el modelo de una tabla bizantina calca unos monigotes para engañar á los aficionados poco duchos. Inventáronse las respuestas de Chamilly; forjóse una correspondencia de galanteo, atribuida á «una dama portuguesa»; y las cartas de Mariana corrieron unidas á estas novelas más ó menos interesantes. Bajo el pabellón de la correspondencia de la reclusa, se vendieron como pan rollizos tomos de madrigales eróticos, de fríos discreteos y de simula-

dos transportes. Las ediciones se multiplicaron. La de la Haya (1742), lleva al frente de cada tomo un grabado muy característico; en primer término, la monja en actitud de Dido desconsolada, pluma en mano, compungido el rostro y anegados en lágrimas los ojos; en segundo, el grupo bastante amartelado y expresivo de los dos amantes, y en tercero el bajel que se lleva al francés Eneas. Cubre la mesa donde escribe la monja un tapete que adorna una empresa representando un espejo ustorio, en cuyo foco de luz una mano enciende una tea, y alrededor el mote «*C'est ainsi que l'amour s'allume dans le cœur*».

Si yo me atreviese á fallar, diría que las cartas de la monja no pueden ser obra completa de ningún autor francés del siglo xvii. Su retórica, —Cordeiro lo ha demostrado,—procede de los libros místicos, en los cuales el amor profano halla bien presto, y hasta sin darse cuenta de dónde las toma, un arsenal de frases candentes, fáciles de torcer de su verdadero sentido. La fraseología mística á que pagaba tributo la reclusa de Alemtejo, se encontraba entonces en cualquier obra de devoción, en las vidas de las extáticas, en las crónicas de la Orden, en las poesías de Fray Francisco de las Llagas, aquel franciscano tan perdido y quimerista antes de su conversión, y que, ya profeso en la Orden Seráfica, prometía ayunar y disciplinarse un año por la intención del alma caritativa que le restituyese cierto poema compuesto en sus tiempos de desenfreno, á fin de reducirlo á cenizas.

Léase el notable *pastiche* ó, por mejor decir, la novela de Diderot titulada *La Religiosa*, que engañó al filántropo marqués de Croismare, y se verá cómo no es fácil imitar la incoherencia y sinceridad de unas cartas verdaderas con otras fingidas, siquiera sean fruto de un talento de primer orden. Ni cabía dentro del genio francés la

idea sencilla, y hasta vulgar, del drama que á las cartas dió origen. En el siglo xvii, inaugurado en Francia con la institución de la Academia, realizóse plenamente el ideal de Malherbe: la regla y el compás aplicados al arte de escribir, la ciencia del buril y de la lima como freno á los brincos de Pegaso. Las cartas de Mariana Alcofurado parecen una flor natural, alimentada con el rocío de sangre de la campaña de las tropas auxiliares francesas en pro de la independencia portuguesa; campaña de la cual, en opinión de Sainte-Beuve (¿qué pensará de esto Cánovas?), nadie se acordaría hoy para nada, si no fuese por la correspondencia de la triste monja.

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL LIBRO DEL DOCTOR LETAMENDI



HACE ya muchos años que, después de oír al doctor Letamendi, con esa religiosa atención con que sólo se escucha al genio, exponer en el curso de unas conferencias, dadas en el Ateneo de internos de Madrid, los principios racionales que informaban su particular doctrina médica, expresé públicamente mi esperanza de que, andando el tiempo, y cuando la fuerza virtual de aquella poderosa idea nueva se abriera paso por entre el cerebro de la juventud que con tanta admiración como avidez escuchaba allí la palabra penetrante del ilustre catedrático, tornaríase toda aquella extraña prevención de la opinión médica de entonces, en el reconocimiento universal, unánime, indiscutible, del valor y trascendencia de una tan genial revolución científica. Y, en efecto, no me engañó mi entusiasmo, cuando á la vuelta de poco menos de un decenio, y al terminar luego el Sr. Letamendi la publicación de su gran obra de *Patología general*, encuéntrase con la opinión del mundo médico en su favor totalmente transformada, y dispuesta á rendir el tributo merecido á uno de los libros que más han de honrar en este siglo la historia de la medicina patria. Por lo

demás, lo que pasó en aquellos primeros momentos de la aparición de la doctrina individualista no tiene nada de extraño. Apenas si la ciencia física se enseñoreaba y envanecía por esos mundos de Dios de haberse convertido en una rama especial de la universal mecánica, merced principalmente á los gigantescos esfuerzos de Helmholtz, Tyndall y el P. Secchi; apenas la Química hacía su trabajosa gestación dinámica en el cerebro de Berthelot, con aplauso de los que soñaban con verla convertida presto, por artes de aquel poderoso ingenio, en la mecánica de las moléculas y de los átomos, cuando el Dr. Letamendi, dando un salto de gigante, pasando por encima de la Biología, que no estaba constituida; pasando por encima de la Antropología, que no estaba edificada, y llegando á la Medicina, donde todo era confusión y desconcierto, instituyó de un golpe el concepto mecánico de la vida; promulgó el criterio dinámico para estudiar al hombre; fundó el método lógico de reintegración mental inmediata de todo análisis material del individuo vivo; proclamó la unidad indivisible de la personalidad humana; erigió sobre una ecuación algebraica suya de la vida el proceder matemático para las investigaciones antropológicas, y echó las bases de una Medicina racional y científica, abriendo, como de paso, nuevos y más anchurosos derroteros para el estudio del Derecho, de la Economía, de la Política, de la Moral, etc. Era mucho salto aquél; y ni la opinión general corriente del mundo científico, ni la lenta evolución con que, en cuanto á lo trascendente, se daban los progresos médicos, ni la tendencia particularista y antifilosófica con que se procedía en nuestras Universidades á la enseñanza de la Medicina, ofrecían terreno idóneo y abonado para la germinación y pronta fructificación de una tan extraña y original semi-

lla. Además, atravesábamos por aquel entonces, y todavía seguimos atravesando, un período médico de ruinosas reacción empírica, con sus paroxismos de ontofobia, suerte de pasional horror hacia todo lo que tiene algo de general y filosófico, y era mirada con extraordinaria prevención toda idea que tendiera á levantar la vista por encima de la apreciación aislada de los hechos. No parecía sino que todos los pecados cometidos por astrólogos, alquimistas y magos de la Edad Media, más por todos los idealistas y fantaseadores de todas las épocas, los habíamos de pagar juntos, renunciando en redondo al adecuado razonar sobre materia científica, engolfándonos en el análisis exclusivo de lo elemental y del detalle, y no osando dirigir siquiera los ojos hacia la región fecundísima de los principios científicos. Y, sin embargo, lo cierto es que la ciencia, que es la organización del humano conocimiento, no podrá constituirse nunca con el estudio histórico exclusivo de los hechos.

Por el contrario, es preciso, si se ha de aspirar al progreso, que á la vez que se coleccionan los casos particulares por una parte, se encarguen los espíritus superiores, por otra, de las grandes generalizaciones; para que inquiriendo así los principios y las leyes que rigen los fenómenos morbosos de la naturaleza humana, se pueda organizar la Medicina científica como un perfecto sistema, donde se den la unidad y la armonía al lado de la infinita variedad de nuestras observaciones. La Ciencia no es la Historia, ó el estudio aislado de los fenómenos naturales. La Ciencia no es tampoco la Filosofía, ó el exclusivo estudio de los principios ó de las leyes. La Ciencia es la armonía entre el hecho y el principio, la relación entre la causa y el efecto, el enlace entre la ley y el fenómeno; la Ciencia, en fin, es la filosofía de la historia de la Natura-

leza. Así lo comprendió el Sr. Letamendi : y al ver cómo se estaba perdiendo la Medicina presente en un mar de observaciones y experimentaciones analíticas, sin norte ni rumbo fijo que hiciera fructuosa tanta fatigante labor empírica, tomó sobre sus hombros el empeño de organizar el conocimiento médico contemporáneo, escribiendo sobre la base de la doctrina individualista su hermosa obra de *Patología general*, asaz repleta de principios fundamentales de Medicina, que él apellida perpetuos, y que bien podrían llamarse eternos, según están basados en las leyes inmutables de la razón humana. Mas al poner mano en tan ímproba y colosal empresa, fué su primer cuidado defenderse de toda injusta acusación de metafísico, por temor de que, huyendo como huía de la miopia de lo particular, fuese alguien á acusarle de la presbicie peligrosa de lo ideal ; así es que comenzó por sentar que si la Medicina quiere transformarse de ciencia de pretensiones sin realidad, que es hoy, en ciencia de realidad sin pretensiones, que llegará á ser mañana, ha de empezar renunciando á la discusión filosófica sobre la *esencia* de su peculiar objeto y adoptando el criterio mecánico para el estudio de sus manifestaciones.

Hay quien creía antes que toda formal antropología sería imposible hasta tanto no descubrir la esencia de la materia y del espíritu que juntos integran la unidad del hombre ; lo cual equivaldría á si los físicos, en lugar de estudiar las leyes de acción de los cuerpos, y crear de este modo la verdadera ciencia física, transformando el mundo con las maravillas de sus descubrimientos prodigiosos, hubieran perdido lastimosamente el tiempo entretenidos en buscar la esencia de la luz, del calor y de la electricidad en el seno impenetrable de la materia y de la fuerza universal.

Si la Astrología, la Magia y la Alquimia antiguas se transformaron respectivamente en la Astronomía, la Física y la Química modernas, por la sola virtud de renunciar á aquella vana manía de querer descubrir la esencia de su especial objeto, justo es, dice el Dr. Letamendi, que la ciencia antropológica deje á su vez de seguir, por mal de historia, en sus disquisiciones metafísicas, y adoptando el criterio mecánico para sus investigaciones, concluya de una vez por constituirse en formal y definitiva ciencia.

Y en verdad que, á la altura de nivel científico en que nos hallamos, no se comprende ya la necesidad de discutir cuál sea la esencia de las cosas. Si todo cuanto vemos en el universo es función de algo corpóreo, y esa función es movimiento, y ese movimiento es causa del fenómeno que le sigue y efecto del movimiento que le precede, y cada cosa tiene el infinito mecánico por arriba y el infinito mecánico por abajo, no se comprende que haya ningún interés práctico en descubrir la esencia de las energías que gobiernan el mundo entero; porque, ya sean éstas fuerzas, ya sean espíritus, ya sean el mismo Dios, han de prestarse al estudio, para los efectos taxativos de la ciencia, como tales actos corpóreos, sometidos á las leyes generales de la universal mecánica. De modo que si el hombre, dice el Sr. Letamendi, es ser corpóreo, y la vida acto de ese cuerpo, y ese acto la cabal resultante dinámica de las energías del individuo, puestas en relación con las energías cósmicas, no hay más remedio que aceptar el concepto dinámico de la naturaleza humana, á despecho de materialistas, espiritualistas y ontologistas de todas suertes. Pero hay más: si el movimiento es la síntesis real de la existencia, las ideas de espacio y de tiempo constituyen por sí su análisis teórico inmediato

en la razón; y sin creer con Hegel que la idea se evoluciona en realidad patente, lo cierto es que realidad y movimiento allá se van, para la mente, como combinaciones del espacio con el tiempo; y pues sólo la *cantidad* justa, respectiva de ese tiempo y de ese espacio pueden caracterizar y distinguir el uno del otro movimiento, hay que sustituir, en un todo, la antigua categoría de la calidad con la moderna categoría del número, y colocar por encima de aquella síntesis dinámica de la realidad esta otra síntesis matemática de lo ideal, pudiendo asegurar, por consiguiente, que la característica especial de cada cosa, el sello de cada fenómeno, el verdadero secreto científico de cada función, desde la más humilde hasta la más sublime de la naturaleza material y de la naturaleza moral, se resuelven en una ecuación numérica ó de pura cantidad. Á tal punto, que, por mucho que cueste comprender á la estrecha limitación de nuestra mente el enigma algebraico que en el seno de todo lo fenomenal se esconde, lo cierto es que señalados y previstos están, desde la eternidad, en simplicísimos logaritmos, y por las leyes mismas de la creación, el presente, el pasado y el porvenir del mundo. Y he aquí una de las glorias mayores que hay que recabar para el Dr. Letamendi: el haber sido el primero que ha llevado la matemática al corazón mismo de la vida; porque, si bien es cierto que antes de él Helmholtz y algún otro hacían ya aplicación del criterio matemático al estudio de algunos fenómenos fisiológicos, era sólo á lo que éstos tenían de meramente físicos, y de ningún modo á su lado pura y esencialmente vivo. Por lo demás, todos aquellos extemporáneos temores que asaltaron en un principio á los críticos, por suponer que en el contexto matemático del libro se encontrarían cálculos algebraicos temerarios, superiores á la educa-

ción matemática corriente que en España reciben los médicos, han quedado reducidos á unos cuantos, muy pocos y sencillos, desenvolvimientos de la ecuación de la vida, $V=f(I,C)$; más que encaminados á traspasar los límites permitidos por el desarrollo actual de las ciencias médicas, á disciplinar, por decirlo así, el espíritu de los propios médicos, que tan necesitados andan del freno de la precisión y de la exactitud, en punto á la justa apreciación de los fenómenos patológicos. Así y todo, es tanta la fecundidad del método matemático aplicado á la ciencia de la vida, que siempre quedará, como prueba eterna elocuentísima de su legitimidad y de su trascendencia, el progreso alcanzado por el genio innovador del Dr. Letamendi, en el estudio de Nosología considerada como Patología fundamental, racional ó perenne. Son tantos los arduos y capitalísimos problemas acometidos y resueltos, con vigoroso talento, en esa parte de la obra, que es imposible siquiera enumerarlos: baste decir que todos ellos están calcados en el principio, base de la escuela individualista, de que el cuerpo es un solo órgano y la vida una sola función, y en la creencia lógica, firme, de que todo análisis de la realidad de los elementos morbosos debe ir necesariamente precedido del estudio serio y profundo de la idea misma fundamental de enfermedad, conforme á las leyes generales que rigen el conjunto orgánico. De esta suerte, y siguiendo por tan amplios y luminosos caminos, ha podido el Dr. Letamendi tornar toda aquella serie de futilidades añejas y divagaciones peligrosas que constituían antes el contenido obligado de las obras clásicas de Patología general, en una Nosología que, en forma de principios perpetuos de medicina, deja sentado para siempre todo lo que hay de general y filosófico en el análisis del concepto puro fundamental de enfer-

:

medad; en una Nosografía que de modo inusitado y nunca visto aborda el estudio de las causas morbosas y el de la reacción viva del organismo al golpear en él los agentes cósmicos, y en una Nosognomía, verdadera patología integral ó del natural conjunto, que encierra en sí todo lo que hay de sintético, real y positivo en la enfermedad, en cuanto á su conocimiento, á su previsión y á su cura.

Hasta aquí, podríamos decir, lo físico, lo material, lo dinámico, lo objetivo de la doctrina del Dr. Letamendi; pero al llegar en el estudio de su Nosografía al mecanismo de las causas morales de enfermedad, aborda de frente y de modo científico ni aun siquiera por nadie vislumbrado, lo metafísico, lo trascendental, lo subjetivo, lo anímico, el concepto individualista del espíritu, ó sea la naturaleza de lo que él llama la *psije* ó la *psique* humana.

«Creer, dice el Dr. Letamendi, como el espiritualista, que el mundo metafísico está encima ó debajo, ó aquende ó allende el nuestro, es empeñarse en no ver lo visible y ver lo invisible; mientras que negar como el materialista la realidad de dicho mundo es arrancarse despiadadamente los ojos para no ver aquello que se aborrece, como si por ese soberano medio lo aborrecido dejara de existir.» Y, en efecto, de que todo cuanto existe en el mundo, y especialmente en la naturaleza humana, pueda reducirse científicamente á movimiento, no se deduce que todo cuanto hay en el secreto de su esencia sea precisa y necesariamente movimiento, porque si se analiza lógica y profundamente el caso, se echará de ver que la mayor síntesis posible dinámica de toda realidad es, en último término, reducible al concepto ó á la idea metafísica de movimiento, y que en el misterio de la esencialidad de la idea se resuelve, como siempre, todo nuestro real y efectivo conoci-

miento. Es decir, que si el mundo objetivo fenomenal, externo, tiene alguna razón de ser, es en cuanto se da dentro de nosotros mismos en este otro mundo interior, íntimo, subjetivo, ultrafísico, ó del en sí de las cosas; que si mal se puede negar lo que se ve por nuestros afueras, menos se puede negar lo que pasa por nuestros adentros, y que si el espiritualista yerra al negar la consubstancial corporeidad de nuestro ser, más yerra el materialista al negar la efectividad de nuestro yo, acusada claramente por la conciencia de nosotros mismos.

Por lo demás, dice el Dr. Letamendi, si misterio y enigma indescifrable es nuestro ser en cuanto á su esencia y finalidad, misterio no menos impenetrable es el fin y esencia de la naturaleza; pudiendo á todo eso añadir que, sólo partiendo del hecho de conciencia, en virtud del cual cada uno se siente sujeto y objeto á la vez de percepción de sí mismo, se puede generalizar y creer que cada cosa en el mundo tiene su objeto y su sujeto propios, su esencia y su substancia correspondientes; y entonces, y sólo entonces, es cuando á la materia, por ejemplo, se le buscan sus fuerzas, y al universo entero se le asigna su Dios. Es decir, que, analizando metafísicamente este concepto, resulta que, no solamente es la idea de nuestro yo la última y definitiva noción de todo lo que somos, sino que es además el único relativo término lógico que nos queda para suponer cuál sea la esencia de todas las demás cosas.

El alma humana es, pues, para el Sr. Letamendi la *I* de su ecuación matemática de la vida, llegada á tener conciencia de sí misma, ó sea en función de sentir, pensar ó querer, siempre, por supuesto, en relación con las energías cósmicas. Es el sujeto mismo psicológico el que equivale á la energía individual del hombre en su aspecto

íntimo y substantivo. Y al creer esto, entiéndase bien que no es que el Dr. Letamendi haya hecho una excepción en favor del espíritu, por tratarse de funciones supremas, como son en sí el sentir, el pensar y el querer; sino porque en rigor de individualista, tan lógico es afirmar que es el sujeto, el individuo entero, y no tal ó cuál órgano, el que digiere ó respira, como decir y asegurar que es el sujeto ó el total individuo el que siente, piensa y quiere. Por esta fundamental razón, tan desatentados andan los espiritualistas al decir que el espíritu piensa por sí ó en sí mismo, como andan insensatos los materialistas al creer que lo que piensa es el cerebro; porque, en rigor de verdad, quien única y exclusivamente piensa es el sujeto, la individualidad humana, por el cerebro; así como es esa misma individualidad la que digiere por el estómago y respira por los pulmones.

De esta suerte resultan, de una vez para siempre, condenados el materialismo y el espiritualismo, como enemigos comunes de una antropología verdaderamente positiva, y como constantes perturbadores de la organización científica de la Medicina, del Derecho, de la Política, de la Moral y de cuantas ciencias tienen por especial objeto de su estudio al hombre; pero al propio tiempo, por obra de un ingenio de primer orden, queda también para siempre restaurado en el seno de la ciencia misma el mundo ontológico ó metafísico, á despecho del actual andante positivismo.

CARLOS MARTÍN DE URRUTIA.

LAS OBRAS HISTÓRICO-MILITARES

DEL

CAPITÁN D. FRANCISCO BARADO

I.

HACE algún tiempo que en un artículo de nuestro amigo el elegante y erudito escritor D. Juan Valera, vimos las siguientes consideraciones acerca de la decadencia de España y del renacimiento de nuestros estudios históricos :

«Para explicarnos nuestra decadencia se imaginaba, ó había existido realmente, extravío ó aberración monstruosa en la marcha de nuestra civilización, y era menester renegar de lo pasado y condenarlo, tomando los principios civilizadores de fuera, ó entender mejor nuestro pasado, rehabilitar lo bueno de él, depurarlo de todo elemento deletéreo, y continuar sobre él nuestro movimiento ascendente. Para esto se requería inspeccionar nuestro pasado con más exquisita diligencia y con crítica más aguda y desapasionada; y justo y consolador es decir que en tales estudios hemos tenido fecundo renacimiento en estos últimos tiempos. Para nuestra historia política, Lafuente, Cánovas y Ferrer del Río; para la historia de

nuestras leyes é instituciones, Colmeiro, Pidal y Cárdenas; para la historia de nuestra civilización en general, Tapia y Gonzalo Morón; para la historia de nuestras letras, ciencias y artes, Amador de los Ríos, Valmar, Gayangos, ambos Guerras, Canalejas, Milá y Fontanals, Aribau, Menéndez Pelayo y otros muchos han hecho estudios y han publicado libros, por cuya virtud podemos ya afirmar, que no son sólo los extranjeros benévolos los que acuden á enseñarnos lo que somos y lo que hemos sido.»

Fácilmente podrán reparar los estudiosos, que en la enumeración de autores que hace el Sr. Valera, no se hallan mencionados nuestros modernos historiadores militares, que no son pocos, ni carecen de mérito. Á nuestro juicio, no sería aventurado decir que la investigación sobre el pasado histórico de nuestra patria, donde menos interrupciones ha tenido es precisamente en la historia militar, que, si bien aún no ha sido escrita en forma rigurosamente técnica, ha merecido la constante preferencia de elegantes narradores y sabios eruditos.

Concretando nuestras observaciones á tiempos no remotos, recordaremos que acaso la resonancia que tuvo á mediados del siglo XVIII el gran tratado de milicia de D. Álvaro Navia-Osorio, marqués de Santa Cruz de Marcenado, fué parte á evitar el menosprecio de nuestro pasado en lo tocante á la ciencia de la guerra, que no parecía lógico tal menosprecio cuando italianos, franceses y alemanes traducían y elogiaban la inmortal obra de nuestro insigne compatriota. Sea ésta ú otra la causa, el hecho es que cuando nuestros más preclaros ingenios rendían pleitohomenaje á la cultura francesa, así en ciencias como en literatura, un poeta, que con razón protestaba de tan humillante dependencia, sin ser militar de profesión, quiso renovar la memoria de nuestros antiguos tratadis-

tas de milicia, y publicó una *Biblioteca militar española*, que, si no estamos equivocados, es el primer trabajo de bibliografía profesional que en España ha visto la luz pública. Merecedor es de la gratitud de todos los que vistieron ó hemos vestido el uniforme militar el autor de la *Biblioteca militar española*, publicada en 1760, D. Vicente García de la Huerta, cuya gloria ha pretendido empañar, con infundadísimas sospechas, cierto crítico muy erudito y sagaz, pero en este punto muy equivocado. Y sobre las razones que en otra ocasión expusimos para demostrar que no hay ningún motivo para suponer que el autor de la *Raquel* no lo sea también de la *Biblioteca militar española*, que corre con su nombre, añadiremos la autorizada palabra de D. Juan Sempere y Guarinos, que, en su *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, afirma que D. Vicente García de la Huerta había corregido y aumentado mucho su obra de bibliografía militar, porque tenía el propósito de hacer una segunda edición; propósito que no pudo realizar por haberle sorprendido la muerte, como por lo común acontece.

Otro escritor, que tampoco era militar de profesión, el abogado D. Joaquín Marín y Mendoza, emprendió la tarea de escribir la *Historia de la milicia española desde las primeras noticias que se tienen por ciertas hasta los tiempos presentes*; pero, desgraciadamente, de esta obra, que prometía ser muy erudita y extensa, sólo se publicó el tomo primero en el año de 1776. Se dice que durante mucho tiempo se ha conservado en un archivo ó biblioteca, que ahora no recordamos, el manuscrito en que se continuaba y terminaba la obra del Sr. Marín y Mendoza; pero parece que ha desaparecido este manuscrito, sin que sea posible averiguar su paradero.

II.

Al recordar que durante la decadencia de la literatura española, cuando la musa dramática sólo producía en nuestra patria los pobres engendros de Comellas y Valladares, la retórica estaba representada por Rengifo, la poesía bucólica por el prosaismo de D. Francisco Gregorio de Salas, y la épica por el desdichado autor de *El sol de los anacoretas*, D. Pedro Nolasco de Ocejo; al recordar que en la obscura noche de nuestras letras, en el siglo XVIII, la milicia presenta un escritor didáctico tan eminente como el marqués de Santa Cruz de Marcenado, un bibliógrafo tan estimable como D. Vicente García de la Huerta, é historiadores tan merecedores de estudio como el marqués de San Felipe y el de la Mina, creemos haber comenzado á demostrar la verdad de la indicación que hicimos anteriormente, al decir que en la ciencia histórico-militar es donde menos interrupciones ha tenido la investigación y la fecunda labor de nuestros escritores didácticos; porque nadie puede dudar que antes del siglo XVIII la historia militar de España es el asunto preferente de los cronistas de la Edad Media, de los historiógrafos de la época del Renacimiento y de los tiempos posteriores; y hasta de los poetas épicos, que la mayor parte de las veces se limitan á escribir historias rimadas de los héroes y de las empresas militares; y respecto á lo que acontece en la presente centuria, nos hemos de ocupar de ello con toda la extensión que requiere la última parte de nuestra comenzada prueba.

Nos lamentábamos al principiar este escrito de que el

muy erudito D. Juan Valera, al hablar de los historiadores modernos, cuyos libros honran las letras patrias, hubiese olvidado por completo los nombres y merecimientos de los escritores que en estos últimos tiempos han consagrado su pluma á ilustrar la historia de la milicia española; escritores entre los cuales hay algunos tan notables como D. Antonio Cánovas del Castillo, Estébanez Calderón, los generales San Román, Arteche y Almirante, el capitán D. Francisco Barado, y algunos otros que ya tendremos ocasión de mentar en el curso del presente escrito.

Y por la mala costumbre de no ver á toda hora la íntima unión que existe entre el ejército y la armada, nos hemos olvidado en el anterior párrafo de los escritores que han narrado la gloriosa historia de nuestra marina de guerra, Vargas Ponce y Navarrete en la primera mitad de este siglo, y D. Javier de Salas Fernández Duro, Novo y Colson, Alcalá Galiano, Pavía, Auñón, Lacaci y algunos otros en estos últimos tiempos.

En crítica literaria, como en toda ciencia, la afirmación escueta poco ó nada vale; y por esta causa será preciso invitar á los lectores á que comprueben por sí mismos la exactitud de nuestras apreciaciones, comparando las obras de nuestros modernos historiadores militares con las escritas por los autores que emplean su pluma en otros ramos de nuestra historia nacional. Este estudio comparativo puede hacerse recordando las varias partes en que se suele considerar dividida la ciencia de la historia. Por ejemplo, la bibliografía es seguramente una rama de la historia; véanse la *Biblioteca marítima española* de D. Martín Fernández de Navarrete, y la *Bibliografía militar de España* del general D. José Almirante, y dígame qué obras modernas de su mismo género las supe-

ran en mérito y utilidad como libros de consulta. Sigamos poniendo algunos otros ejemplos. Como autores de las llamadas historias de sucesos particulares, han obtenido merecido renombre Melo y Moncada, Solís y Hurtado de Mendoza, y es seguro que también han de obtener este galardón Cánovas del Castillo por sus monografías histórico-militares, el general Arteche por su *Historia de la guerra de la Independencia*, Estébanez Calderón por su *Conquista y pérdida de Portugal*, y D. Javier de Salas por su comenzada historia de la *Marina española de la Edad Media*. Y aún hemos de añadir á estas monografías las escritas por D. Cesáreo Fernández Duro, referentes á la conquista de las Azores, y á la organización y malaventura de la armada á que prematuramente se llamó *Invencible*, y el libro del comandante de artillería D. José Arántegui, titulado *Apuntes históricos sobre la artillería española de los siglos XIV y XV*.

La mayor parte de los españoles que ha ilustrado su nombre cultivando las letras ó las artes, carecen de historiadores que nos den á conocer su vida y el valor de sus obras, con los datos de la erudición y los juicios de la crítica que requiere la cultura científica de la época en que vivimos; pero nuestros grandes capitanes, y hasta nuestros ilustres tratadistas de milicia, han encontrado algunas veces plumas doctas que han recordado en el siglo XIX sus gloriosos triunfos ó sus excelentes libros. La biografía del inmortal defensor de Gerona, por el general Arteche; la del conde de Fuentes, por el Sr. Fernández Duro; la de Pedro Navarro, por D. Martín de los Heros; las de D. Álvaro de Bazán, escritas por D. Martín Fernández Navarrete, D. Eduardo de Navascués y D. Ángel de Altolaguirre; la de *Hernán Pérez del Pulgar*, el de las

Hazañas, por D. Francisco Martínez de la Rosa ; las del autor de las *Reflexiones militares*, que vieron la luz pública con motivo de la celebración de su centenario ; biografías en que mostraron su ingenio y erudición Don Juan de Madariaga, el coronel de artillería Sr. Salas, el catedrático D. Máximo Fuertes Acevedo y el capitán D. Miguel Carrasco-Labadía ; los muchos apuntes biográficos sobre nuestros soldados ilustres que publicó D. Manuel Juan Diana, y otros estudios semejantes que se hallan esparcidos en las revistas y los diarios militares, ponen en punto de evidencia la verdad de nuestro aserto ; verdad que puede confirmarse más y más, recordando ahora que nuestros mayores ingenios, el gran dramaturgo Calderón, el novador filósofo Luis Vives, el sin par satírico Quevedo, y nuestros mejores artistas, pintores y arquitectos, músicos y estatuarios, no hallan en su patria ni eruditos que investiguen cómo vivieron, ni críticos que juzguen el valor de sus creaciones literarias ó artísticas.

III.

Nos parece que después de lo que llevamos escrito, no es necesario insistir en nuestra afirmación de que los historiadores militares han contribuido poderosamente al feliz renacimiento del estudio de nuestra vida nacional ; pero si aún cupiese alguna duda acerca de este punto, léase la notable obra titulada *Museo Militar*, y desaparecerá por completo.

D. Francisco Barado, autor del *Museo Militar*, es un joven capitán de infantería, que sin otro estímulo ni ali-
ciente que el que pudieran prestarle la firmeza de su vo-

luntad y el patriotismo de sus buenos deseos, ha llevado á cabo una obra de gran importancia para el estudio y conocimiento de la historia de España.

Forma el *Museo Militar* tres gruesos volúmenes en folio, ilustrados con numerosos grabados y cromo-litografías, facsímiles de antiguas estampas, copias de monumentos y medallas, retratos de personajes célebres, planos de sitios y batallas; y el Sr. Barado fué al propio tiempo director artístico de la obra, que comenzó á publicarse en 1882 y terminó en 1886, y único redactor de ella, por más que otra cosa se diga en las portadas de los dos primeros volúmenes, atendiendo quizá á razones editoriales no del todo infundadas, pero sí inconvenientes.

Al poco tiempo de haber visto la luz pública *El Museo Militar*, un ilustrado crítico decía muy atinadamente:

«No son frecuentes en España las ocasiones de dar cuenta de obras en que concurra la importancia editorial y la originalidad. Estamos acostumbrados á ver en los escaparates de nuestras librerías obras de lujo francesas y alemanas, mejor ó peor vertidas al español, y realzadas por cromos más ó menos perfectos; volúmenes que unen la belleza tipográfica al atractivo de la baratura, y este es el principal inconveniente con que ha de tropezar el editor novel de una obra original, ó, si se quiere, de una obra española; así es que, lo confesamos ingenuamente, no puede menos de admirarnos la aparición de un libro de la importancia del *Museo Militar*. Lástima que éste tenga un título tan vago, porque, más que el de *Museo*, le corresponde el de *Historia del ejército español*; historia que, por cierto, es la más completa que se conoce, y, sobre todo, historia que deben consultar muy preferentemente cuantos cultivan la de España, pues fácil es que en ninguno de nuestros historiadores hallen noticias tan nuevas y

completas, concernientes, no sólo á la parte *técnica*, sino también á los sucesos político-militares; lo que no es de extrañar si se examina la anotación de esta obra, porque, además de verse consultados en ella documentos y autores antiguos, se han puesto á contribución los trabajos más recientes, algunos de ellos aparecidos en el transcurso de la publicación del *Museo Militar*.»

Si el autor del artículo publicado en la *Revista de ciencias históricas* decía lo que acabamos de transcribir, el redactor de las noticias bibliográficas de la *Revista Militar*, que ve la luz en Lisboa, escribía lo siguiente al emitir su juicio acerca del *Museo Militar*:

«Puede considerarse este libro como un estudio enteramente nuevo y el más completo de cuantos se han publicado desde que en 1850 el conde de Clonard dió á la estampa su *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería españolas*. Esta obra, muy apreciada en su tiempo, ha envejecido ya en los treinta y ocho años que han transcurrido á contar desde la fecha de su publicación, porque el criterio científico es en la actualidad muy distinto del que dominaba en la primera mitad de este siglo; y las muchas monografías últimamente publicadas han aclarado las causas de algunos hechos que antes aparecían harto dudosas. Hay también que tener presente que el conde de Clonard se limita á referir la historia de la infantería y caballería, y el Sr. Barado, con mayor amplitud de pensamiento, traza un cuadro completo de los hechos militares realizados en cada período histórico, consagrando su preferente atención á los asuntos menos conocidos, y describiendo con entusiasmo las glorias militares de la nación española.»

Si aún quisiéramos acumular más elogios de la obra del Sr. Barado, citaríamos los que escribió M. Serignan

en la revista francesa titulada *Spectateur Militaire*, y lo que dijo el brigadier D. Ramón González Tablas en el informe que redactó como vocal ponente de la Junta superior consultiva de Guerra. Pero el mayor elogio que puede hacerse del *Museo Militar*, nunca llegará á producir la favorable impresión que causa en el ánimo del aficionado á los estudios históricos la contemplación y lectura de un libro, donde la representación gráfica de los tiempos pasados, en que aparece el guerrero de la Edad Media y el piquero de los famosos tercios castellanos, el castillo del *rico-home* y la plaza fortificada del siglo xvii, hasta llegar al soldado de las *tres guerras*, la cantonal, la carlista y la de Cuba, y á las trincheras-abrigo de los tiempos actuales, se halla acompañada de un texto nutrido, casi podría decirse atestado, de noticias interesantes, cuya adquisición requiere asiduo trabajo y no vulgar inteligencia.

El Sr. Barado ha registrado los archivos de Cataluña y Aragón, y así que, al escribir la historia militar de España en la Edad Media, no se ha limitado á relatar lo que aconteció en Castilla, que, mal ó bien, ya estaba referido por otros historiadores, sino añade noticias sacadas de aquellos archivos, hasta ahora ignoradas algunas de ellas, y otras muy poco conocidas. Bebiendo, sin duda, en estas mismas fuentes de erudición, consagra un notable estudio á los grandes descubrimientos marítimos que realizaron los hijos de la Península Ibérica, portugueses y españoles, en los siglos xv y xvi: descubrimientos menos celebrados de lo que merecen, porque son acaso la mayor de nuestras glorias nacionales.

Asombra la erudición del Sr. Barado cuando llega á ocuparse de la historia de la milicia española en las dos

primeras centurias de la época moderna; conoce lo dicho por nuestros historiadores Hurtado de Mendoza, Solís, Coloma, Vázquez, Verdugo, Villalobos, D. Bernardino de Mendoza, D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, Cabrera de Córdoba, Herrera, Vander-Hammen, Melo, y otros muchos; no olvida los escritos de los extranjeros contemporáneos de éstos, como Estrada, Bentivoglio, Guiciardini y algunos más, y le son familiares las obras de los modernos, citando con frecuencia y acierto los libros de Gachard, Irving, Forneron, Prescott, Cánovas del Castillo, San Miguel, Fernández Duro, Rodríguez Villa, D. Adolfo de Castro, y hasta algunas monografías de corta extensión de D. Alejandro Llorente, del malogrado Weil, y del autor de estas líneas. Y en esta enumeración de autores no hemos citado á otros que forman una agrupación, digámoslo así, de historiógrafos y eruditos no castellanos: agrupación que comienza á formarse con el Rey D. Jaime I y los cronistas Muntaner y Desclot, y se completa en los tiempos modernos con los Capmany, Bofarull, Balaguer, Coroleu y otros autores, que jamás olvida el Sr. Barado.

Las batallas de Pavía y de Rocroy, los sitios de Amberes y de Amiens, el desastre de la *Invencible* y las guerras separatistas de Portugal y Cataluña en el siglo xvii, son asuntos en que se ocupa el Sr. Barado con tanta extensión y copia de datos, que puede decirse con verdad que su relato de estos acontecimientos supera en mucho á todo lo anteriormente escrito en las historias generales de España, y aun en las dedicadas á narrar exclusivamente la historia de la milicia española. Sería preciso recurrir á las monografías, que seguramente se publicarán con fecha posterior á la obra del Sr. Barado, para encontrar reunidas todas las noticias que en este li-

bro se hallan acerca de los asuntos mencionados y de algunos otros que pudiéramos citar.

Con el título de *Ilustraciones* ha escrito el Sr. Barado una especie de apéndices á cada una de las partes principales en que el *Museo Militar* se halla dividido; y en estas *Ilustraciones* ha explicado, con no escaso conocimiento en la indumentaria, las armas y trajes que representan los grabados que ilustran el libro, y ha incluido un gran número de biografías de los militares ilustres cuyos retratos se hallan en las páginas de la obra; biografías que han merecido los elogios del Sr. Rodríguez Valdés y del brigadier González Tablas.

Con razón dice el Sr. González Tablas: «Las muchísimas biografías que en las *Ilustraciones* se insertan, permiten conocer perfectamente á los inmortales guerreros, grandes capitanes y varones ilustres que intervinieron en nuestras campañas y en los sucesos más culminantes de nuestra historia. Y siendo esto así, nadie podrá poner en duda el superior mérito de las *Ilustraciones*, que constituyen la comprobación del texto en lo concerniente á su representación gráfica».

IV.

La afición á los estudios históricos suele adquirir con facilidad el carácter dominante de las verdaderas pasiones que absorben por completo todas las fuerzas de la voluntad y del pensamiento. Dice el ilustrado escritor D. Adolfo Carrasco, que así como atrae el abismo, también atrae la investigación bibliográfica, que podría llamarse el *abismo de los libros*, si la frase no se tachara de im-

propia ó atrevida. Esta observación del Sr. Carrasco, referente á los estudios bibliográficos, es aplicable á las demás clases ó ramas en que puede considerarse dividida la ciencia de la historia.

Y la atracción que ejerce el estudio de la historia sobre el espíritu humano se halla fundada en motivos no difíciles de explicar. El conocimiento de la verdad absoluta, anhelo el más sublime de los seres racionales, sólo podrá alcanzarse, si no es superior á la capacidad de la inteligencia humana, mediante el estudio de la historia. Y la razón es obvia. No basta que la reflexión determine un principio que parezca universal ante el criterio del pensador; es necesario que la experiencia de los siglos, mostrada en las páginas de la historia, confirme el dictamen del criterio individual, siempre sujeto á error, y que no tiene otro medio de rectificar sus juicios que la investigación de lo que fué y de lo que es, de lo pasado y de lo presente, y ambas investigaciones pertenecen, ó, mejor dicho, son las que constituyen la ciencia de la historia. En realidad de verdad, sólo puede decirse que sabe una ciencia el que, además de su estado presente, que siempre es temporal y transitorio, conoce la historia de esta ciencia, ó sea los estados, también temporales y transitorios, mediante los cuales se ha realizado su progresivo desenvolvimiento.

Y si se rechazasen los razonamientos que acabamos de exponer, diciendo que estaban fundados en la aspiración de conocer la verdad absoluta, aspiración de todo punto absurda, según las doctrinas del positivismo hoy predominantes, no se podrá negar, aun en ese terreno del positivismo, que la historia es un estudio de observación, un estudio experimental, en la forma que es posible la experiencia, cuando el operador no dispone de me-

:

dios para repetir sus experimentos, y se tiene que limitar á ver los hechos y deducir de estos hechos sus necesarias consecuencias.

Aun podría calificarse todo lo dicho aquí respecto á los estudios históricos, de cavilaciones y silogismos abstractos, que no siempre se realizan en la vida, y raras veces se confirman en la ciencia; pero obsérvese que nada hay en el mundo que interese más al hombre que el conocimiento de sí mismo y de los demás hombres; y de aquí la viva atención con que los lectores siguen los relatos de la historia, y de aquí la creciente afición á las investigaciones históricas de los estudiosos que á esta tarea se consagran; que el hombre es actor en la historia de su época, y ve su imagen en la de los tiempos que ya pasaron.

Por las razones apuntadas, ó por otras que desconocemos, es lo cierto que el autor del *Museo Militar*, después de concluida la publicación de esta notable obra, continúa dando pruebas de su amor á los estudios históricos, y como fruto de su asidua labor literaria, han visto la luz de la publicidad los tomitos titulados: *Literatura militar española en el siglo XIX*, que forman parte de la *Biblioteca económica de ciencias militares*, el texto que acompaña á los notables dibujos del Sr. Cusach publicados en Barcelona con el título de *La Vida militar*, y la comenzada historia de la *Literatura Militar Española*, que con afán desean ver terminada los amantes de las glorias patrias.

Dentro de muy reducido marco, un pequeño volumen, ha conseguido D. Francisco Barado bosquejar el cuadro de la historia de la *Literatura militar española en el siglo XIX*; y la dificultad de esta empresa nos es conocida prácticamente, por haber intentado llevarla á cabo

al explicar una conferencia en el Ateneo de Madrid, cuyo tema, *Villamartín y los tratadistas de milicia en la España del siglo XIX*, no acertamos á desenvolver con la precisión y claridad que nosotros hubiéramos deseado. Estas cualidades tan estimables, precisión y claridad, son las que más avaloran la breve monografía del señor Barado.

El segundo tomito de *Literatura militar española en el siglo XIX* está formado con una colección de biografías de nuestros escritores militares contemporáneos que ya han fallecido. Figuran en esta colección los generales Concha (D. Manuel), Córdova (D. Luis F. de), Ros de Olano, Fernández San Román, Salas y Conde de Clonard, el brigadier Aparici, el inolvidable Villamartín, D. Antonio Vallecillo, D. Serafín Estébanez Calderón y D. Eduardo de Mariátegui. Si, como es de creer, el señor Barado continúa esta galería biográfica, no olvidará á los escritores marítimo-militares, ya difuntos también, Don Martín Fernández de Navarrete, D. José de Vargas Ponce y D. Jorge Lasso de la Vega, ni á otros escritores dignos de memoria, como el historiador del cuerpo de ingenieros D. Manuel Varela y Limia y el general Don Tomás de Morla, que aun cuando, según nuestro juicio, sólo es un refundidor de la *Táctica de Artillería* que al morir dejó inédita D. Vicente de los Ríos, es autor de un *Arte de fabricar pólvora* y de una reseña de la *Constitución militar prusiana*, obras que merecen alguna atención, si se tiene en cuenta la época en que fueron escritas. Además, el renombre de que hasta ahora ha gozado el general Morla, renombre que, en nuestro sentir, es muy superior á su mérito como tratadista de milicia, le ha servido para que se olvide que fué afrancesado y poco escrupuloso en el cumplimiento de ciertas obligaciones

militares, y hora es ya de que se depuren los hechos y el entusiasmo de los panegiristas ceda su puesto á la verdad de los historiadores.

También merecía ocupar un sitio en la galería biográfica del Sr. Barado el aplaudido autor dramático y estimable novelista D. Manuel Juan Diana, autor de la obra *Capitanes ilustres*, que nosotros creíamos pertenecía al número de los escritores militares de la *clase de paisanos*, pero que parece no es así, porque se dice que el Sr. Juan Diana, no Diana como frecuentemente se escribe, fué soldado en su juventud, noticia cuya exactitud no hemos podido comprobar. Por último: no es posible olvidar en una galería de escritores militares del siglo presente al capitán general D. Evaristo San Miguel, á quien pueden aplicarse las frases con que termina una de las biografías publicadas por el Sr. Barado: «Hizo cosas dignas de ser escritas, y escribió obras dignas de ser leídas».

V.

Dicen los modernos críticos que la división que suele establecerse entre dos géneros de novela, las llamadas de costumbres y las que se apellidan históricas, es más aparente que real; porque en las novelas históricas se describen ó se pretende describir las costumbres de los tiempos pasados, y son, por lo tanto, novelas de costumbres. Y aun puede añadirse que las novelas de costumbres, esto es, las novelas en que se pintan los cuadros de los usos y costumbres de la época en que su autor vive, es más verídica, y, por lo tanto, merece más el ca-

lificativo de histórica, que aquellas en que el novelista tiene que trasladarse con su imaginación á tiempos que ya pasaron, para describir un estado social que sólo conoce por el relato de los historiadores, los polvorientos legajos de los archivos y las creaciones del arte, testimonios sin duda muy valiosos, pero que jamás pueden sustituir á la observación directa de los hechos. Y por esta razón los modernos historiógrafos citan con frecuencia lo dicho en las novelas de costumbres para apoyar sus aseveraciones ó contrariar las ajenas, y nunca se les ocurre hacer otro tanto con las llamadas novelas históricas.

La medula, digámoslo así, de la novela de costumbres, es la descripción de las pasiones y los usos, de las virtudes y de los vicios que forman la fisonomía social de la época en que se escribe, y por esta manera la novela de costumbres es considerada hoy como un documento histórico de grandísima importancia; documento en que á veces se refleja la realidad de la vida humana con mayor exactitud que en los libros de historia y en las relaciones de origen oficial que se guardan en los archivos.

Hemos escrito lo que antecede para justificar la calificación que antes hicimos al incluir entre las producciones históricas del Sr. Barado el texto ó explicación de las estampas, mejor dicho, de la colección de cuadros del Sr. Cusachs, que lleva por título *La vida militar en España*.

En efecto: si hasta la novela de costumbres es naturalmente considerada como un documento histórico de no escaso valor, mucho más habrá de serlo una obra como *La vida militar en España* de los Sres. Cusachs y Barado, en que se han juntado el lápiz y la pluma para pintar y describir al propio tiempo los uniformes, que es lo más visible, y el espíritu, que es lo más oculto de los

militares españoles en este último tercio del siglo XIX. Las revistas y los diarios militares de Francia y Alemania, de Inglaterra, de Italia y de Portugal, se han hecho lenguas para alabar los dibujos del Sr. Cusachs, á quien ya apellidan el *Detalle español*, y el texto del Sr. Barado, que, á juicio de *La France Militaire*, está escrito de mano maestra. En España, según antigua y mala costumbre, hemos sido más parcos en los elogios de los señores Barado y Cusachs, dejando que los extranjeros nos lleven la delantera; pero de esta pereza en alabar á nuestros escritores y artistas solemos tomar algunas veces el desquite, como ha sucedido recientemente en nuestro invento de la navegación submarina, elogiado por nosotros mucho antes de que pueda ser admirado por las naciones extranjeras. ¡Plegue á Dios que estos elogios sean confirmados por la experiencia!

Para completar el breve análisis que estamos haciendo de las obras histórico-militares de D. Francisco Barado, habríamos de ocuparnos ahora en el examen del primero y único cuaderno que ha visto la luz de su *Literatura Militar Española*; pero hemos contraído el compromiso, quizá superior á nuestras fuerzas, de escribir para este libro á modo de un apéndice ó *post-scriptum*, y, como es natural, nos vemos obligados á reservar nuestro juicio en la ocasión presente, para que no pierda el atractivo de lo desconocido, que acaso es el único que puede tener nuestro prometido apéndice ó *post-scriptum*.

Y á semejanza de lo que sucede en algunas piezas de música, volvemos al tema con que hemos comenzado este escrito, ahora que se aproxima su terminación. Es á todas luces injusta la preterición de los escritores militares que frecuentemente se nota en las reseñas de los eruditos

y críticos que se ocupan en historiar la vida científica y literaria de España en la presente centuria. Si el tiempo que ha invertido D. Francisco Barado en escribir sus notables obras histórico-militares, lo hubiese dedicado á otro género de trabajos, aun cuando también fuesen históricos, como, por ejemplo, la historia política ó literaria de España, su nombre sería conocido y su mérito justamente alabado por los críticos y por el público en general. Este olvido, casi pudiera decirse este menoscabo, de todo lo que se relaciona con las instituciones armadas, tiene su origen en el espíritu antimilitar de los *burgueses*, como los llaman los socialistas, que hoy ejercen soberano influjo en la vida social de nuestra desventurada patria.

La clase media, poderosa para destruir la organización de la antigua España, la clase media sabe negar y deshacer, pero no sabe afirmar ni rehacer. La monarquía absoluta hizo desaparecer las turbulentas mesnadas de los ricos-hombres y las tropas allegadizas que mandaban audaces aventureros, y creó los ejércitos permanentes. La clase media, por su horror al estudio de las cuestiones militares, y legislando sobre materias que por completo desconoce, llegará á destruir el ejército permanente, pero no sabe ni sabrá sustituirlo con los ejércitos nacionales. La obscuridad que cubre los nombres de los escritores militares, siquiera sean tan merecedores de aplausos como lo es D. Francisco Barado, es un signo del tiempo; porque, el *militarismo*, que dicen predominó en España durante el reinado de Isabel II, se ha transformado en el *paisanismo* que hoy priva, y que está llamado á labrar la dicha, ó poco menos, de las presentes y futuras generaciones.

La abnegación es la más grande de las virtudes humanas, y el capitán D. Francisco Barado ha dado mues-

tras de poseerla en grado relevante ; que sólo así se explica su constante aplicación al estudio de la historia militar de España. El autor del *Museo Militar*, de la *Literatura militar española en el siglo XIX*, del texto de *La vida militar en España*, y de la comenzada historia de la *Literatura Militar Española*, acaso podrá conseguir alguna recompensa oficial, si añade la influencia de los poderosos al mérito de sus escritos ; pero mientras predomine el *paisanismo al uso*, tendrá que renunciar á que su nombre ocupe el puesto que en justicia le corresponde al lado de los autores contemporáneos que brillan por su claro ingenio y copiosa erudición en la inacabable labor de los estudios históricos.

LUIS VIDART.

MADRID 21 de Abril de 1889.

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA



FALTARÍA LA ESPAÑA MODERNA á su título y á su misión literaria, si no fijase constante y primordial atención en un aspecto del movimiento universal del mundo moderno que, más que á ninguna otra nación de Europa, atañe á la nuestra y le interesa. Nos referimos á ese conjunto de hechos políticos, sociales, religiosos y literarios, que pueden llamarse ya hoy la *civilización ultramarina*, hechos que se vienen desarrollando á nuestros ojos con tan vertiginosa rapidez, que no parece sino que se hallen próximas á su cumplimiento las antiguas profecías, que ponen en América el lugar de reposo y quizá el Dios término de la civilización. Á poco que se medite desapasionadamente acerca del frío mortal y de la anemia que invade la Europa en las postrimerías del siglo XIX, se adquiere, no sin pavora, la convicción de que á estos miembros del planeta que caen del lado acá del Atlántico empieza á faltarles sangre y vida, que refluyen tumultuosas, exuberantes y fecundas á los miembros del lado de allá. Hasta las leyes naturales que rigen nuestra existencia y estado físico, parecen indicar,

con sus trastornos tan frecuentes como inconcebibles, con sus evoluciones ilógicas y con sus bruscos desviamientos de todas las líneas trazadas por la ciencia, por la observación y la tradición, que el viejo mundo se acerca á una crisis apocalíptica, que pudiera ser la del anciano padre próximo á legar su casa, su nombre y su fortuna á los hijos vigorosos que ha engendrado, para que continúen su honrada misión sobre la tierra, y realicen los altos ideales que exceden á la voluntad, á las fuerzas y á la vida del hombre más laborioso.

Ello es que estamos en un momento en que apenas hay pueblo en Europa que no tienda á los de Ultramar sus brazos y sus ojos, y que convergen todos los elementos de la civilización á llenar el arca de ese nuevo Noé que parece presagiar otro diluvio. El vapor, que despuebla constantemente á nuestras naciones en beneficio de las de América y Asia, á la par que establece entre los productos de una y otra ruinosísima competencia, que está siendo gran parte en los apuros financieros de los Estados y los individuos; la electricidad, que destruye la pavorosa preocupación de las distancias y facilita las relaciones y los negocios tanto ó más que el vapor facilita el movimiento; la prensa, que introduce por los más recónditos intersticios de la sociedad, del pueblo y de la familia, datos, proyectos, noticias, anuncios y todo linaje de emanaciones, por decirlo así, predestinadas á enrarecer la atmósfera que aquí respiramos, para fingirnos allende los mares nuevos Eldorados maravillosos, nuevos horizontes risueños é inagotables; y, finalmente, el sinnúmero de concausas que van haciendo cada día más difícil la lucha por la existencia, así para la colectividad como para el individuo, aceleran, ¿qué es acelerar?, precipitan la solución de una inconmensurable incógnita que la Providen-

cia oculta por ahora á las febriles miradas del hombre. Ya es inadmisibile la menor duda. Siguiendo el compás que llevan la política, la economía y el agotamiento del suelo, que traen consigo en la esfera pública el aumento de los impuestos, la ruina de los Estados, la esterilidad de las inteligencias gubernamentales, el desprestigio de todos los partidos y los sistemas todos, y en la esfera privada el desaliento, la paralización del trabajo, la muerte de los idealismos, y, en una palabra, la imposibilidad de permanecer sobre el campo de batalla haciendo rostro á un enemigo más invencible y más vencedor á cada hora; mientras tal derrotero sigan, así las naciones que llamamos ricas como las pobres, así las populosas como las despobladas, así las viriles y aventureras como las débiles y apegadas al terruño, ninguna podrá resistir un cuarto de siglo esas limas sordas, esas constantes sangrías que las están aniquilando para robustecer y redondear las naciones del Nuevo Mundo.

Ofrece de ello una prueba tan decisiva la historia de nuestra Península ibérica, que sólo cerrando los ojos á la luz puede negarse su aplicación al caso presente. En los gloriosos días del descubrimiento y conquista de las Indias Orientales y Occidentales, eran en España y en Portugal reverso de la medalla de los de hoy los medios de la propaganda y de la actividad humanas, y, sin embargo, nada más fácil que señalar con lúgubres líneas en nuestros mapas los estragos del orden moral y material que hacia cada carta de un conquistador, cada noticia de un aventurero enriquecido, cada regreso de *un indiano*, tipo que se ha hecho legendario y perpetuo en ambos países. ¿Y qué significan esas señales? La despoblación primero, la amortización de escasas y por lo común infructuosas riquezas después. Y cuenta, que la carta á veces tar-

daba años en llegar, y la noticia era materia de discusión y campo abierto donde luchaban como siempre el pesimismo y el optimismo, y hasta el ejemplo tentador y palpable de la llegada del indiano solía estar compensado y aun destruido por su inmediata muerte, á consecuencia de sus heridas y sus trabajos, ó de sus vicios y sus excesos. Cuenta asimismo que entonces el amor á la patria y á la familia eran sentimientos arraigadísimos en todos los corazones, y el bienestar mucho más general que ahora en todas las clases sociales, porque el pobre era más resignado y el rico más caritativo, pues las virtudes, por decirlo así, caseras, no tropezaban como ahora con el valladar insuperable de la falta de fe cristiana, y, por último, hasta la vida material tenía exigencias tan distintas de las actuales, que la sobriedad española andaba muy vecina de la rustiquez, dato fundamental en el paralelo que venimos estableciendo entre aquellas emigraciones y las que á los Gobiernos tanto ahora preocupan, y con razón. No sin ella se ha criticado á D. Fernando el Católico el desdén con que miró el descubrimiento de la especiería, sosteniendo que nuestro ajo era la mejor de las especias, y hoy las madres de familia que más se acercan al ideal de la perfecta casada, suelen creer indigno oficio el de remendar camisas, aunque tenga tan insigne abolengo como Isabel la Católica. Á mayor refinamiento de costumbres, mayor esquilmo de la tierra y mayores dificultades para la vida.

Sin que pueda tachársenos de vanagloriosos, nos es lícito á los españoles creernos con más aptitud que ninguna otra raza para estudiar los complexos problemas que entrañan las actuales relaciones entre el mundo nuevo y el viejo, si lo que se llama vulgarmente el tesoro de la experiencia, no ha de ser en nuestras manos tan es-

téril como los caudales de América lo fueron en la antigüedad. Si nuestra misión, en este momento histórico, tuviera un carácter exclusivamente político, podríamos desconfiar, ¿qué es poder sólo?, desconfiaríamos en los términos más absolutos de esa aptitud, pues á la Providencia no le plugo darnos el don de gobierno, así como nos dotó con tanta largueza del don de mando, que aun antes de estar corrompida la república podía aplicárse-nos aquello del *plurimae leges*; pero quizá, por nuestra fortuna, ya no se trata de gobernar á América, ni siquiera de dirigir á nuestros hijos mayores que, emancipados y establecidos, van conociendo sus caminos harto bien y manejando sus negocios con bastante acierto; se trata pura y simplemente de olvidar una página de historia desgraciada, que lo mismo los entristece á ellos que á nosotros; de recibir en nuestros brazos á los que nos tienden los suyos, y haciendo más y más fuerte este vínculo indisoluble de la raza y del idioma, que nos dió la madre común, caminar unidos á la realización de los ideales que nos son también comunes, como dos buenos hermanos que, si pudieron en su juventud enemistarse por la herencia, á impulsos del amor y de la sangre se reconcilian con más fuerza en la edad madura.

Tardando estamos en verdad, por nuestra parte, que la América latina no puede hacer por la suya más solemnes pruebas de su buen deseo y del renacimiento de su españolismo. Con este propio título justamente pudimos ya escribir ha pocos años en el popular *Diario de Barcelona* una serie de artículos, con ocasión de varias publicaciones muy significativas y sintomáticas, entre ellas la que nuestro amigo D. Miguel Luis Amunátegui, recientemente perdido para las letras chilenas, había hecho de su *Vida de Andrés Bello*, para servir de introducción á

las obras completas del *príncipe de los poetas y escritores del Nuevo mundo*, como en plena Academia Española proclamó D. Manuel Cañete al insigne cantor de la *Agricultura de la zona tórrida*, obras que, á costa del Estado, habían dispuesto imprimir las Cortes de la República (Congreso Nacional) en 5 de Septiembre de 1875. Seis años nada más han transcurrido, y las ideas y los sentimientos que entonces nos inspiraron *Andrés Bello y el renacimiento del españolismo en América*, en vez de debilitarse ó perder siquiera algo de su oportunidad, reciben nuevas y más importantes confirmaciones por hechos elocuentísimos, cosa rara en el orden intelectual, tan ocasionado á frecuente y vertiginosa evolución en este siglo.

No ya los Gobiernos todos de Europa dedican á la política y á los intereses ultramarinos una atención preferente, hasta el punto de hallarse, entre otros, el Imperio alemán atacado de una verdadera fiebre de adquisición de colonias, fiebre cuyas consecuencias ha podido pagar España y aún la está pagando en realidad por otro estilo, sino que los problemas económicos y sociales que agitan á Europa y se relacionan con América, han adquirido una gravedad y unas proporciones, que si España siguiera mirándolos con indiferencia, haría prueba plena de imprevisión é insensatez. Sin que hagamos coro á los que lamentan el creciente desarrollo de la emigración, cúmpenos reconocer que, tanto por lo menos como los beneficios que en nuestro concepto reporta, deben pesar en la balanza del hombre de Estado las fuerzas vivas que roba á la nación y la calidad de las que lleva á las Repúblicas americanas, que no es tan excelente ni á una y otras tan útil como nosotros desearíamos. Cosa análoga acontece en los demás países que dan con España el ma-

yor contingente á la emigración, y la América se está poblando de aventureros y mendigos, que no le aportan buena sangre, ni buenas costumbres, ni hábitos de trabajo, sino vicios y ambiciones desapoderadas. Pero aun así, aun restando de la falange emigradora dos tercios lo menos (y ya se anuncia que la República Argentina trata de reembarcar á los inútiles), es inminente para España el peligro de que otras razas la suplanten en América y lleguen á debilitar la fuerza de la sangre, del idioma y de las creencias religiosas, como estuvo á punto de ocurrir á principios de este siglo. Lo que entonces hicieron las guerras de Independencia, lo pueden hacer hoy los intereses mercantiles y la política exclusivista de los Gobiernos que sólo buscan mercados y negocios. No se olvide que las nuevas generaciones, y acaso aquí más que allá, nacen impregnadas de positivismo.

Un detalle interesante de aquella página histórica se nos presenta como faro luminoso que debe guiar nuestro camino y mantener viva nuestra esperanza. Aun cooperando hombres eminentes al propósito de borrar la lengua española de los labios americanos, que tanto ciegan la fiebre política y el amor á la independencia, sólo se consiguió corromper el gusto público, y retardar el siglo de oro de la literatura americana, que parece acercarse ahora. Esta es nuestra ocasión, como aquel fué ejemplo de que no debemos nunca olvidarnos. La fuerza de la sangre y el amor de la patria tienen enemigos que tarde ó temprano pueden acabar con ellas, que son el tiempo, la distancia y los intereses materiales, hoy tan influyentes en todos los órdenes de la vida; pero el idioma es un elemento de virtualidad tan superior á los demás, y tan en absoluto los subordina y compenetra, que él por sí sólo sufre á la fuerza de la sangre y al amor de

la patria, galvanizándolos y regenerándolos cuando tienden á amortiguarse. Así se ha visto renegar de su madre á los grandes poetas americanos Bello y Heredia, y ser al mismo tiempo firmísimos sostenedores de la lengua materna, es decir, de la restauración del ídolo que pretendían derribar.

Debe inspirarnos tanta mayor fe la mancomunidad de idioma, cuanto que ella ha destruido en solos cincuenta años barreras que parecían insuperables, levantadas entre España y América por errores de aquende y odios de allende, sin contar la mala voluntad de las naciones que no nos perdonan el haber estado más cerca que ninguna de realizar el sueño del imperio universal. La desaparición de las dos generaciones que lucharon por la independencia y contra la independencia americana, ha bastado para que se verifique allí un verdadero renacimiento de españolismo, que nosotros debemos secundar con más efusión y más entusiasmo que lo hemos hecho hasta ahora.

Y no se nos recuerde que la Academia Española ha sido parte tan principal, como es notorio, en ese renacimiento, y que la Unión ibero-americana comparte hoy esa gloria con la ilustre Corporación de la calle de Valverde; porque, sin negar los fecundos esfuerzos de una y otra, pide la justicia que se adjudique el mayor lauro al espíritu de raza y al patriotismo americano, los cuales, por lo visto, sólo esperaban para renacer potentes la manifestación de hallarse vivos y enteros en España esos mismos sentimientos. Acaso en la desatinada política francesa, tan antipática siempre á nuestro espíritu nacional, cuando intentó levantar en Méjico un trono extranjero apoyado en sus bayonetas, más aparatosas que invencibles, y acaso en el general Prim, hablando y obrando con

nuestros soldados, enfrente de la Francia, como los heroicos capitanes cuya sangre hinche hoy las venas de los americanos, sería más filosófico buscar el génesis de la situación presente de cordialidad y fraternidad. Siempre quedará á la Corporación fundada por Felipe V la gloria de la oportunidad y de haber sabido por modo tan natural y apropiado hacerse eco de las necesidades y las conveniencias de setenta millones de hombres que hablaban la lengua española.... y no se entendían.

No hemos de terminar esta parte de nuestro escrito sin hacernos cargo de otro efecto maravilloso del espíritu de raza, que en la nuestra se verifica con gran potencia, quizá por virtud de secretos atractivos y magia especial del idioma, cual es la de asimilarnos en América las otras razas de modo tan completo y absoluto, que los mejores españoles suelen hoy nacer allí de padres que hablan otra lengua. Más elocuente todavía que el ejemplo que acaba de ofrecernos un segundo jefe de una República, de puro origen italiano, cuya afectuosa visita á Madrid está en la memoria de todos, é inicia la serie de las que se preparan á hacernos otros jefes de Repúblicas; más elocuente, repetimos, todavía es la publicación en Santiago de Chile de un libro titulado *Estudios sobre España*, cuyo autor, D. Jorge Huneeus Gana, es indudablemente de familia flamenca, descendiente de aquel profundo humanista del siglo XVI, cuyo nombre suena entre los censores oficiales de la preciosa colección poética de nuestro gran Arias Montano, *Humanae salutis monumenta.... constructa et decantata*. (Amberes, por Plantino, 1571, en 4.º) Ignoramos si corre sangre española, según parece, por las venas del moderno Huneo, como llamaban á su antepasado nuestros latinistas; pero, en verdad, su libro *España* es el ditirambo más caluroso,

:

más apasionado y más estimable que en América se ha escrito de nuestro país, de nuestra literatura, de nuestras Academias y centros literarios, y sobre todo de nuestro idioma, que materialmente no se cansa de ponderar y enaltecer. Si á mayor abundamiento procede el autor de un país donde el odio al nombre español tuvo y aún tiene hasta carácter religioso, el hecho sería doblemente significativo, y da treguas á nuestro temor de vernos allí suplantados.

Podrá tildarse alguna opinión estética del Sr. Huneo, alguna de las fuentes en que ha bebido, y quizá también no pocos de los que juzga modelos en nuestras letras y nuestras artes contemporáneas; pero su españolismo es tan acrisolado, que no vacila en romper lanzas con sus conterráneos más respetables, por divergencias de puntos de vista, bien pequeñas á las veces. Á D. Diego Barros Arana, por ejemplo, uno de los patriarcas de la literatura americana, le descubre un «espíritu demasiado frío y severo» en su *Compendio de historia de la literatura*, escrito para la enseñanza nacional del ramo, donde, al juzgar á la española, sigue descubriéndole «cierta tendencia algo menospreciativa», y aún llega á lanzarle el tremendo epíteto «¡apasionado!», por haber dicho que nuestra actividad literaria (la de la antigua Metrópoli, á quien llama *nuestra* el distinguido historiador), «es muy inferior á la que se observa en la mayor parte de los pueblos europeos», con otras consideraciones por el estilo, que si escuecen á nuestro simpático panegirista, lo que celebramos sobremanera, á nosotros nos han parecido justas y sensatas con no menor sentimiento. Principalmente á los que ponen algún pero á la lengua ó la literatura española, no les deja el Sr. Huneus hueso sano desde el mismo prólogo de su obra, haciendo de paso in-

dicaciones que debemos registrar, unas porque vienen en apoyo de nuestra tesis, y otras porque desembarazan y facilitan el camino que pensamos seguir en esta nueva sección de LA ESPAÑA MODERNA.

«Para fortuna y gloria de la civilización americana
 »(escribe), se deja sentir, de algunos lustros á esta parte, una *reacción notoria*....: uno de los objetos principales, acaso el más primordial de todos los que me han movido á publicar este ligero ensayo, es el empeño de contribuir á que esa *reacción cunda pronto en mi patria*, moviendo hacia España las simpatías de las numerosísimas personas que entre nosotros viven absolutamente ignorantes de los progresos que allí se realizan á estas horas, y estimulando por este medio indirecto y vindicatorio á que nuestras gentes ilustradas *lean en lo sucesivo libros españoles*, y á que algunos de nuestros hombres de letras de mañana, vigoricen algo la anémica y descolorida sangre de nuestros estilos de hoy, tonifícanola con el vino generoso de los maestros y de los clásicos castellanos de las épocas antiguas y presentes.

«He creído siempre que entre nosotros *se lee poco y se estudia menos á los autores españoles*, por mero resultado de cierta *atrasada antipatía*, que, por causas políticas ya pasadas, tuvimos en otro tiempo. De paso advertiré que á muchos les he oído esta confesión, y les he oído también declararse entusiastas partidarios de la literatura española á poco de verse compelidos á leer unos cuantos buenos libros castellanos. Hoy *la antipatía ha pasado sin duda en todos los espíritus cultos y levantados*; pero queda aún la ignorancia sobre España, y dura todavía en nuestras gentes la costumbre de no ocuparse poco ni mucho de *los progresos de la madre patria*.»

La circunstancia de contar el autor veintitres años, es también muy importante para el juicio que se forme, no sólo de su mérito individual y del literario de su obra, sino muy particularmente de la cultura americana, y del estado de reacción de los espíritus; pues cuando así piensan y así escriben jóvenes que acaban de salir de las aulas, donde suelen adquirirse los odios tradicionales y las vulgares preocupaciones de razas y pueblos, no cabe dudar que las nuevas generaciones sienten hacia la antigua metrópoli un renacimiento de amor y de ternura. Así se comprende que los Gobiernos americanos ya no tengan reparo alguno en adoptar públicamente por modelos cosas, leyes y costumbres de España, y que hayan llegado no pocos hasta declarar en sus escuelas y oficinas textos obligatorios nuestro *Diccionario* y nuestra *Gramática*, ni más ni menos que aquí acontece.

¡Hermoso ejemplo en verdad! ¿Quién hubiera creído hace medio siglo que los hombres más perspicuos de América, y sobre todo los presidentes de las Repúblicas, los ministros, los políticos que suelen buscar apoyo y medro en la excitación de las pasiones populares, habían de honrarse perteneciendo á la Academia Española y poniéndose modestamente bajo su férula, en términos de recibir su credencial con el sello de la calle de Valverde? ¿Quién había de esperar en aquella fecha que los más asiduos concurrentes á la citada Corporación llegarían á ser los representantes diplomáticos en Madrid de las Repúblicas hispano-americanas, hecho que vemos hoy cada día repetido, y aun los vemos llegar cargados de excelentes trabajos para el *Diccionario*, como abejas que nos traen el néctar de las flores tropicales al sabroso panal de la lengua patria, ayer tan olvidada y aun escarnecida? ¿No compensa este tributo á la civilización y á la gloria de

España el que la rendían los antiguos galeones con sus cargamentos de oro, que nos salteaban los piratas cuando las guerras y los vicios no los hacían estériles?

Trata este punto del idioma el Sr. Huneo con tal calor y tan puro entusiasmo en muchas partes de su libro, que nos duele vernos precisados á omitir sus atinadas reflexiones, con tanta más razón, cuanto que nos apremia alegar otros testimonios procedentes de otros Estados americanos, en prueba de la universalidad de esos sentimientos nobilísimos; pero no lo dejaremos de la mano sin recomendar la lectura de los dos volúmenes titulados *Estudios sobre España, Notas y proyectos para un libro*, á los que deseen conocer el estado de los espíritus en América, y los risueños horizontes que en el orden moral é intelectual allí se abren otra vez á nuestra raza. Compilando todo lo que se ha dicho favorable de nosotros por propios y extraños, y censurando lo adverso, ora en forma bibliográfica, ora periodística, aunque sean discutibles su método y su estilo, según él mismo reconoce, pero mostrándose capaz al mismo tiempo de más altas empresas, ha hecho el Sr. Huneo un servicio á su país y al nuestro, de tal valía, que la patria común ha de tenerle por uno de sus más cariñosos hijos de aquí adelante. Deudores le son artistas y poetas de la España contemporánea, de la propaganda que ha hecho á sus nombres en América, y cuando él pueda apreciar mejor los méritos y quilates de cada uno, formando juicio por sí propio, es de esperar que nos ofrezca obras más acabadas y críticas donde, por ejemplo, no se cometa el error de omitir á Tamayo entre los grandes dramáticos modernos, siendo así que se citan sus obras para muestra.... de no haberlas leído.

De cualquiera región transatlántica adonde en este

momento volvamos los ojos, nos llegan las mismas voces simpáticas y mayores pruebas, si cabe, del renacimiento del españolismo, para gloria suya y nuestra. Un jurisconsulto eminente del Ecuador, D. Quintiliano Sánchez, acaba de imprimir en la entrega sexta de las *Memorias* de aquella Academia, correspondiente de la Española (Quito, imprenta del Gobierno, 1889), su discurso de ingreso en la Corporación, donde hace á nuestro idioma, y aun á nuestra dominación pasada (repárese bien esto), verdaderas caricias entrañables: «Su pureza, su esplendor, el galano hablar, la frase copiosa, la dicción sonora, el modismo inimitable, á vuestro cuidado están, y tenéis el de conservar siempre rico, inalterable y acendrado el tesoro del idioma, así como el Ecuador conserva sin deterioro los magníficos templos que nos dejó España, como guarda en ellos el culto católico, herencia de España, como perpetúa las tradiciones de grandes hechos, *la historia del heroísmo y sabiduría y glorias de esa España* (me place repetirlo), *para nosotros tan querida*, pues en nuestras venas corre sangre española y en nuestros labios suena también habla española.

» Antes de la emancipación política de la madre patria, á ella estábamos ligados con el triple lazo de raza, religión é idioma; pero de estos lazos, si después veíamos intacto y fuerte el segundo, contemplábamos flojo ó remiso el primero, y poco ó nada nos curábamos del último, hasta que la Real Academia tomó para sí la gustosa tarea de unirnos á España en el mismo afanoso cuidado del habla que nos es común».... Y más adelante repite esta misma idea por modo bellísimo y más expresivo todavía. «Nos emancipamos de España (dice), pero no de su lengua, y sujetos estamos á las leyes de su gramática y á las decisiones de la Real Academia; de tal

»manera, que España reina aún con el cetro de oro del
»ingenio é impera con el imperio del idioma.»

Que este imperio se justifique y perpetúe por virtud de actos no menos expansivos y cariñosos, es lo que se propone hacer con todas sus fuerzas LA ESPAÑA MODERNA en la nueva sección que hoy inaugura, destinada á seguir, paso á paso, y hasta donde alcancen nuestras luces, eso que hemos llamado y ya se puede llamar con plena justicia la *civilización americana*, contribuyendo, como dice muy bien el Sr. Huneo, á que la reacción *cunda pronto* y participen del renacimiento del españolismo los setenta millones de almas «que en toda la haz
»de la tierra elevan sus preces á Dios en un mismo idioma». Pero antes de completar el desarrollo de nuestro proyecto, oigamos otra voz elocuente que nos llega de la República Oriental del Uruguay, «parte cisplatina de
»América, bañada por el Atlántico, un mundo joven con
»ambiciones dantescas, donde todo se revuelve como en
»crisol inmenso á la alta temperatura de un horno de
»fundición». Es un pueblo que ofrece «grandes arranques de fachadas monumentales, de arquerías gigantescas para el porvenir. Osa sobre Pelión parece ser su
»símbolo; pueblo soñador y arrogante, audaz y ambicioso
»para escalar el Olimpo.... El sello prominente de América es la grandeza que se refleja en el carácter é idiosincrasia de sus hijos. Embriones de cíclopes por todas
»partes siembran su historia. Marcos colosales magnifican su aspecto físico, y parecen el teatro de un plutonismo gigantesco ó el segmento de un planeta mayor adherido por yuxtaposición al nuestro en la intersección
»sinódica de sus órbitas.»

Así se expresa un escritor uruguayano, el Sr. D. Ángel Floro Costa, grande apasionado y no infeliz imitador

de Castelar, en carta que dirige desde Montevideo á nuestro insigne poeta y entrañable amigo D. Gaspar Núñez de Arce, rebosando gratitud y españolismo por haberle nombrado *Miembro honorario de la Sociedad de Escritores y Artistas*. Lenguaje también nuevo para nosotros ciertamente, que ya no es el prosaismo servil y afrancesado de los americanos del tiempo de Bolívar y Sucre, que por odio á España pretendieron, como ya hemos dicho, hasta formarse un idioma nuevo, alcanzando únicamente á corromper y prostituir esta hermosa lengua castellana con que sus madres los arrullaron en la cuna. Ahora, por lo contrario, ya hemos podido observar en los Sres. Huneo y Sánchez, aunque no blasonen de hablistas ni sean escritores de reputación consolidada (pues entre éstos la América moderna puede presentar verdaderos modelos de estilo y de lenguaje, como los Izcabal-cetas, los Caros, los Montes de Oca, los Calcaños, los Arrangoiz y otros muchos), hemos podido observar que esa lengua renace en los labios americanos con toda la exuberancia y todo el perfume de las rosas andaluzas, aclimatadas en las extensas vegas que bañan el Plata y el Uruguay; lengua que, poco á poco y á medida que las relaciones se estrechen y los hermanos recobren por completo el debilitado amor, se irá amoldando á las exigencias de nuestra vida nueva, y nos traerá á nosotros algo del calor tropical que nuestros envejecidos cuerpos y nuestra tierra esquilmada necesitan, llevándoles en cambio á ellos temperamentos de reflexión y prudencia que sosiegan el bullir incesante de los espíritus y la febril actividad de sus arriesgadas evoluciones. No en vano somos una misma familia, destinada por Dios á grandes destinos, y hemos empuñado y seguiremos empuñando, si el consejo guía la acción y la juventud oye con respeto

las lecciones de la madurez, la bandera de la civilización y el cetro de la raza latina, que hoy no osaría disputarnos nuestra antigua rival la Francia.

Así nos lo hace esperar el entusiasta panegirista del Uruguay, cuando, elevándose en alas de su poética sinceridad á las regiones de la filosofía de la historia, quiebra los moldes del preocupado periodismo americano, y declara que las grandes cualidades de la América moderna se deben á España. «Cada una de aquellas Repúblicas (dice), ha sacado un rasgo peculiar de su fisonomía, una cualidad general de su corazón». En su concepto, la suya del Uruguay es el *Benjamín de España*. Oígame este curioso párrafo, cuyo estilo no es lo más singular que resplandece en esa importante carta, que ha hecho vibrar todas las fibras de nuestro patriotismo. Fíjese el lector en la substancia, en el recóndito pensamiento de amor y de familia que parece traernos envuelto en ósculos de paz y fraternidad ese patriota derrochador de hipérboles castelánas.

«No parece sino que allá en los misterios de la concepción, dentro del claustro materno, el último *vibrión* del padre, que por eso mismo debe ser el más mimoso, se hiciera el más cunero y respondón de todos, y antes de salir á poner casa y rancho aparte, como decimos en América, convirtiéndose en un nuevo ser gracias al protoplasma materno, reclamara toda su legítima *sin beneficio de inventario*. Tal me explico yo en mi burdo naturalismo el por qué siempre los últimos hijos, los de la vejez, ó, como dicen los ingleses, los *juniors* de la familia, ya procedan de bimanos ó de pueblos, son los trasuntos vivos, ambulantes de sus padres....»; y de aquí deduce un paralelo justificativo de su tesis «entre la historia legendaria de la madre patria, como llamamos

» *por aquí á la Península*, y la no menos legendaria de la
» *mía*, vale decir de este *Benjamín de la España*, la infor-
» tunada cuanto heroica República del Uruguay». Más
curioso, si cabe, es todavía el paralelo geográfico que le
» inspira «la ciencia positiva para justificar la solidaridad
» infinita y armónica de una noble raza. Ninguna de estas
» semejanzas con el suelo, el clima y la posición geográ-
» fica de España ofrecen, ni Chile con sus macizos roca-
» llosos, cuyos flancos no son sino un extenso declive
» andino hacia el mar de Balboa, con sus catorce volca-
» nes en perpetua erupción, con sus hondonadas y valles
» interiores, cruzados de torrentes en vez de ríos y coro-
» nados de ventisqueros, con sus altiplanicies donde el
» condor sólo puede soportar la *puna* (mal de montaña),
» con sus picos himalayos en constante guerra con los
» huracanes; ni la República Argentina, antítesis geoló-
» gica de Chile, con sus feraces pampas engalanadas de
» perpetuo verdor, con sus dilatados aluviones cuaterna-
» rios formando mesopotamias que tienen por marco ríos
» que podrían servir de límites arcifinios á verdaderos
» continentes; ni Bolivia, con sus nevados y mesetas me-
» diterráneas repletas de plata piña y rosicleres; ni el
» Perú, ni Ecuador, ni Colombia, ni Venezuela, ni las
» Repúblicas centrales, casi todas hijas cálidas, húmedas
» y frondosas del Trópico.

» Sólo la República Oriental, la más joven, una de
» las más pequeñas, la más inquieta y movediza de todas,
» pero también la mejor dotada, puede sostener la com-
» paración paralela con España.»

Termina este noble documento, que habrá hecho á su
autor muy simpático á nuestros lectores, pidiendo al des-
tino que le reserve «el honor de poder algún día atrave-
» sar el mar, y bajo el clemente cielo de la noble España

» estrechar la mano » de Núñez de Arce y de los ilustres miembros de la Sociedad de Escritores y Artistas. Publicada en *El Imparcial* del 6 del corriente, es, por decirlo así, esta carta el último latido del corazón de América, á que seguirán seguramente otro y otros, empeñando nuestro amor á devolvérselos centuplicados, y, más que eso todavía, á manifestar con actos ostensibles, que si la dignidad de vencidos nos impidió tomar la iniciativa en la restauración moral é intelectual del grande imperio castellano, estamos siempre dispuestos á seguirlos hasta donde lleguen ellos en ese noble camino y más allá, abrazados como hermanos y teniendo por única divisa la regeneración y el esplendor de esta noble y amadísima patria española.

Así como ellos estudian anhelantes nuestro progreso, gozándose en alentarlo y aplaudirlo como suyo propio, nosotros hemos de consagrar desde hoy una sección principal de LA ESPAÑA MODERNA á extender y difundir entre nuestros lectores el conocimiento exacto de las evoluciones de esa magnífica civilización americana, cuya sangre y cuyo espíritu son obra nuestra y parte esencialísima de nuestro ser. Ya que por desgracia no ha podido arraigarse todavía entre nosotros una *Revista* exclusivamente *hispano-ultramarina*, ni menos parece todavía llegada la hora de que pueda existir un órgano diario de las relaciones entre España y América, que serían en el estado actual del mundo las manifestaciones más sintéticas de la solidaridad de la raza, y de la unidad de pensamientos y tendencias que nos anima, estableceremos en nuestra modesta esfera un observatorio permanente de cuantos progresos, ya sociales, ya religiosos, ya políticos, ya literarios, realicen nuestros hermanos de Ultramar, en el mismo grado y con el mismo

interés que estudiemos los de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, donde se agitan elementos y existen planteados problemas, cuya solución nos atañe más directa y personalmente, sin contar la compenetración que tienen entre sí todas las cuestiones coloniales y los altos ejemplos que el historiador filósofo puede deducir de su estudio comparativo. Nuestro pueblo apenas sabe hoy otra cosa de América sino que ciertas Repúblicas, principalmente las del Plata, están llevándose de Europa los emigrantes en tal número, que ya pone en conflicto á las naciones y altera profundamente su estado social; que los productos de aquél suelo feracísimo invaden nuestros mercados sin posible competencia, lo que está contribuyendo á la miseria pública por una parte, á las crisis políticas por otras, y á aumentar en último término esa misma emigración, y con ella las causas todas de ese mal-estar mismo; que parece allí cerrada la era de las revoluciones, y que en vez de dictadores y tiranos, empiezan á tener hombres de gobierno y verdaderos estadistas; y, por último, que su literatura y su poesía y todas las manifestaciones morales de su existencia nacional, deben haber tomado vuelos realmente esplendorosos, cuando suelen á menudo mover la pluma y excitar la admiración de hombres como Valera, Cañete, Núñez de Arce, Fernández Bremón y otros publicistas no menos conspicuos. Esto es lo único que por regla general sabe España de América, y es preciso que sepa mucho más; es preciso que aprenda, por ejemplo, que el progreso alcanza entre nuestros hermanos á todas las esferas científicas, incluso la jurisprudencia, y ahí está el novísimo *Código civil* de España, donde el Sr. Alonso Martínez ha tenido muy presente el de México, según demuestran los más atinados comentarios á ese cuerpo legal que están saliendo á luz,

y entre otros, la edición *concordada y anotada* por Don José Sidro y Surga, que tenemos á la vista, impresa por Rubiños, en un volumen en 8.º de 400 páginas.

Abrigamos, pues, la pretensión, si no de ilustrar á España con respecto á América, de decirle lo que ignora, aunque en breves síntesis, con la tosca pluma que nuestra mala estrella nos ha dado. Nos proponemos reflejar con la posible exactitud, en una sección permanente de nuestra *Revista*, las múltiples fases del movimiento civilizador de América y Filipinas, ya mediante el examen de las publicaciones que vayan apareciendo, ya por el estudio y el análisis de los periódicos, ya, en fin, con la contemplación de los hechos mismos, que discretos y fidedignos corresponsales nos transmitirán. De política, así ultramarina como española, únicamente lo necesario para que se comprendan las evoluciones de los demás elementos que contribuyen al desarrollo social, pues ella forma en nuestro siglo como el medio ambiente en que la generalidad de las inteligencias respira; pero al progreso científico, al mercantil, al industrial y, sobre todo, al literario, consagraremos atención más preferente. De los estudios que excedan á nuestros limitados conocimientos, se encargarán publicistas especiales.

Por lo pronto, y para los primeros números, ya tenemos en preparación obras tan sintéticas y expresivas como el *Anuario estadístico de los Estados Unidos de Venezuela*, publicado en Caracas por el ministerio de Fomento; *El teatro en Chile*, obra póstuma del malogrado Amunátegui; *Hojas de ciprés*, poesías de D. Julio Calcaño; las del fogoso y antes nada español Ricardo Palma, impresas en Lima, donde un interesantísimo estudio titulado *La Bohemia limeña de 1848 al 60* nos hará conocer la vida literaria del Perú; el espléndido

Certamen Varela, impreso en Chile en dos magníficos volúmenes en un establecimiento que se apellida *Cervantes*, y es digno por cierto de tal apellido; la *Historia de la piratería malayo-mahometana*, publicada recientemente en Madrid por D. José Montero Vidal, que no hemos de perder de vista nuestro movimiento literario relacionado con las cuestiones ultramarinas; *La moneda y los cambios en Filipinas*, por D. Francisco Godínez (Manila, 1888). *Noli me tangere*, novela de extraña hechura y trascendencia, publicada en Berlín (¿no será en Barcelona?) por J. Rizal (tendencia de que nos dará alguna idea la *censura oficial* del libro, por Fr. Salvador Font, que con circunstancias no menos extrañas se ha impreso en Manila.... subrepticamente), y ante todo y sobre todo, que tampoco hemos de hacer aquí una lista interminable, aunque tenga esta introducción cierto carácter de prospecto, las *Memorias de las Academias Americanas* correspondientes de la Española, cuya laboriosidad y patriotismo han podido apreciar ya nuestros lectores, á las cuales acompañarán pronto sin duda sendos *Boletines* de las Academias de la Historia, que también en este momento se están fundando en América, bajo los auspicios y la dirección de la de Madrid.

El Sr. Floro Costa, autor de la ya citada carta á Núñez de Arce, sintetizaba ha pocos días, en forma bien poética y elocuente por cierto, el principal propósito que inspira la Sección ultramarina de LA ESPAÑA MODERNA.

«Se me figura,—decía,—aunque no me precio de conocer á fondo aquella sociedad, que la parte ilustrada de la nación española, que sus numerosos centros literarios, á la par de su culto é inteligente pueblo, escucharían (las narraciones americanas), con esa íntima complacencia con que escucha el abuelo ó el padre cubierto de

» gloria y cicatrices, las hazañas del hijo, fiero, intrépido,
» do, arrogante, en que ve bullir rejuvenecida su misma
» sangre, y en cuya pupila ardiente relampaguea la incan-
» descencia de un cerebro, capaz de seguir añadiendo *ad*
» *perpetuum* nuevos blasones de familia al más rico escu-
» do de la historia. »

¡Pues no han de escucharlas! Y con tanta mayor complacencia, cuanto que el momentáneo eclipse de la fraternidad hispano-americana ha sido en puridad un crisol, de donde salen más puros los antiguos ideales de nuestra raza: la religión, la patria y el progreso. Sea nuestro símbolo común y nuestra Pascua de Resurrección una fiesta que va á celebrar el mundo dentro de tres años por iniciativa de España, el *Centenario del descubrimiento de América*, y puesta la mira en aquel gran día, y en su altísima significación, hálleos el mundo dignos de presidir esa fiesta por nuestra cultura, nuestro patriotismo y nuestra fraternidad, que en la era del vapor y la electricidad valen bien por el antiguo poderío. ¡3 de Octubre de 1892!, fecha que puede ser decisiva para la gente latina, y muy en particular para la gran familia española.

Preparémonos, pues, cada uno en la medida de nuestras fuerzas.

V. BARRANTES.

Madrid 13 de Junio de 1889.

El presente documento tiene como finalidad proporcionar información sobre el desarrollo de la educación en el país, así como sobre las políticas y estrategias que se están implementando en el sector educativo. El texto describe el contexto actual de la educación, los desafíos que enfrenta y las acciones que se están tomando para mejorarla. Se menciona la importancia de la calidad educativa y el rol del Estado en garantizar el acceso a una educación de calidad para todos los ciudadanos. También se habla de la necesidad de fortalecer la gestión educativa y de promover la participación de la comunidad en los procesos de toma de decisiones. El documento concluye destacando la importancia de seguir trabajando en conjunto para lograr un futuro con mejores oportunidades educativas para todos.

EL TENORIO DE ZORRILLA (1)

No voy á juzgar á Zorrilla como poeta dramático y poeta legendario, sino por una no más de sus obras; una absolutamente, reprobada en gran parte por él, y por él mismo enaltecida, juicio extraño entre alabanzas y censuras, y en que las censuras servirán de elogios.

La obra condenada por el criterio de su autor es *Don Juan Tenorio*.

La creación de este personaje se encuentra dibujada por Juan de la Cueva en su comedia el *Infamador*, con el nombre de Leucino, hacia los fines del siglo xvi.

Tirso de Molina traza *El Burlador de Sevilla*, origen de todos los dramas en que aparecen D. Juan Tenorio y el Comendador y su estatua (2). Asunto, un libertino que se

(1) También ha escrito sobre este asunto el profundo y célebre crítico D. Manuel de la Revilla; pero yo he escrito bajo otros puntos de vista y con diversas noticias.

(2) Dispútase en los modernos tiempos si primero no escribió la obra con el título *¿Tan largo me lo fiáis?*, ó si ésta es de autor distinto.

complace en perder mujeres, sea cualquiera su estado; que es un amador que no ama; que presume de caballero, y en nada lo es, arrogante, pendenciero y feliz en sus pendencias, incrédulo, blasfemador, y con sola la cualidad de la valentía y valentía temeraria, que le atrae la admiración del vulgo, conjunto figurado de la unión de todos los distintos caracteres, de todos los guapos desafortados de que celebran fechorías los romances y coplas desde el siglo xvi hasta el presente, pero con mejor estilo y más arte de galanteo.

Cansada de sus maldades la justicia divina, hace que la estatua de un Comendador, á quien dió muerte, se anime á la voz con que el libertino lo convida á comer, asista á su casa y lo invite á otro banquete al pie de su tumba.

D. Juan asiste, y la estatua del Comendador cumple la misión del cielo, que es que acabe por su mano en aquella misma hora el réprobo, que se ha negado á tantos avisos como há recibido de Dios para su enmienda ó arrepentimiento.

Nadie ha dicho esto hasta ahora; pero siempre, y desde joven, formaba yo este invencible argumento.

Las leyendas de los bienaventurados suelen referir hechos, y aparecimientos, y otros divinales favores que han alcanzado en premio de su portentosa fe. Desde ese momento su fe meritoria, ya ha dejado de ser fe, y se ha convertido en palpable evidencia.

Eso mismo aplico al argumento de *Don Juan Tenorio*. Lo de la estatua que habla y anda y que le da consejos y hace intimaciones á nombre de la Majestad celeste, es demasiado ya para que un incrédulo no empiece á ver algo claro.

Desde ese momento, para mí deja D. Juan de ser un

desalmado ó impío , y pasa á las condiciones de un idiota ó de un demente.

No consta si en España tuvo grande, mediana ó pequeña popularidad la obra de Tirso de Molina durante el siglo xvii, aunque parece muy claro que no, pues apenas se nombraba; pero en Francia y en Italia sí, y mucha, no obstante las contradicciones enérgicas que se levantaron contra el drama por parte de gentes muy sensatas. No aprobaban la presentación de un malvado odioso por sus perversidades é hipocresías, el prodigio insensato de una estatua que habla y se mueve, el espectáculo extravagante del infierno. El juicio de la obra era éste: una mezcla monstruosa de religión y de impiedad, de moralidades y bufonerías. ¿Á qué atribuían en Francia el buen éxito de las representaciones continuas en el teatro de los Italianos? ¿Á qué? Al excelente desempeño de los actores y al capricho del público, ávido de lo maravilloso.

En esto ya queda consignado que la primera versión, más ó menos exacta, de la obra de Tirso, fué para el teatro de los Italianos.

En 1660, Villiers, comediante del hotel de Borgoña, lo hizo representar en verso, y en 1665, el célebre Molière lo dió al teatro en prosa y dividido en cinco actos; pero su obra es, en la mayor parte, una creación nueva. Hay la figura delicadísima de Doña Elvira, joven novicia sacada del claustro por D. Juan bajo palabra de casamiento, por supuesto jamás cumplida. Cuando se acerca la hora de morir D. Juan, ella le anuncia que torna al claustro para morir monja, y lo exhorta á que se convierta á Dios, y un espectro en forma de mujer velada se aparece al libertino, y le exhorta también inútilmente á su arrepentimiento, nuncios de la presen-

cia de la estatua del Comendador, que pone desastroso fin á la vida mortal del impenitente.

Molière pinta de un modo más vivo el descreimiento de D. Juan. Al dar limosna éste á un pobre, le dice: «Tú pasas la vida rogando á Dios, que te deja morir de hambre: toma dinero; yo te lo doy por amor á la humanidad».

Hay un momento en que D. Juan, molesto por las reprensiones de su padre y exigencias de Doña Elvira, apela á la hipocresía más refinada, diciéndose al uno verdaderamente arrepentido y anheloso de enmendarse de una manera ejemplar, y á la otra sintiendo no poder desempeñar su palabra; pues, convertido á Dios, le era un cargo grandísimo de conciencia contraer matrimonio con mujer destinada al claustro.

Débase notar que la obra de Molière no agradó, por varias causas. Comedias en cinco actos, y á más en prosa, no alcanzaban popularidad. Sobre todo, palabras atrevidas que sonaban á impiedades, disonaban á una parte del público.

El título de la obra era *Don Juan ou le festin de pierre* (La comida ó banquete de piedra). Sobre esto se han hecho censuras antes y después á Molière. Se dijo que estaba mal traducida la frase el «Convidado de piedra», en vez de escribir *Le convié de pierre ou la Statue de pierre convié à un repas*.

La defensa de sus amigos consistía en asegurar que *Pierre* significaba aquí no Pierre (piedra), sino Pierre, el nombre de Pedro que tenía el Comendador. En la obra española se llama D. Gonzalo. En la de Molière se calla; sólo se denomina la Estatua del Comendador.

¿Cesó en Francia el entusiasmo por el asunto? No. En 1669, Dorimond, comediante del teatro de Mademoiselle,

y en 1690, Rosimond, que lo era del Marais, escribieron en verso obras dramáticas con igual asunto.

Vivísima polémica se levantó contra Molière y en defensa de Molière el mismo año en que la obra se vió en el teatro.

Con el nombre de Rochemond se escribieron y publicaron en 1665 unas *observaciones* acerca de *Le Festin de Pierre*. Trata á Molière de corruptor de la juventud y de ateo, pero con la mira de censurar más los tres primeros tres actos del *Tartuffe* que se habían representado el año anterior.

Por aquí puede inferirse qué efecto causara en el público la pintura magistral de los hipócritas hecha por la mano maestra del gran autor cómico francés.

Respuesta tuvieron, y victoriosa, estas observaciones por los amigos de Molière; mas todo en cuanto á las personas de recto criterio y exentas de pasiones. Mas no pudieron ganarle adeptos para que las representaciones se prosiguiesen con el condigno aplauso.

Tomás Corneille, poeta escénico, hermano de Pedro, y tan adicto é imitador como él del teatro español en 1677, dió el *Festín de Pierre* de Molière en el hotel de Guénégaud.

Puso en verso francés lo que aquél escribió en prosa poco tiempo antes de su muerte, «tomándose la libertad de dulcificar ciertas expresiones que habían herido á los escrupulosos, según nos dice, y sustituir algunas escenas de los actos tercero y último».

La estatua abraza á D. Juan, y un momento después bajan los dos al abismo.

Tomás Corneille suprimió aquellas palabras de la estatua á D. Juan, cuando éste quiere con una vela acompañarle al salir por la escalera de su casa: «No necesita

de luz cuando es uno llevado por el cielo». Esta idea fué también de Tirso de Molina.

El criado de D. Juan, en Molière, después de presenciar su castigo, dice que todos quedan satisfechos, y que él sólo ha sido el desgraciado, porque tras tantos años de servicios, se queda sin sus gajes. En Corneille dice al público, designándole el lugar por donde desaparecieron D. Juan y la estatua : « Desgraciado el que esto ve, y no se aprovecha ».

El éxito de la obra de Tomás Corneille fué prodigioso. De todas las que he citado, sólo ésta prevaleció, representándose en los teatros de Francia hasta los días de la revolución de 1789.

En cambio en España la de Tirso cayó en olvido, y sólo se representaba una imitación, escrita por D. Antonio de Zamora, capitán de corazas en tiempo de Felipe V, con el título de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague* y *El convidado de piedra*. Refundióse á principios de este siglo, y por lo común se ponía anualmente en escena en los días de la conmemoración de los difuntos, como un rito seglar é imprescindible, como si fuera complemento de las ceremonias eclesiásticas del día.

Carlos Goldoni, el Molière italiano, escribió un *Don Juan*, sin llamar á su obra dramática *Il convitato di pietra*, como otras que se representaban en Italia, sino *Il disoluto*. D. Juan no es el burlador de Sevilla, sino un caballero napolitano que, cansado de cometer fechorías deplorables en su patria, viene á proseguirlas, sin saber que á terminarlas, en la nuestra.

En sus Memorias califica de *cativa tragicomedia* á la obra española, y nos narra que se había mirado siempre con horror en Italia. « No puedo comprender, decía, cómo esta farsa se haya sostenido por tan largo tiempo en los

teatros, atrayendo concurso y haciendo las delicias de un país culto.»

Rechazó Goldoni la idea de una estatua andante y parlante, y aunque la acción del último acto pasa ante la del Comendador sobre su sepulcro, no toma la menor parte en el movimiento escénico.

Preso y hasta amenazado de muerte, llega á temerla. Está presente la hija del Comendador, Doña Ana, que venía á pedir justicia. Quiere engañarla de nuevo, á fin de conmoverla y de que se convierta en su protectora. Ella empieza á vacilar, y hasta á compadecerse, en vista de las tiernas voces de su ingrato amante, de sus traidoras lágrimas y de sus súplicas y promesas proferidas de rodillas.

Pero una carta del rey de Nápoles al de Castilla que le leen, en que le reclama que vuelva el honor á una dama allí burlada, la obliga á retirarse, convencida de las infamias de D. Juan.

Solo D. Juan ante la estatua, y desesperado, maldice á la madre que lo dió á luz, al ama que lo crió y á todos sus parientes. Invoca al Comendador para que descienda hasta él para vengar su sangre; pide que el mármol se desplome sobre él para matarlo, y exclama: «¿Por qué antes de morir no puedo otra vez traspasar tu pecho? Si hay justicia en el cielo, descienda sobre mí un rayo y me sepulte en el averno».

Y el rayo cae, y uno de los personajes dice: «El hombre muere como vive; y el justo cielo castiga á los impíos y aborrece á los disolutos».

Como se ve, el arte de Goldoni le obligó á desechar desenlaces sobrenaturales, y á poner uno que, si bien por casual pudiera tenerse, está artísticamente ligado con la escena, no cabiendo duda en que es un castigo verdadero, sin apelar el poeta al prodigio.

El abate Da Ponte compuso un libreto con el título de *Don Giovanni*, para que lo pusiese en música el célebre Mozart, que los inteligentes quieren que sea la primer ópera del mundo, y que por ella sola se le puede colocar en la categoría de los genios más eminentes de las edades todas. Sin embargo, para Beethoven, en *La flauta mágica* se mostró verdaderamente compositor alemán, mientras que en *Don Juan* siguió el género italiano.

Á Beethoven se atribuye esta frase: «No concibo cómo Mozart ha rebajado la santidad del arte al escándalo de escribir sobre ese asunto».

Rellstab lo niega, reduciendo á esta la sentencia: «Yo no podría componer óperas como *Don Juan* y *Fígaro*, porque no me placen estos asuntos», en que no hay agravio para Mozart. El que esto escuchó, decía que Beethoven gustaba de levantarse sobre los sentidos, y que Mozart era todo grande cuando componía sobre las locuras y las pasiones del corazón humano.

La duquesa de Abrantes, en sus *Memorias*, nos cuenta que la razón de condenar á *Don Juan* era una verdadera bufonería, porque imaginaba que Mozart había prostituido su talento en un asunto tan escandaloso.

Dejemos á los alemanes que disputen si es ó no exacto lo que se atribuye á Beethoven, ó si afirmaron ambas cosas dos sujetos distintos, puesto que una y otra no se contradicen ciertamente.

El maestro español, D. Ramón Carnicer, escribió una ópera desaconsejadamente, con el título de *Don Juan ó el disoluto punito*; y digo desaconsejadamente, porque aunque tiene trozos originales y de verdadero talento musical, su competencia con Mozart es más que atrevida.

Disculpa al autor español ver que la ópera de Mozart

no se representaba por el Mediodía de Europa entonces, y considerar que por aquí no lograría popularidad. Hasta 1820 no se cantó en París el *Don Juan* del músico alemán, y eso merced al maestro y célebre tenor sevillano Manuel García, padre de la Malibran y Paulina García Nardot.

El argumento de la ópera *Zampa*, de Herold, representada en París el año de 1831, gira sobre el hecho fantástico de que una estatua de mármol, representando á la esposa de un hombre inicuo, tome parte activa en su castigo, por tantas ofensas á ella y á otras, y por sus crímenes.

He aquí terminado el cuadro histórico del asunto de *Don Juan Tenorio*, en cuanto á las obras dramáticas, en que he procurado dar la novedad en las noticias que acostumbro en casos tales, pues jamás escribo para decir enfáticamente con diversas palabras lo que otros han entregado ya al mundo literario y artístico.

Pasemos á la obra dramática de Zorrilla. Escribióse en 1844. El autor, en sus *Memorias del tiempo viejo*, no sabe ni cómo la escribió, fiándola toda al acaso, á la inspiración del momento.

Nos dice que sólo tuvo presente la obra de Tirso de Molina, y yo creo que se dejó llevar más del argumento del drama de *Don Juan de Marana*, que con el título de *La caída de un ángel*, tradujo al español, en prosa y verso, su amigo y mío el gran poeta, hijo de esta provincia, D. Antonio García Gutiérrez. Dumas inventó otro segundo *Tenorio*, llamándolo D. Sandoval de Ojedo, personaje imitado ó repetido por Zorrilla en su D. Luis Mejía, con la apuesta del mayor número de mujeres engañadas. Hay una iglesia en donde está una colección de sepulcros de mármol con las estatuas de los muertos á manos ó á pesadumbres dadas por D. Juan.

Zorrilla ha reprobado su obra con ingenuidad admirable, pero con nada certera crítica á veces, y con exactitud algunas, defectos notables que cree encontrar en su drama, por el que desmerece ante sus ojos y ante su conciencia.

Dumas hizo que el ángel de la guarda de D. Juan de Marana pida á Dios que lo deje descender al mundo, para convertir en forma humana á aquel impío, cuya alma á todo trance quería llevar á puerto de salvación, y que el Ser Supremo le otorgó el permiso, á condición de que si no conseguía el intento, dejaría de ser ángel, y quedaría condenado como su protegido, pensamiento que no cabe dentro de la teología cristiana.

En Zorrilla se modifica el pensamiento. Doña Inés queda después de muerta bajo la misma circunstancia. Si logra convertir á D. Juan, con él se salva ó se condena con él; decisión contraria también á la misma teología, porque eso equivale á poner en Dios injusticia, pues nadie es condenado por culpas ajenas, sino por las propias.

Dejaríase entrever que el Comendador se hallaba en el infierno, pues la estatua le dice á D. Juan:

«Conmigo al infierno ven».

Pero no cabe que Doña Inés rogase por D. Juan pecador, y no pusiese cuidado en la salvación de su padre, que sin confesión había muerto.

Se empeñan todos en salvar á D. Juan. Éste había fallecido á manos del Capitán. Ve pasar su entierro como Lisardo el estudiante de Córdoba. Y todavía le dan más tiempo para que se arrepienta; y ya convencido á más no poder, pide á Dios perdón. Doña Inés en su nombre se lo otorga, impide que el padre se lo lleve al infierno, deja

á éste, y en una gloria de nubes sube con su amante á los cielos.

Todo esto es más grave de lo que Zorrilla se acusa, y sin embargo su drama es el más popular de la España moderna. Aquí se idolatra el valor, y D. Juan lo tiene, excepto el caso en que, desesperado por las peligrosas circunstancias en que se halla, mata alevosamente al Comendador, casi á la vista de su hija, á quien abandona por salvar su propia vida.

Esos alardes de braveza, resistencia á la justicia, y libertad de ánimo para emprender y atropellar todo, han sido simpáticos á nuestro pueblo, efecto natural de la opresión en que éste vivía en los tiempos del despotismo.

En cuanto á los rasgos de impiedad ó descreimiento, cualquiera que lea la colección de nuestros refranes encontrará tantos y tantos que, sin que parase mientes en ellos la Inquisición, corrían de boca en boca, también consecuencia de existir una mezcla de superstición y de inexplicable libertinaje espiritual en un pueblo que creía y le hacían creer, y no tenía verdadera conciencia en lo que estaba creyendo, y sin entender que dudaba, voluntaria ó inadvertidamente se iba á la duda, envolviéndola en una gracia que se tenía por inocente.

No hay hombre que haya poseído el dominio teatral tanto como D. José Zorrilla en el *Don Juan Tenorio*.

No hay acción, por perversa que sea, que para el público no lleve el sello de la razón y de una atractiva grandeza.

Se encanta con la alevosía que hace á Don Luis Mejía amordazándolo por sus criados y encerrándolo para á mansalva ganarle una apuesta, y lleva á mal y considera al Comendador como un terco, cuando Don Juan, acos-

tumbrado á faltar á todas sus palabras, se empeña en que aquél las crea cuando se dice arrepentido.

No parece sino que el Comendador había oído al Don Juan de Molière cuando, para no cumplir su promesa de matrimonio á Doña Elvira, se excusa con que le remuerde la conciencia casarse con una novicia como Doña Inés.

El entusiasmo público no tiene límites el momento en que D. Juan acusa al cielo porque no lo ha oído, y lo hace responsable de lo que él, por la tierra, ejecute.

Por lo demás, el drama termina de un modo consolador y simpático.

Don Juan se salva al fin por el arrepentimiento en que tanta parte pone el cielo : «Ya que absolviste á María y oíste al ladrón, me has dado esperanza», que dice la imponente elocuencia del *Dies irae*.

Se dirá que yo, para elogiar á Zorrilla, empiezo por dirigir censuras y más censuras á su *Don Juan Tenorio*. Mas no ; ya ha llegado el instante de explicar mi pensamiento en el asunto.

Oigamos á Zorrilla contra sí, censurándose, y óigase-me defendiendo á Zorrilla contra Zorrilla, género de crítica novísimo y original mío ; pero dictado por la fuerza de la verdad y del raciocinio más claro.

Llama de mal gusto y nota de amaneramiento á los preciosísimos ovillejos del acto segundo, tan hermosamente pensados y tan propios del instante escénico en que se ponen, y hasta juzga de desatinada ocurrencia suya poner las décimas de Don Juan á Doña Inés, que no son otra cosa que un delirio de su fantasía y de expresión falsa y descolorida.

Y aquí el poeta va equivocado. Uno mismo, á la luz de los desengaños que dan los tiempos, y que cree tener, no contempla las cosas tal como en sí son.

Su drama es fantástico. Esta palabra absuelve todo. Esas décimas tengo yo por unas de las mejores con que cuenta nuestro parnaso. Me diréis que es una colección de melodías encantadoras. Pues ahí está su mérito. ¿Qué mérito? Su excelencia.

La crítica no quiere convencerse de que en el teatro todo es lícito cuando ese todo sea grandioso, sea arrobador, y procedente, no de los caprichos insensatos ó fríos de un ingenio mediano, sino de un talento de los que asombran al orbe entendido.

Nadie habla en verso; nadie habla cantando; y ante estas grandes incongruencias é inverosimilitudes, exígese que el genio abata sus vuelos por pequeñeces que no hay razón para respetar.

Creo firmemente que en *Don Juan Tenorio* está la prueba más evidente del genio de Zorrilla como dramático, como poeta lírico y como cantor legendario.

Pero ¿y sus errores? ¿y sus defectos? Á pesar de ellos, la obra vivirá, y seguramente no habrá más D. Juan Tenorio en España que el *Don Juan Tenorio* de D. José Zorrilla.

¿Se habla de defectos? Cuantos los cometen hombres como Zorrilla, quedan todos cubiertos con el manto esplendoroso del genio que distrae la atención del que admira la obra.

En las medianías osadas, que quieren que á su debilidad, ó ignorancia, ó soberbia se permita todo, para éstos tiene y debe tener siempre la crítica sabia una guerra sin piedad. Salirse de los carriles del arte no les es permitido: esclavos han de ser del arte para adquirir la consideración de la crítica. Así, por el arte, se les ha de respetar. Buscad defectos y más defectos al poema de la *Divina Comedia*. Los hallaréis bajo el punto de vista del

arte antiguo, aumentado con las observaciones de los siglos: buscad inconveniencias é inverosimilitudes en el Ariosto, buscadlas en el *Quijote* de Cervantes: las hallaréis en grandísimo número, si las miráis con los ojos insaciables y severos del arte. Pero cuando las obras son de genios que sobre el arte se elevan y que el arte tiene que aprender de ellos, entonces, ¿qué se demuestra? La admirable sublimidad de su genio.

Bajo este criterio juzgo el *Don Juan Tenorio*: con este espíritu investigador y justiciero hay que considerar á Zorrilla.

Ya que estoy, por fortuna para los míos, vivo, no obstante mi edad, y soy de los pocos que cultivamos las letras en los tiempos de Zorrilla, él en esfera superior y yo en la más modesta de todas, bendigo á la Providencia porque ha prolongado mis días para ver que al poeta eminente de aquella generación literaria, en nombre de la posteridad (así puede decirse), ciñe á sus sienes corona semejante á las que en Italia dieron á Francisco de Figueroa el *Divino* y al gran Lope Félix de Vega Carpio.

Gracias al cielo que ha permitido al último de los escritores de la regeneración literaria que empezó en la tercera época de la libertad española, poner, como adhesión á los homenajes á Zorrilla, la firma que dice

ADOLFO DE CASTRO.

LA HERMANA SAN SULPICIO



LA lectura es un placer superior ; no cabe negarlo. Sobre todo, tiene la ventaja de disfrazar la pereza : es ocio con dignidad. Y además la justifica : este ocio parece trabajo, ó preparación para el trabajo.

Pero este placer se aumenta hasta lo indecible cuando lo que uno lee coincide con lo que uno piensa ; cuando se diría que el autor se propuso reflejar fielmente nuestras ideas con mayor nitidez y hermosura, ó dar á nuestras voces eco más vigoroso, más potente.

Este es el singular efecto que me produce en su conjunto el prólogo puesto por Palacio Valdés á su última novela *La Hermana San Sulpicio* ; placer no común, que al lector, como tal lector, le proporciona un excelente rato, pero que al que lee con el fin de analizar y apreciar, le infiltra una pereza, deliciosa también, pero estéril. Porque, vamos á ver : ¿qué voy á decir de un prólogo que me obliga al asentimiento en sus mejores páginas ?

Estas críticas de.... *críticas*, cuando no hay polémica, ó no se opone un cuerpo de doctrina á otro cuerpo de

doctrina, resultan bastante enojosas, casi diré cómicas. Esos juicios de juicios pueden prolongarse indefinidamente y sin resultado. Valdés pesa y mide otros juicios y observaciones acerca del arte; bueno: llega otro, por ejemplo, el que esto escribe, y á su vez califica los juicios de Valdés; bueno: viene un tercero, y aquilata mis calificaciones; ¡críticas, de críticas, de críticas! Así no se acaba nunca. Recuerdan las tales el efecto óptico de dos espejos encarados. La imagen del uno se enchufa en la del otro una y otra vez en prolongada perspectiva, hasta que no se sabe qué espejo sea el reflejado. Repito que, para evitar esta molestia al lector, se debe oponer doctrina á doctrina; y como no tengo por qué disentir en este caso, héteme vacilando entre la simple exposición ó la breve recomendación, por si hay quien la atienda.

Cabalmente el programa es tanto más notable, cuanto que Palacio Valdés es de aquellos escritores dotados de tal prudencia en el pensar y tal flexibilidad de ingenio, que ni pone vallas al pensamiento ajeno, ni atrinchera su campo de modo que entrar en él sea encarcelarse para siempre en intransigentes dogmatismos. Con decir que empieza confesando que toda verdad profesada por un artista acerca de su arte, es una verdad parcial, *su verdad*, está dicho todo. De igual modo halla dignas de un mismo respeto, allá con relación á su tiempo y á su país, todas las formas que ha tomado el arte, é igualmente sujetas á caducidad las que toma hoy y seguirá tomando. Así, abiertas de par en par las puertas, el más desconfiado, el más inclinado á sonreír ante los dogmas estéticos (confieso que soy de los que tienen propensión, si no á reír, á sonreír), el más escéptico, digo, puede discurrir tranquilo por aquel tribunal sin jueces cejijuntos, ó por aquel templo sin ídolos sanguinarios.

Pero, ¿de qué trata el prólogo? Lo estoy insinuando, aunque no lo he dicho todavía. Pues trata, en su parte primera, del objeto y fin del arte; y en la segunda, del realismo contemporáneo, del realismo en la novela, y de las condiciones que, según el autor, ésta debe reunir. Parecerá al lector que ya basta y sobra con lo que se ha dicho acerca de tales materias, sobre todo hoy que se observan síntomas de reacción, ó mejor, de una evolución (puesto que en ningún orden hay reacciones en absoluto, ni retroceso sin pérdida de posiciones); de una evolución, repito, que bien pronto obligará á remudar los puntos de vista ó el tecnicismo usado hasta ahora. Con todo esto, que al lector le parecerá evidente quizá, por mi parte, no creo que, entre nosotros, haya envejecido ó sea inoportuna tal discusión. Sobre tales materias, no hemos acabado de entendernos en España, y, por consiguiente, quien ofrece distintas y con nítida precisión, como Palacio Valdés, ideas confusas que enturbiaron la cuestión en el mismo manantial, puede estar seguro de que emprende para los más una tarea provechosa y siempre nueva. Por otra parte, tampoco ha caducado aquí el programa, á pesar de la evolución iniciada en otros países, ya que no hemos llegado á plantearlo plenamente y en todos los géneros. Darlo por caducado ahora, sería desecharlo con impaciencia infantil, antes de experimentar todos sus efectos. Bien es verdad que, precisamente por ser absurda conducta, es de temer que sea la nuestra. ¿No la estamos usando con las constituciones políticas? Pues, ¿cómo no hacerlo con los credos literarios! ¿No sigue siendo tan común, como en tiempo de Larra, tomar el café después de la sopa? Pues bien podría ser que ahora se pusiese de golpe en moda pasar de la sopa del realismo al café del psicologismo francés ó del

:

esteticismo inglés. Pero mientras esto no ocurra, —siempre partiendo de la suposición de que aquí ocurre algo en materias literarias, —el prólogo de Palacio Valdés conserva todo su valor como documento de propaganda contra inveterados prejuicios, aparte del que pueda darle el sello de personalidad y originalidad puesto en sus páginas. Porque, á pesar de que llevamos algunos años de controversia, algunas obras excelentes y un florecimiento literario, debido á cinco ó seis autores, entre los cuales figura Palacio Valdés, las objeciones vulgares se repiten con la formalidad del primer día; el teatro no ha participado, ni poco ni mucho, de la revolución iniciada, y seguimos tomando por poesía lírica muchos versos que enternecieron á nuestros padres.

No sé si he dicho ya, —por lo menos iba á decirlo, — que no voy á resumir cuanto contiene el prólogo del autor. Para mi objeto basta indicar, hoy por hoy, que sin ser aquél todo un curso de estética, van apuntadas en él casi todas las cuestiones que hoy dilucida la ciencia de lo bello, rigurosamente encadenadas, y en estilo llano y transparente. El prólogo tiene dos partes bastante extensas.

En la primera, como que se tratan en ella los puntos fundamentales en abstracto, han de sentir algunos la necesidad de aclaraciones y de mayor amplificación.

Tiene toda teoría, todo principio que resume y condensa en sí muchas verdades subalternas, el inconveniente de no presentar al propio tiempo los diversos casos á que se aplica. La ley es una, los fenómenos infinitos. Puede discurrirse con gran lucidez y lógica sobre el fundamento de lo bello, el objeto y fin del arte, el valor de sus varias formas, y sin embargo asaltar la memoria del lector convencido, un caso, un género, una manifesta-

ción artística que al parecer no encaje en el molde. ¡Y de aquí la duda! Por esto, más de una vez se me ocurrió desear, conforme leía aquel alegato, una como aplicación de sus principios á cada una de las artes; de la arquitectura á la música, de la pintura decorativa á la poesía lírica. De otra suerte, aunque esta aplicación cabe y las consecuencias pueden sacarse fácilmente, — y aun van somera é incidentalmente indicadas luego, por lo que se refiere á las artes plásticas, — se diría que el autor al escribir *Arte* con mayúscula, piensa referirse sólo al literario, y todo lo más al que permite la precisa concreción de la *idea* en la forma bellamente expuesta con el ejemplo del cuadro de Sala.

Fuera de esta deficiencia, bastaría á aquella primera parte para despertar el interés del lector, el breve pero delicado análisis de las íntimas relaciones que guarda el realismo con las demás manifestaciones de nuestra época, la solución al problema del objeto del arte, y sobre todo la refutación de un cargo injustísimo que arguye desconocimiento absoluto de nuestra época. El autor se revuelve contra la idea vulgar de que la literatura moderna sea una literatura de decadencia porque no canta *los grandes ideales* de la humanidad, y, sobre todo, reivindica para nuestra época la gloria de poseerlos aún mayores y más altos que las edades pasadas. Y, en efecto, es imposible desconocer que si la idea cristiana ha sido, ha de seguir y seguirá siendo el más precioso germen de civilización sembrado en nuestro planeta, ningún siglo hasta el presente trabajó más por su real florecimiento, y ninguno alcanzó hasta ahora, depurándola y entendiéndola mejor, desarrollarla más completamente en la organización de la sociedad y hasta en las costumbres. «La caridad, — dice el autor, — ya no es sólo patrimonio de

» los santos; empieza á serlo de todo el mundo; la idea de
» Jesucristo, desnuda de dogmatismo, se filtra en los es-
» píritus, trasciende á los actos vulgares de la vida, y
» llega al régimen político y á las relaciones internacio-
» nales.... El artista, pues, al reflejar en su obra las ideas
» y los sentimientos de los hombres de esta época, refleja-
» rá algo más digno y más noble que en las épocas trans-
» curridas, porque refleja las ideas y sentimientos de un
» hombre más civilizado.» Me fijo especialmente en esta
parte del prólogo, por dos razones: porque con ser para
mí evidente esta superioridad de nuestros tiempos,—muy
superiores también en otra suerte de grandezas poemá-
ticas, invisibles tan sólo por razones de perspectiva,—es
harto común verlas negadas para que no nos regocije su
apología. En segundo lugar, cito el párrafo, porque es
uno de los caracteres de su autor la manifiesta aspira-
ción á un ideal cristiano no bien definido todavía, que se
ve avanzar hacia nosotros más esplendente que nunca.
¡Y el autor es realista!

La segunda parte del prólogo es la aplicación de
las observaciones precedentes á la novela, ó, mejor, al
arte de escribirlas. En este punto la claridad y la preci-
sión son aún mayores; el autor examina por su orden
cuantas cuestiones confunden ó resuelven de un modo
incompleto los que impugnan las tendencias de la novela
contemporánea. Fuera de la distinción conocida entre el
realismo y el naturalismo, son notables las observacio-
nes acerca de la tendencia pesimista y efectista de éste, y
cuantas se refieren á la observación como medio y no
como fin, al abuso de lo pintoresco, al tema, al argumen-
to, á los caracteres, á su insignificancia ó complejidad,
al análisis psicológico, á la composición y sus condicio-
nes, á la impersonalidad.... Ni uno solo de los puntos hoy

discutidos, más que por los críticos, por los lectores de novelas, olvida el prologuista, desde los que directamente atañen á la forma (lenguaje, estilo, diálogos), hasta los que se refieren al fondo (impudor, decoro, intención social, etc.): todos van tratados con elocuencia y alteza de miras á veces, con discreción siempre.

Si en la segunda parte se resume más particularmente lo que el autor llama *su verdad*, en lo que se refiere al arte de novelar, hay que buscar en aquellas últimas páginas las condiciones catacterísticas de sus obras. Realmente el prólogo, en este punto, tiene mucho de programa, que va á cumplirse luego en la narración que le sigue. Aunque por otras novelas de Palacio Valdés le conocemos, interesa ver enumerados y razonados sus artículos uno por uno. Sabemos, por de pronto, que para el autor no existe en la realidad distinción alguna entre objetos bellos y feos: todos son uno ú otro con relación al artista, cuyo espíritu se embellece á su contacto ó en su contemplación. No hay tampoco nada importante ó insignificante en sí: este concepto relativo depende de la *idea* contenida en los objetos, de la manifestación de la misma. De aquí que en toda obra de Valdés esperamos ver siempre embellecida toda la realidad sin propósito preconcebido alguno; pero de ésta, más especialmente, lo que se llama insignificante, lo común, lo trivial, lo que parece despojado de interés. Porque cuando el autor borra tales límites, é insiste en tachar una y otra vez tales distinciones, por algo será. Y, en efecto, bien pronto á semejante declaración se añade otra: el amor á lo sencillo, á lo simple, á lo íntimo, á lo que, por ser corriente y estar ocurriendo á nuestra vista, parece desprovisto por completo de belleza á los ojos del observador vulgar. En aquel mundo de sucesos en apariencia comunes, de sen-

timientos y pasiones al parecer triviales y ordinarios, suele fijar el novelista su mirada con intenso y acendrado cariño, dispuesto á mostrarnos *la idea* que en ellos se oculta, hasta que resplandezca con nítida y serena claridad como foco de poesía, de interés y de sentimiento vivo y puro.

Pero á esta sencillez como cualidad de la obra—y también como procedimiento del autor—se unen dos condiciones más: la perfecta y concienzuda sinceridad que le aleja de todo efectismo y de toda abdicación rastrera en busca del éxito, y cierto humorismo de la mejor ley, «implacable y desdeñoso con las manifestaciones ruines y »pequeñas de la humanidad, respetuoso con todo lo grande y noble».

Con esto, y con cierta alteza moral que se manifiesta elocuentemente en varias páginas del programa,—y de la cual son buena muestra, además de las palabras anteriores, otras citadas más arriba,—cabe imaginar la índole de las obras de Valdés, y por tanto de *La Hermana San Sulpicio*.

Es hora de hablar de ella determinadamente, pero, en realidad, brevemente también. Porque si nos hemos entretenido en el examen del programa, no fué sino con objeto de abreviar el análisis de su realización. Sin duda que la obra artística es de superior interés al capítulo de estética, en el cual el autor se da cuenta de su ingenio y de sus procedimientos; pero, como en realidad sólo quisiera limitar estas notas bibliográficas á descubrir y precisar el carácter de las obras que examine, resulta que, tratándose de *La Hermana San Sulpicio*, mi tarea ha debido consistir más particularmente en el examen del prólogo. Por dicha y caso no frecuente, en él estamos oyendo las propias revelaciones y confidencias del mismo

autor acerca de aquel carácter, y entre ellas y mis conjeturas ó abstracciones, claro que la preferencia no admite duda. Tenemos la clave, y esto es lo que importa.

Fuera de esto, no he de tener más que alabanzas para la novela, sin poderle oponer reparo alguno fundamental (de los secundarios no tratamos aquí); harto los he buscado sin dar con ellos, siquiera para poner á salvo la dignidad y gravedad del cargo de censor, y escapar á las mismas apreciaciones del prologuista, que se duele de la modestia de cierta crítica.

Pero repito que, como no invente ahora para el caso graves defectos en la novela, no hallo motivos de profundas censuras con que dejar en alto lugar mi imparcialidad y bien sentado el orgullo de quien sabe hallar ocasión de enseñar al que yerra, y se queda muy satisfecho después.

El programa se realiza en todas sus partes. El argumento de la narración es sencillo (los amores de un gallego con una andaluza, y sus vicisitudes y carrera de obstáculos); todo va por camino, aunque quebrado, natural y corriente, sin extraordinarios ni rebuscados episodios; el mismo estilo es de una simplicidad y sencillez gratísimas, cuyo precio, debido á un arte exquisito de la forma, sólo sabrá encarecer bien quien conozca las dificultades de tal facilidad. Con esto, el interés de la narración es vivo; el sentimiento mucho, y no hay pasaje en ella, como rasgo alguno en los caracteres, que no manifieste con exactitud y belleza la *idea* escondida en la realidad.

En este punto, las facultades de observador y narrador de Valdés, no resplandecen menos porque traten de ocultarse rehuyendo toda exageración, largas declamaciones, ó notas llamativas. Tras las innumerables descripciones de la hermosa Sevilla y de la embriagadora

poesía de las costumbres andaluzas, de su cielo, sus noches, sus cantares y su gente, todavía el autor nos la hace sentir con mayor intensidad sin rastro de convención, y precisamente por esto, ofreciéndola tal cual es, ó por lo menos tal como la imaginamos, es decir, ni como en los antiguos cromos del viajero romántico, ni como en los insípidos apuntes del comisionista desencantado; en una palabra: tan bella y hechicera en su realidad actual, y llena de sorpresas y encantos inesperados como para Zeferino Sanjurjo. El autor ha puesto empeño en mostrarla así, huyendo de toda descripción anterior, y realizando con la novedad la poesía de las más 'trilladas escenas: la hora de pelar la pava, por ejemplo. La visita á la fábrica de cigarros, el paseo por el Guadalquivir (éste principalmente), la ida á Tablada, la juerga y otras, van impregnadas de poesía en su verdad.

Del propio modo que en tales paisajes, parece revelarse el intento de ofrecer el carácter de aquella sociedad en sus individualidades típicas desde el conde del Padul, á Daniel Suárez, y, pasando por las de Anguita, desde Paca á Gloria, la andaluza más andaluza de todas. Tienen todos de común la viveza y arrebató meridionales con cierto desenfado expansivo en el trato, no exento de ironía, delicadamente patentizada en toda la novela, y, como quien dice, en los menores gestos de aquella gente, exceptuando al héroe gallego.

De tal modo adquieren artístico relieve en la novela las más significantes y fugaces impresiones de la vida, que la narración parece desatada sucesión de hechos fortuitos que van disponiendo las cosas al desenlace final, con cierto aspecto cómico, propio para que el narrador ejerza de humorista, y hay en el fondo de todos aquellos caracteres continuas contradicciones, igualmente ridícu-

las ó tristes; como en el personaje episódico Villa, con sus apariencias de hombre formal y experto y sus debilidades de niño; en Zeferino Sanjurjo, cuyos encontrados afectos se suceden siempre en oposición con su voluntad, y en la apasionada Gloria, arrebatada por sus vivaces pasiones. Lo patético y lo risible, lo prosaico y lo noble, lo misterioso y lo trivial, alternan, se cruzan y confunden, ignoro si de propósito, pero sí como ocurre á la vista de quien la tiende en derredor, dondequiera que se halle. Por esto, quizá, la novela es, dejando aparte más altos méritos, de agradabilísima lectura.

J. YXART.

ENFRENTA DE LA TORRE EIFFEL



SONETO.

Grande, sí, colosal ; pero ¿á qué aspira?
¿Qué pensamiento presidió á su hechura?
¿Es amenaza á la celeste altura,
Ó en la bóveda azul punto de mira?

Para la multitud que en torno gira,
¿Es símbolo de ciencia ó de locura?
¿Le veremos lucir en noche obscura,
Ó hará á las nubes inflamarse en ira?

No sé ; mas pienso que si hallara un sabio
En la llanura solitaria escueto,
Ese, arriba fanal y abajo feria,

Viera en él, sin hacer al arte agravio,
El gigante y magnífico esqueleto
Del Dios de nuestro siglo : ¡la materia!

MANUEL DEL PALACIO.

París, Junio 1889.

ENFERMITE DE LA TORRE EIFFEL

NOVELA

Grande, et colossal, par ses quatre
Que pesamment pesaient à son tour
Les amoncelés de la capitale immense
Où en la tour de son fronton se mirait
L'Etat le plus grand que le monde ait
Les sommets de son fronton de fer
Les escaliers hauts en leurs escaliers
Où sur les murs se jouaient les vents
Vivants, mais par ses seules en sa
Toute l'histoire se jouait
Face à face, face à face, face à face
Vivants en elle, en son sein
Elle gémissait et se débattait
Et Dieu de sa main se jouait

MAISON DE LA TORRE

Paris, France

REVISTA GENERAL

Exposiciones de Bellas Artes.—Elogios de los críticos.—Los cuadros adquiridos por el Senado.—D. José Zorrilla.—Un nuevo libro de Menéndez y Pelayo.—Edición completa de las obras de Lope.—Galdós académico.—Los futuros libros de Galdós.—Nuevas publicaciones de la Sra. Pardo Bazán.—Estudio sobre la mujer española publicado por una revista inglesa.—Un folleto y una novela de Clarín.—D. Juan Valera y sus «Cartas americanas».—«Vida y escritos de D. Vicente de los Ríos», por D. Luis Vidart.—Un folleto del doctor Thebussem.—Biografía de Zorrilla.—Nuevo editor.

DESPUÉS de la inauguración de San Francisco el Grande, que fué sin género de duda un acontecimiento artístico de verdadera importancia, no obstante los muchos defectos que podríamos citar, y los infinitos reparos fáciles de aducir sobre la falta de armonía en el conjunto, el carácter poco cristiano de la totalidad y el exceso de colorín en los principales cuadros, se han celebrado en Madrid dos exposiciones; la del Centro de acuarelistas y la del Círculo Artístico, de más importancia la segunda que la primera, aunque las dos de bastante poca, digan lo que quieran los críticos de la prensa diaria, panegiristas eternos de las bellas artes, que hacen creer á los lectores inexpertos que vivimos en pleno renacimiento artístico, y que llevamos la bandera y somos causa de envidia de las demás naciones.

Mientras en cuatro siglos que cuenta nuestra pintura, sólo hemos logrado llevar á la historia general del arte un Murillo, un Rivera y un Velázquez; á juzgar por los artículos que diariamente publican nuestros periódicos, cualquiera pensaría que tenemos centenares de artistas que, al lado de los Davides citados, resultan gigantes casi del tamaño de Goliat.

Los periodistas, con sus eternos y desmedidos elogios, pregonando cada día que Fulano Fernández pinta con la verdad de Velázquez, con el vigor de Rivera, con la santidad y dulzura de Murillo, con la gracia de Goya, formando con todas estas cualidades obras de perfección divina, que no cabe en lo humano tal conjunto de belleza, hacen con esto lo que poco tiempo atrás hicieron con el invento de Peral; llenar de viento las cabezas, para hacernos luego apurar hasta las heces la copa siempre amarga y cruel del desengaño.

Los Jurados, por otra parte, dando recompensas á manos llenas, aumentando el número de las que conceden los reglamentos, contando con la benevolencia de ministros siempre dispuestos á condescender con peticiones que nada cuestan y que nada valen, van falseando cada día más y más la opinión y exagerando injustamente el mérito de nuestros artistas. ¿Cuál es el resultado de tales tolerancias y mercedes? Bien á la vista lo tenemos. Cuadros que pocos días hace causaban la admiración, el entusiasmo, el asombro, en fin, de todos, y artistas que obtuvieron cruces á manos llenas, aplausos estrepitosos, y á veces espléndidas recompensas pecuniarias, yacen hoy sepultados en el más completo olvido; en ese eterno olvido á que llamó un poeta «la muerte de la muerte».

En las dos exposiciones celebradas en Madrid últimamente, la del Centro de Acuarelistas y la del Círculo Ar-

tístico, no hemos visto un solo cuadro de Museo: apuntes, bocetos, ensayos, conatos de obra artística y cuadros de caballete, pintados con más ó menos inteligencia, había, sí, á granel; pero cuadros destinados á vivir eterna vida, hechos con previo estudio, con meditación y reflexión, no, no los había.

Nada de extraño tiene que esto suceda en Exposiciones de la índole de las citadas, por las circunstancias que concurren en su celebración; hay, pues, que tratarlas con cierta benevolencia.

Donde la tolerancia cesa, porque si no cesara nos creeríamos cómplices del cuasidelito que censuramos, es al hacer la crítica de obras que, por estar destinadas á Palacios de la Nación y por haber sido pagadas con longanimidad, deberían ser hechas con más estudio y admitidas por personas peritas y de conciencia. Nada de esto último pensamos que sucede con los cuadros que va adquiriendo y acumulando en sus salas el Senado. Lienzo hay allí, que representa la batalla de Lepanto, que, además de estar pintado de cualquier manera, hace aparecer á Cervantes como protagonista casi de la jornada; como si Cervantes no debiera su gloria, más que á sus empresas militares, á sus empresas literarias; otro cuadro, en el que se representa la conversión de Recaredo, está clamando justicia, porque su autor pintó la conversión de un hombre, y el Senado quería la conversión de un pueblo (suponemos que ésto y no aquéllo es lo que quiso el Senado); y, por último, y esto no reza con el pintor, que cumplió con su deber, hay un cuadro de moderna adquisición, titulado el *Fusilamiento de Torrijos*. ¿Se comprende que un Senado español encargue la reproducción pictórica de una lamentable página de nuestra historia, pintura destinada á resucitar encarnizados odios que ya

no existen, y que deberían borrarse si existieran? ¿En qué cerebro debidamente organizado cabe semejante insensatez? ¿No ha llegado aún para nosotros la edad de la razón? ¡Pintar para el Senado un lienzo que perpetúe nuestras discordias civiles, esas luchas entre la reacción y la libertad, que tantos estragos han causado durante todo el siglo, que han dejado exhausto nuestro Tesoro, y despoblados, incultos y tintos en sangre fratricida nuestros campos!

¡Dios quiera que en adelante se mediten y hagan mejor las cosas!



Á la hora en que escribimos estas líneas, llegan á nosotros, en periódicos y cartas particulares, noticias de los festejos con que la poética y nunca bastante cantada ciudad de Boabdil celebra la coronación del simpático vate castellano D. José Zorrilla. En este mismo número damos un largo estudio de las obras del poeta, y nos asociamos de todo corazón al júbilo con que los granadinos le festejan, rindiendo así el tributo que de derecho le corresponde al cantor de las tradiciones españolas.

Menéndez y Pelayo ha publicado un nuevo tomo de la *Historia de las Ideas Estéticas*, en el que se ocupa del desarrollo de la crítica en Inglaterra antes de nuestro siglo, de la renovación literaria de principios del siglo XIX, de los famosos escritores Tomás Moore, Walter Scott, Byron, Macaulay, Herbert Spencer, y tantos otros; de la crítica periodística y de la fundación de la *Revista de Edimburgo*: igual estudio, y con la misma prodigiosa erudición, hace respecto á Francia, presentándonos un

cuadro completo del desarrollo de las ideas estéticas en la nación vecina durante el siglo actual. Anticipamos á nuestros lectores estos datos, sin perjuicio de dedicar más adelante un detenido estudio al examen del libro y de las restantes producciones literarias de su autor, que actualmente se ocupa en corregir y aumentar la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, que en la próxima edición constará de doce tomos.

La Academia Española acordó en una de sus últimas sesiones costear una edición completa de las obras de Lope, que sea un monumento nacional levantado al Fénix de los ingenios patrios. La edición constará de cincuenta tomos en folio, papel de hilo é impresión lujosa á dos columnas. El primer tomo contendrá la vida de Lope, escrita por D. Cayetano Alberto de la Barrera, premiada tiempo atrás por la Biblioteca Nacional, y no impresa todavía. De la ordenación, corrección, anotaciones, índices y comentarios queda encargado el Sr. Menéndez y Pelayo, quien se propone desarrollar en esta empresa toda su prodigiosa actividad, á fin de que la edición quede ultimada en doce años, para lo cual ha de ver la luz un tomo trimestral.

La elección de Galdós para cubrir la vacante que por fallecimiento de D. León Galindo y de Vera existía en la Academia, ha llenado de satisfacción á los admiradores del popular novelista; algunos, sin embargo, creen que éste no debió haber aceptado, por ahora, el honroso puesto, estando tan reciente la herida que le causaron al posponerlo á Commelerán. Nosotros entendemos que, con las explicaciones que han mediado, con las satisfacciones dadas por los que antes se le pusieron de frente, satisfacciones que han consistido en firmar la propuesta de Galdós los mismos académicos que propusieron á

:

Commelerán, propuesta copiada al pie de la letra de la que la otra vez presentaron los defensores de Galdós, no tenía éste más remedio que olvidar lo pasado, ó aparecer dominado por un orgullo que tan mal se compagina con el benévolo carácter del ilustre autor de los *Episodios Nacionales*.

El primer libro que publique Galdós será un tomo de trabajos cortos, que tiempo atrás vieron la luz en diferentes periódicos. Uno de los más notables de la colección se titula *Tribunal literario*, historieta impresa muchos años hace, en la que se preven las luchas que acaecieron después, y todavía continúan, entre idealistas y realistas.

La continua asistencia de Galdós á las sesiones del juicio celebrado con motivo del crimen de la calle de Fuencarral ha de ser beneficiosa para las letras. Pronto también, en la primera quincena de Noviembre acaso, se pondrá á la venta una novela en dos tomos, no bautizada todavía, obra sumamente curiosa, por haber influido en ella las corrientes dramáticas de la opinión y de la atmósfera judicial, y por ser la primera novela de su autor, cuyo fundamento es un crimen.

Se nos olvidó decir que al discurso de entrada de Galdós en la Academia Española contestará Menéndez y Pelayo.

Á principios de Julio verá la luz en Barcelona otra novela de Emilia Pardo Bazán, titulada *Morriña*; esta novela ha de ser el complemento de *Insolación*, que tanto éxito ha tenido pocos meses hace. Á *Morriña* seguirán *Una Cristiana*, *Propiedad y familia* (tres tomos), *Más novelas cortas*, *Estudios sueltos* (crítica y polémica), *Los hermanos Zemganno* (traducción del francés, con un largo estudio preliminar) y *De la mujer española*, libro el último de carácter social. Todos estos volúmenes, ya termi-

nados ó próximos á su terminación, se publicarán en el año 1889 ó principios del 90, si los artistas que han de ilustrarlos cumplen á tiempo sus compromisos. Á esta actividad de la Sra. Pardo Bazán hay que agregar las interesantes y larguísimas cartas que semanalmente envía á los periódicos de América, y los curiosísimos estudios que constantemente publica en periódicos y revistas europeas. Entre éstos ha llamado extraordinariamente la atención el artículo publicado en *The Fortnightly Review* sobre las mujeres españolas, encargado por el director de la citada revista, hoy la mejor de Inglaterra, para emparejar con el que pocos meses antes escribió en el mismo sitio M. Julio Simón sobre la mujer francesa. El trabajo contiene detenidas y justas apreciaciones acerca de la cuestión religiosa, la aristocracia, la clase media y el pueblo. *La Saint James Gazette*, al hacer la crítica del último número de *The Fortnightly Review*, en el que figuran los primeros escritores ingleses, dice que el trabajo más interesante y digno de ser leído es el de la Sra. Pardo.

Clarín está terminando un folleto, que verá la luz muy pronto: consta de tres partes, tituladas: *Rafael Calvo y el teatro español*; *Horacio en la tertulia de Commele-rán*; y *Las últimas novelas*, estudios todos de crítica y sátira. Ha terminado también una novela larga para LA ESPAÑA MODERNA, que se titula *La Viuda y el libro*.

De D. Juan Valera acabamos de leer un precioso tomo de *Cartas Americanas*, recopilación de las publicadas en *El Imparcial*. Ya le dedicaremos otro día un largo estudio. La noticia dada por los periódicos de que D. Juan Valera contestará al discurso de entrada de Commele-rán en la Academia, ha sido recibida con cierta extrañeza por algunos: á nosotros nada nos sorprende esa resolución del autor de *Pepita Jiménez*, tomada, sin duda, en

pro de la buena armonía que debe reinar entre los que hoy son compañeros, aunque hubieran pertenecido ayer á distinto bando.

Uno de los libros más interesantes salidos últimamente de las prensas españolas, es el estudio que el Sr. Vidart, artillero y escritor, ha publicado sobre la vida y escritos del insigne biógrafo y comentarista de Cervantes, Don Vicente de los Ríos. Hace tiempo que notamos la constancia con que el Sr. Vidart, en ilustraciones, en libros y folletos, se dedica á acrisolar el mérito y dar á conocer la valía de los preclaros españoles que con igual fortuna cultivaron las armas y las letras. Hoy le toca la suerte á D. Vicente de los Ríos, de noble linaje, académico, militar, y, sobre todo y ante todo, incansable buscador de datos para formar la biografía del Príncipe de los ingenios españoles, biografía publicada en la grandiosa edición que la Academia Española hizo del *Don Quijote* en 1780 en cuatro tomos, que juntamente con el que contiene el *Salustio* del infante D. Gabriel y las dos famosas Biblias, forman el más preciado florón de la tipografía Española.

Muchas y muy curiosas noticias contiene el libro de D. Luis Vidart, escrito con amenidad y corrección de estilo, y con cierto entusiasmo hijo de haber vestido idéntico uniforme biógrafo y biografiado, entusiasmo que le lleva á creer que hasta estos últimos años nadie ha hecho á D. Vicente de los Ríos la justicia que merecen su laboriosidad y su talento. No opinamos en este punto como el Sr. Vidart, antes al contrario, creemos que es uno de los escritores españoles que han gozado mayor fortuna. Siendo teniente de artillería, era ya D. Vicente de los Ríos académico de la Española, de la Historia y de la de Buenas Letras de Sevilla; de él se han ocupado con gran elogio

Sampere y Guarinos, D. Tomás Antonio Sánchez, Don Martín Fernández de Navarrete y tantos más: la Academia Española ha sido siempre decidida partidaria suya; en siete años se hicieron tres numerosas ediciones de su *Vida de Cervantes y Análisis del Quijote*, y cuarenta años después de escrita esta última, todavía la Academia vuelve á ponerla al frente de la edición en cuatro tomos que hizo del *Don Quijote* en 1819, circunstancia ésta que no debe conocer el Sr. Vidart, ó que, por lo menos, no hemos visto que la mencione. ¿Tuvieron Mayans y Pellicer, biógrafos, como Ríos, de Cervantes, aunque de menos mérito, tanta fortuna como el famoso artillero? Y no hablemos de los tiempos actuales, en los que el Sr. Vidart se muestra satisfecho de lo dicho sobre su biografiado por los Sres Fernández y González y Menéndez y Pelayo, y casi satisfecho, aunque á regañadientes, con lo escrito por Barado en *El Museo Militar*.

Aparte de este apasionamiento que se nota en el libro del Sr. Vidart, nada encontramos que merezca reparo y sí mucho que admirar, aplaudir y aprender en él.

Bajo sobre sellado por el Doctor Thebussem, recibimos el siguiente documento:

CÉDULA NÚMERO 22.

Sírvase Vm. entregar al portador, por la presente cédula de cambio, un ejemplar de las *Notas Genealógicas* que imprimí por cuenta y riesgo de mis herederos, y se hallan á cargo de Vm. Y Cristo con todos.

Fecha en las entrañas de la Huerta de Cigarra, á 16 días del mes de Junio de este presente año,

EL DOCTOR THEBUSSEM.

*Al Sr. D. Fernando Fe,
librero, en Madrid.*

Nos presentamos con la cédula en la Carrera de San Jerónimo, número 2, y nos dieron un libro intitulado *Notas Genealógicas* que para tomar el Hábito de Santiago presentaron D. Mariano, D. Francisco y D. Rafael Pardo de Figueroa, naturales de Medina Sidonia. No nos metemos á examinar si las notas y las pruebas están debidamente hechas; cargo fué este de los Ilmos. Sres. Frey D. Rafael Fernández de Padilla, del Hábito de Santiago, y Frey D. Francisco R. de Uhagón, del de Calatrava, quienes averiguaron que los progenitores de los señores Pardo de Figueroa no tuvieron contacto ni sangre de moro ni judío, ni bastardía de ninguna especie, por todo lo cual, y por su moral irreprochable y sus buenas costumbres, fueron cruzados caballeros á 13 de Enero de 1889 años, en la iglesia parroquial de Santiago en Medina Sidonia, que se hallaba adornada é iluminada como en las fiestas más solemnes, con asistencia de órgano, capilla de música y cantores.

Todo esto está muy bien, y tiene su mérito y su gracia, aunque algunos lo juzguen baladí. La mejor señal de que estas distinciones significan algo, está en el empeño que ciertas gentes tienen en que desaparezcan. Durante la Revolución del 89 se dió un decreto mandando borrar de los libros que se conservasen en la Biblioteca Nacional de París todo signo de nobleza, los escudos y las armas que adornaban encuadernaciones espléndidas. Y, sin embargo, ¡cuántas veces hemos visto á los adversarios de los principios aristocráticos mendigando distinciones y condecoraciones que están en contradicción con sus doctrinas!

El libro de las *Notas Genealógicas* es una maravilla tipográfica, que tiene el mérito de estar hecho en los talleres particulares de su autor, según reza el pie de imprenta.

La edición habrá sido cortísima, y agradecemos á los editores el ejemplar que en la *distribución privada* nos ha tocado. No obstante esto, y aunque las obligaciones y recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre, según decía el simpático y nunca bastante aplaudido manco de Lepanto, vamos á pagar al Dr. Thebussem sus mercedes en la misma moneda en que él pagó á D. José María Asensio ciertos honorarios (1), porque «volviendo agravios por mercedes, será señal certísima y argumento concluyente de que pertenecemos á la raza humana y no á la canina».

Las *Notas Genealógicas* son, sin género de duda, un libro hermoso; pero tiene, entre otros defectos que nos habrán pasado inadvertidos, los siguientes: falta de foliación; falta de puntuación en las páginas segunda, tercera y cuarta; falta de la palabra *Índice* en la quinta línea de la quinta plana, y omisión del nombre del litógrafo y lugar en que se hicieron los escudos.

Por todas estas faltas condenamos al Doctor Thebussem á que cuando haga nuevos libros, nos regale un ejemplar de todos ellos, y le felicitamos ahora con el mayor entusiasmo, recordando lo que dice Calderón en la jornada primera de *Saber del mal y del bien*:

«La mayor dicha del suelo
En tener nobleza está,
Que si las riquezas da
La fortuna varia, el cielo
La sangre; y no hay duda alguna

(1) D. José María Asensio, de Sevilla, defendió al Dr. Thebussem un pleito, y lo ganó, y el Doctor le pagó los honorarios publicando un artículo feroz contra los abogados.

Que esta es la dicha mayor ,
Cuanto es más noble y mejor
El cielo que la fortuna ;
Luego si el bien más dichoso
En la sangre ha consistido ,
Vale : ¿aqueste es bien nacido?
Sí, luego este es venturoso »

Acaba de publicarse una biografía de D. José Zorrilla, por Antonio de Valbuena, perteneciente á la colección de celebridades españolas contemporáneas, de que forman parte las de Galdós y Campoamor, escritas por Clarín y Sánchez Pérez respectivamente. Cada una forma un lindo folletito con el retrato y autógrafo, muy bien hecho, del personaje biografiado. El único defecto que encontramos en ellas es la brevedad: aparte de esto, resultan intachables.



De un editor de grandes alientos y mayores recursos, de gusto artístico y competencia literaria, tenemos que ocuparnos al terminar esta crónica. Nos referimos al director de *La España Editorial*, Sr. Manso de Zúñiga, que acaba de poner á la venta el primer tomo de una biblioteca de Bellas Artes. La obra publicada por Manso no es original, sino traducida de la colección famosa de Quantin. Esto no obstante, podría prestar grandes servicios á la enseñanza de las bellas artes en España, si al publicar los tomos en lengua de Castilla se les pusiera un apéndice dando á conocer el desarrollo de nuestras artes y la importancia de nuestros artistas, parte comple-

tamente desconocida ó abandonada por los escritores vecinos nuestros del otro lado del Pirineo. En la *Historia del Arte*, de C. Bayet, que es el tomo publicado á que hacemos referencia, libro impreso con gran esmero, buen papel y multitud de grabados, que reproducen las mejores obras escultóricas y arquitectónicas de los autores á que la *Historia* se refiere, no se nombran más que cinco artistas españoles: los demás, como si no existieran. Nuestros arquitectos, nuestros grabadores, nuestros escultores, que algunos de estos últimos hemos tenido también, aunque poco importantes, son letra muerta para C. Bayet.

No creemos inútil recomendar al Sr. Manso la inclusión de apéndices en cada tomo, conteniendo la parte referente á España, que, si se confía á persona perita, puede ser de gran interés para los lectores.

En la colección referida debe incluirse también el manual que el Sr. D. Juan Facundo Riaño escribió en inglés, titulado *Spanish Arts*, impreso por el *South Kensington Museum*. Es este libro el más completo que conocemos sobre las artes españolas, y no sabemos que hasta hoy se haya impreso en castellano. La Biblioteca de Bellas Artes debió haber empezado por su publicación.

Al cerrar esta crónica, recibimos una novela en dos tomos *Jaque á la Reina*, de José M. Matheu, y un libro titulado *Gran Espectáculo*, de José de Siles, que por falta de tiempo no podemos examinar.

J. LÁZARO.



NOTAS BIBLIOGRÁFICAS



Vida y escritos de D. Vicente de los Ríos, por D. LUIS VIDART. Con un *post-scriptum* de D. Mario de la Sala.—Madrid, 1889.

AUN cuando el biografiado en este nuevo libro del Sr. Vidart, lo es, aparentemente, como miembro del panteón de artilleros ilustres, la biografía no resulta extraña á los no versados en estudios técnicos referentes á aquel orden de la milicia; sino antes bien, amena, atractiva é interesante para los que se cuidan de la reconstrucción de nuestra historia de las ideas científicas, y con menor pretensión, que es juntamente más común, de los asuntos literarios que á todos parece hoy importan. Es, en efecto, D. Vicente de los Ríos, aparte de un autor estimable para la enseñanza militar, un crítico de aquellos que dieron tanto carácter al siglo XVIII, equilibrado de facultades, sereno de temperamento, no muy subido de ideal, pero erudito, bien templado y celoso de las glorias de su casa, un poco olvidadas, aunque no tanto como alguien ha supuesto, si hemos de creer á los *Mercurios* y demás papeles de aquellos días, y á las listas bibliográficas de Sancha y otros tales de los buenos impresores que tuvimos. Quéjase con razón el Sr. Vidart del desconocimiento y preterición que de su biografiado hacen, por lo común, los libros de historia literaria, siendo así que tiene méritos tantos, como otros de que se habla sobradamente; y, á la verdad, para muchos lectores, la minuciosa *Vida* que ha escrito el Sr. Vidart debe haber hecho oficio de revelación plena.

La importancia mayor de D. Vicente de los Ríos es como analizador del *Quijote*, libro de los en menor aprecio en aquellos días. La razón dala el Sr. Vidart recogiendo observaciones del Sr. Tubino acerca del escaso favor que la novela gozaba; y aduciendo justamente datos que de los escritos de Cabanilles, Forner, Lampillas y Feijóo, vienen á confirmar el argumento. Lo indudable es que, si para algunos críticos meticulosos ó poco arrojados (no sé si contarme en el número), el pleito entre D. Vicente de los Ríos y Morla sobre el *Tratado de Artillería*,—pleito que el Sr. Vidart decide á favor del primero,—no está tan claro como el autor presume, lo que es la excelencia y estima de Ríos como literato y sus buenos oficios en pro de tan alta joya de nuestra literatura como es el *Quijote*, quedan más que de relieve con la exposición y catálogo de justificantes que su biógrafo presenta.

El Sr. Vidart, de cuya erudición en tales materias no necesito hacer encomio, entrevera el relato de hechos con observaciones curiosas sobre las ideas literarias y sobre los vientos que tocante á ellas corrían en tiempos del D. Vicente. No puedo yo discutir ahora tales observaciones, de que habría mucho que hablar; v. gr.: en lo que se refieren á la clasificación de las obras literarias. Mi objeto sólo es notar la aparición de este libro, indicar su carácter y hacer, de paso, propaganda del nombre é importancia de Ríos, á lo que todos debemos contribuir en la medida de nuestras fuerzas. Precisamente en ello estriba la mejor excelencia del trabajo del Sr. Vidart; porque si es cierto que las monografías y las biografías son la más firme base y precedente de la historia, sobre todo «cuando se trata de escribir sobre la historia de las ciencias ó de las artes», crece la necesidad en nuestro caso, cuando el descuido tradicional que en tales cosas

hemos puesto nos conduce á ver hecha en tierra extranjera nuestra propia historia y mejor conocidas nuestras glorias literarias y científicas, que nos son, á menudo, gran novedad.

D. Vicente de los Ríos ostenta en su haber de publicista los siguientes libros: *Discurso sobre los ilustres autores é inventores de Artillería* (españoles); *Memorias de la vida y escritos de D. Esteban Manuel de Villegas*, en la edición de las obras de este poeta, hecha en 1774; *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra y Análisis del Quijote*, en la edición de la Academia Española (1780) y sus reimpressiones (1782 y 1787). El mérito del *Análisis* y su importancia para la historia de las ideas estéticas, no se funda en la erudición y acierto de la crítica menuda que lo ilustra. Pica más alto, porque en él se señalan teorías sobre la belleza que, en opinión del señor Menéndez y Pelayo, son el mayor atisbo de doctrina algo trascendental que puede hallarse en nuestros autores del siglo XVIII, señalando como «un vislumbre de estética subjetiva», en que se acudía al examen y atención de las facultades humanas, dejando á un lado toda disquisición sobre la belleza absoluta, para lo cual no estaban preparados nuestros escritores, ni por su educación filosófica, ni por las aficiones sensualistas que dominaban entonces. Ejemplo de ello puede verse en Arteaga, cuyo libro dice ser de investigaciones sobre la *belleza ideal*. Arteaga y Ríos son los mejores y más apreciables representantes de los estudios estéticos en España durante aquel período.

Todavía hay que contar entre los merecimientos de Ríos su *Tratado de táctica*, que dejó inédito, y el *Discurso para la abertura de la Escuela de táctica de Artillería*, sobre los cuales me remito al juicio del señor Vidart y á otros que él cita.

Nada más debo yo decir. El haber pertenecido Ríos á las Academias de la Historia y Española, y como profesor al Colegio de artilleros, no son títulos para invocados, porque ellos solos no dicen cosa que enaltezca al autor, como no enaltece título alguno sin obras que lo legitimen. Bien legitimó Ríos los suyos, y en reconocerlo y proclamarlo, juntamente con otros méritos de los que no piden diploma, me complazco, uniendo mi humilde nombre á los de Fernández y González, Menéndez y Pelayo, Barado y Carrasco, primeros en reparar el injusto olvido que de nuestro autor se tenía, según declara su mismo biógrafo. Á éste debe caber la satisfacción de contribuir, en mucho, á popularizar el conocimiento de un escritor tan digno de figurar en las páginas de la historia de la literatura y de la milicia.

RAFAEL ALTAMIRA.

Anuario bibliográfico de la República Argentina.—

Año IX, 1887.—Fundador: ALBERTO NAVARRO VIOLA.—Buenos Aires, imprenta de M. Biedma, Bolívar, 535, 1888.—Un vol. de 440-97 páginas en 8.º.

ESTA publicación anual, poco conocida en España, honra á la crítica bonaerense, y es copiosa fuente para quien pretenda escribir ó sólo conocer la historia general de la literatura castellana en su más lata acepción. Nueve volúmenes van impresos desde que, en 1879, Alberto Navarro Viola, crítico, poeta y periodista de amplios horizontes, dotó á su país de un libro donde se registra anualmente el movimiento intelectual en las

orillas del Plata. El tomo IX, recibido estos últimos días, no desmerece de la labor anterior, y es, bajo diversos aspectos, digno de ocupar un lugar en esta sección de LA ESPAÑA MODERNA.

El fundador del *Anuario*, no desconocido en nuestro país, fué uno de los jóvenes que con más tesón y constancia contribuyeron al progreso de su patria.

Su obra coincidió con el florecimiento material de la República Argentina. Al compás de esa nueva vida, creció la literaria y científica, desarrollándose paralelamente ambas manifestaciones.

Pero Navarro Viola no pudo proseguir en la empresa. Traidora enfermedad arrebatóle al cariño de sus conciudadanos el día 3 de Agosto de 1885, cuando estaba llamado á grandes conquistas. Afortunadamente para las letras, el *Anuario* no murió. Enrique Navarro, hermano de Alberto, secretario hoy de la Facultad de Derecho y Ciencias sociales de Buenos Aires, tomó á su cargo la publicación, continuándola con el concurso de los señores Araujo Muñoz, Moutier y los hermanos Rivarola (D. Rodolfo y D. Enrique).

Los nueve años que cuenta de vida, forman su mejor elogio. Desde su aparición logró imponerse, consiguiéndolo, gracias á la levantada crítica que resplandece en todos sus juicios. Con el *Anuario* bien puede afirmarse nació la verdadera crítica en la región del Plata. Á la censura de carácter personalísimo, hasta entonces imperante, siguió el análisis objetivo; á la condenación absoluta del autor y de su obra, reemplazó la enmienda, la observación y el ejemplo. Dotados para esa nobilísima tarea, tanto el fundador como el continuador, de sólido juicio, aplicáronlo al examen de los trabajos literarios, y, sin extremar la censura ni abdicar de aquella justa liber-

tad é independencia que enaltecen al crítico, lograron asentar las bases del buen gusto, evitando fatales caídas á los que caminan sin guía por el campo de las letras.

Y si el *Anuario bibliográfico* no tuviera otro mérito, que sí lo tiene, éste sólo bastara para justificar la autoridad que alcanza en todo el Sud americano. Leyendo sus páginas, se nos aparece claramente, sin nubes, la vida intelectual de la República Argentina y países vecinos. Pero no todo lo que contiene el libro es para nosotros de igual valor.

Figuran en él muchas publicaciones oficiales de carácter puramente administrativo, que no encajan bien en el concepto parcial de la bibliografía literaria. En cambio, «si se recorren con cuidado, ha dicho un crítico americano, los volúmenes de la paciente é ilustrada obra del Dr. Alberto Navarro Viola, se ve aparecer de trecho en trecho, perdida en un mar de memorias, tesis, folletos, publicaciones oficiales, y toda clase de impresos hechos simplemente para llenar un deber público ó una prescripción profesional, y condenados á llevar una vida inédita; se ve aparecer, digo, como estrellas fugaces en el obscuro cielo de la literatura nacional, obras de verdadero aliento, que denotan la existencia de inteligencias superiores en la historia, en la literatura, en las ciencias, ó en las artes, y destinadas á dar días de gloria á la República y á la América».

Aceptando nosotros todas esas publicaciones, y no dándolas otro valor que el puramente bibliográfico, podemos, no obstante, contemplar, como si fuera á vista de pájaro, el movimiento publicista habido en la República Argentina desde 1879 hasta 1887, con sólo ojear el siguiente cuadro, formado según las divisiones de que consta el *Anuario*.

SECCIONES	AÑOS								
	1879	1880	1881	1882	1883	1884	1885	1886	1887
Cuestiones internacionales.....	10	6	14	8	3	8	6	5	9
Derecho y ciencias sociales.....	47	33	64	69	75	54	55	39	67
Tesis de Derecho...	37	34	36	34	38	45	36	28	51
Política.....	»	20	12	2	7	7	25	20	11
Administración.....	40	49	78	101	90	103	120	128	154
Cuestión Misiones..	»	»	9	»	»	»	»	»	»
Obras públicas.....	»	»	»	23	24	24	29	29	124
Historia, biografía..	12	18	20	28	22	14	27	14	17
Pedagogía.....	30	48	55	56	67	82	113	98	98
Cuestión religiosa...	»	»	»	»	12	»	»	»	»
Filología.....	»	1	1	1	5	2	»	4	»
Bibliografía.....	5	8	15	16	24	18	14	11	28
Estadística.....	»	5	10	16	10	10	15	12	10
Obras militares.....	»	8	24	13	14	21	11	8	9
Obras médicas.....	46	17	4	20	10	12	22	29	26
Tesis de medicina...	32	36	27	38	33	42	24	27	45
Ciencias exactas, etc.	»	22	60	62	46	52	52	60	70
Literatura.....	64	51	63	55	62	54	92	107	64
Religión.....	20	33	38	40	27	52	60	54	68
Variedades.....	107	74	104	58	61	76	104	130	223
Libros americanos..	8	30	87	53	69	66	37	14	28
Obras extranjeras...	7	6	11	15	16	30	36	7	27
Suplemento.....	7	16	41	50	107	25	70	71	82
Diarios y periódicos.	»	109	165	215	304	348	433	452	443
SUMAS.....	472	624	938	978	1 126	1 149	1 381	1 351	1 467
AUTORES.....	290	361	721	680	723	631	637	585	630

Limitado nuestro rápido y superficial examen al movimiento bibliográfico de 1887, es de notar que fué más fecundo que los anteriores, como lo habrá sido sin duda el pasado 1888, respondiendo esos aumentos al crecimiento general de la población, cultura y riqueza en las orillas del Plata. De las 1467 publicaciones registradas en el *Anuario*, 443 pertenecen á la prensa periódica, que tiene en aquel país notable desarrollo. En cuanto á las obras puramente científicas ó literarias, aquellas que determinan el valor intelectual de un pueblo, el *Anuario* nos ofrece donde escoger, ya sea en el campo de la historia, de la economía social, del derecho y de las ciencias exactas, ó ya en el de la poesía, la novela y otras ramas de la amena literatura.

Entre los trabajos históricos, ramo que tiene para los españoles marcadísimo interés, debe señalarse la publicación del tomo vi de la *Historia de la República Argentina*, por el Dr. D. Vicente López, que abraza desde el origen de la independencia hasta 1852. Comenzó la impresión en 1883, y no ha terminado aún tan importante obra. El volumen vi tiene por título especial el de *Complemento de la Revolución de Mayo por régimen unitario y por las armas*. Principia con la misión de Belgrano y Rivadavia á Europa, y termina con la victoria de Chacabuco y conquista de Chile por el ejército argentino á las órdenes de San Martín en Febrero de 1817. Trata el Sr. López de la alianza contra España formada por el Gobierno de Portugal y la República, dando á conocer varios documentos que ilustran los hechos ocurridos en aquella época, especialmente las negociaciones seguidas con el Gabinete de Madrid en 1816, por D. Bernardino Rivadavia.

Otra obra debemos á la constante laboriosidad del

Dr. López; la publicación de los documentos que se conservan en el archivo de la capital argentina, colección que se titula *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*. En 1887 salió á luz el libro III, que comprende los años 1615, 1616, 1617, 1618 y 1619.

Como obra histórica, pero de carácter popular, cabe citar *El país de las Pampas* desde su descubrimiento en 1516 hasta 1780, por Mariano A. Pelliza, conocido por otros trabajos de la misma índole.

Puede colocarse al lado de la obra del Dr. López, la *Historia de los gobernantes del Paraguay* (1535-1887), que ha escrito y publicado D. Antonio Zinny, salvando del olvido y tal vez de una pérdida segura, documentos interesantes de la dominación española, comenzando desde D. Pedro de Mendoza, primer adelantado del Río de la Plata, hasta las ruidosas contiendas del obispo Cárdenas con el gobernador Hiestrosa y con los Padres de las Misiones Jesuíticas, en 1650.

Obra es igualmente del Sr. Zinny la *Cronología de los Obispos del Paraguay*, que comienza en 1547 con la erección del obispado de la Asunción por Paulo III, y termina con el actual obispo Sr. Aponte.

Pondremos fin á esta sección citando el tomo III de la *Historia de Rosas y de su época*, de D. Adolfo Saldias, apologista del famoso tirano; *Los apuntes históricos del Río Negro ó tierra de Patagones*, por D. José J. Biedma, y varias monografías de historia local, y biografías de personajes argentinos.

Merecen consignarse algunos estudios publicados en 1887 relativos á la historia física de la región argentina. En primer lugar, figuran la *Exploración de los ríos Gallegos, Coile, Santa Cruz y canales del Pacífico*, en la Patagonia Austral, por el capitán de fragata D. Carlos

M. Moyano, que en 1886 remontó el río Gallegos en busca de una comunicación acuática entre la Patagonia y el Pacífico; las *Exploraciones en la Patagonia septentrional*, en los años 1883 y 84, por el teniente coronel D. Lino de Roa, y el *Viaje al país de los Onas ó tierra de Fuego*, por D. Ramón Lista, geógrafo argentino.

La novela se cultiva con regular éxito en las orillas del Plata. Aparte de algunas imitaciones del género psicológico que carecen de importancia, y hasta de razón de ser en la organización de las clases sociales en aquel país, cítanse varios trabajos inspirados en asuntos locales, especialmente descripción de costumbres de las Pampas. Cultiva esta especialidad D. Estanislao S. Zeballos. En 1886 publicó la narración *Painé y la dinastía de los Zorros*, en la que pinta á los *ranqueles* pertenecientes á la raza araucana, y establecidos en la Pampa central, al Sud de San Luis y Córdoba, que fueron durante largos años temibles enemigos de la civilización cristiana en el Plata, comenzando su importancia por el año 1818, cuando gobernaba á esa raza de guerreros el cacique chileno Yanquetruz.

Descendiente de ese cacique fué el guerrero Painé Guor (*zorro celeste*, en lengua araucana), que es á quien más debe su grandeza bárbara el imperio ranquelino, y que afianzó en sus descendientes el gobierno, estableciendo así la dinastía de los Zorros, pues le sucedieron en el mando sin interrupción alguna sus tres hijos.

Continuación de ese trabajo es *Relmú, reina de los Pinares*, episodio de la guerra unitaria de 1839, con hermosas descripciones de las *tolderías* de los indios ranqueles, de sus leyes, usos y costumbres.

Entre muchas otras novelas que carecen de fisonomía propia, merece citarse, por el asunto y la popularidad

de su autor, Eugenio Cambacères, la titulada *En la sangre*, novela de tesis y que tiene para los argentinos especial significación. El autor desenvuelve la influencia de la herencia, lo que se lleva «en la sangre», representada por Genaro Piazza, hijo de un tachero italiano, que logra la mano de una rica porteña, entrando por la puerta del matrimonio en el gran mundo, pero llevando en la sangre la bajeza de su origen y lo ruin de su carácter.

Para los ilustrados redactores del Anuario, *En la sangre*, no obstante un plan más ordenado que en otras novelas de Cambacères, se advierte un retroceso, comparado con la novela *Sin rumbo*, publicada el año anterior.

Si en el campo de la novela ha sido poco fecunda la labor durante el año 1887, en el de la poesía, donde los argentinos obtuvieron siempre abundantes frutos, la cosecha es, no sólo corta, sino de escasos rendimientos por su calidad. De los vates que ya no existen se han publicado las *Obras poéticas* de Olegario V. Andrade, costeando la edición el Gobierno nacional; y de los que aún viven, sobresale Joaquín Castellanos por su poema *El borracho*. El poeta ha pulsado en esta obra las cuerdas del escepticismo. Domina en todo el poema la nota pesimista, desagradable siempre y enemiga de la franca inspiración. Laméntanse de esa tendencia los autores del *Anuario*, por tratarse de un poeta que ha descrito nobles aspiraciones en *El viaje eterno* y *El nuevo Edén*, composiciones que pertenecen á otro orden de ideas más simpáticas.

La necesidad de poner fin á esta nota bibliográfica, nos obliga á pasar por alto otras obras, limitando nuestra tarea á ligera indicación de la prensa periódica argentina durante el año 1887.

Avalora la importancia del *Anuario* el catálogo de los *Diarios y periódicos de la República Argentina*, trabajo bien hecho y de notoria utilidad. Si la obra anual de Navarro Viola no tuviera otro mérito, sólo éste fuera suficiente para conquistarle justo renombre en el extenso campo de la bibliografía castellana. El catálogo abraza 97 páginas. Durante el año que comprende, registráronse en la República Argentina 443 publicaciones periódicas. De éstas, corresponden á la capital 204; á las provincias 233, y seis á los territorios federales. La prensa periódica tiene en Buenos Aires próspera vida. Todos los diarios son de gran tamaño, tipo norteamericano. El más antiguo de los que se publican en la República es *El Nacional*, fundado en 1851 por el Dr. Vélez, dirigido en la actualidad por Alberú. Siguen *La Nación*, con nueve columnas en cada página, *La Tribuna Nacional*, *La Prensa*, *El Censor*, *El Sud América* y otros, también en gran forma y de nueve á seis columnas de composición.

De todas esas publicaciones, 411 están redactadas en castellano, 17 en italiano, ocho en alemán, otras tantas en francés, igual número en inglés y tres en varios idiomas. Por las materias de que se han ocupado, pueden dividirse de esta forma:

Periódicos	Políticos, de noticias, etc.....	264
»	Literarios.....	7
»	Comerciales, agrícolas, etc.....	50
»	Educación.....	16
»	Científicos.....	13
»	Filosóficos y religiosos.....	15
»	Administración pública.....	12
»	Artes y recreo.....	40
»	Satíricos.....	8
»	Historia y Bellas letras.....	1
»	Geografía.....	2

Periódicos Ciencias jurídicas..	7
» Bibliografía.....	6
» Estadística.....	7
» Ejército.....	5

Pondremos fin á esta nota indicando que la prensa periódica puramente española ha estado representada por *El Correo Español*, fundado en 1872 por el Sr. Romero Jiménez y dirigido hoy por el periodista madrileño D. Justo S. López Gómara. Además de este importante diario, que defiende en Buenos Aires los intereses de la madre patria, publicáronse durante el año de 1887, entre otros, el *Boletín de la Cámara de Comercio española*, el *Laurak-Bat*, revista basco-española, *La Vanguardia española*, en la Plata, diario dirigido por D. Luis Mejía, y en la capital *La Papallona*, semanario de literatura redactado en catalán.

LUIS TRAMOYERES BLASCO.

Estudios sobre España, por JORGE HUNEEUS GANA.
(Santiago de Chile, 1889.)

Así se titulan dos volúmenes esmeradamente impresos que me trajo el correo de la América del Sur, y que desde el primer momento me atrajeron, obligándome á leer con mayor diligencia de la habitual en mí, y propósito de dar cuenta en esta sección de mi impresión definitiva.

Entre las muchas ligerezas que solemos cometer los españoles, figura en primer término la de no otorgar suma importancia á la producción literaria de nuestras antiguas colonias. La tiene desde el punto de vista patrió-

tico y social, aunque esencialmente ofrezca cierto carácter rudimentario, y haya sido hasta el día, con honrosas excepciones, pálido reflejo de la extranjera ó arcaica reminiscencia de la nuestra en los siglos XVI y XVII. Mas nosotros estamos obligados á estudiar la aurora que hoy luce, y debemos regocijarnos al comprobar que cada día se acercan más á la madre común los países hispano-americanos, y, sacudiendo el yugo de la imitación francesa, buscan sus modelos, no sólo en los antiguos clásicos españoles, sino en los grandes escritores contemporáneos.

Con mayor júbilo aún debemos congratularnos al ver que existen en el continente destinado por la Providencia y la historia á ser nuestra continuación, nuestro renuevo, el vivero de nuestra raza (como fueron el Peloponeso y la Argólida para Etruria en los tiempos heroicos), personas de gusto y corazón tan español como el autor de los *Estudios sobre España*. Al Sr. Jorge Huneeus le parece bien todo lo nuestro: no sólo le parece bien, sino que le parece excelente. Su optimismo nos ve al través de un rosado cristal, y no ya en los primores del ingenio,—donde en realidad descollamos todavía,—sino en las disciplinas científicas,—en que andamos como Dios quiere,—afirma que existe aquí un verdadero renacimiento, un estado de lozanía no inferior al de las más adelantadas naciones de Europa.

Respecto á la producción literaria, paréceme inmejorable la tesis del Sr. Huneeus, el cual aconseja á sus paisanos los chilenos que se dejen de modelos franceses y beban en fuentes españolas. «He creído siempre,—dice,—que entre nosotros se lee poco y se estudia menos á los autores españoles, por mero resultado de cierta atrasada antipatía, que, por causas políticas ya pasadas, tuvimos

en otro tiempo á España. De paso advertiré que á muchos les he oído esta confesión, y les he oído también declararse entusiastas partidarios de la literatura española á poco de verse compelidos á leer unos cuantos buenos libros castellanos. Hoy la antipatía ha pasado, sin duda, en todos los espíritus cultos y levantados; pero queda aún la ignorancia sobre España, y dura todavía en nuestras gentes la costumbre de no preocuparse poco ni mucho de los progresos de la madre patria. Ahora bien: no sé si fundada ó infundadamente, he pensado que, exhibiendo un cuadro demostrativo de los progresos de la España contemporánea, debe desaparecer la referida indiferencia y menosprecio que á muchas de nuestras gentes ilustradas inspira el que ellas suponen estado actual de España.»

Dios se lo pague al Sr. Huneus. Yo puedo asegurar que, aun cuando su libro no revelase un juicio tan claro, tal copia de *información*, tan vasta lectura y tales dotes de escritor sencillo y certero, me sentiría inclinada á incensarle sólo por esa simpatía y benevolencia que profesa hacia «libros y cosas de España», como él dice.

Los dos volúmenes de su obra no son un estudio metódico. El mismo autor confiesa que los ha formado con apuntaciones tomadas desde el colegio, sin orden ni más propósito que el de escribir artículos de diario. Por eso el material está como hacinado; las notas adolecen de desproporción, y el libro en conjunto parece una obra germánica donde sólo se aspirase á reunir—como objetos en un armario—elementos de lo que, con más elegante disposición y más plenitud de asunto, sería el mapa social é intelectual de la España posterior á la revolución del 68.

Así y todo, repito que la obra vale y merece mucho.

El capítulo titulado *Opiniones americanas acerca de la España contemporánea* es un inestimable arsenal de noticias, donde tenemos mucho que leer y meditar los escritores del lado acá del Atlántico. La *Bibliografía hispano-extranjera*, es un catálogo razonado y exactísimo, si he de juzgar por los libros que conozco de los que en ella se citan. Todo esto merece tanto más encarecimiento, cuanto que, si nos atenemos á algunas frases de su prólogo, el Sr. Huneus es muy joven ; está empezando su carrera de escritor. Y supongo que al llamarse *joven*, lo será de verdad y no de mentirijillas, como muchos caballeros que en la Península se declaran *muchachos* y siguen siéndolo desde los treinta hasta los cuarenta y cinco, más calvos que bola de billar y más entrecanos que gato maltés. Apunte el Sr. Huneus esta observación acerca de las costumbres literarias españolas, y sepa que aquí se apellida *joven*, no al que ha vivido poco, sino al que hizo casi nada. Menéndez y Pelayo (á quien el Sr. Huneus con razón admira) pasará por viejo muy pronto, aunque en realidad ahora se aproxima á la edad viril.

En general, la obra del Sr. Huneus se resiente de ser *ex-libris*, no impresión personal y auténtica del discreto autor. Los errores de su estimable trabajo son de aquellos que un año de residencia en la Península corregiría felizmente, y no revelan obtusidad de sentido crítico, sino sólo alejamiento del lugar que describe y del movimiento que reseña.

No cuento como error el conceder á Valera el primer lugar entre nuestros prosadores. Yo, que defendería acaloradamente y con copia de razones la negligencia del estilo de Galdós, y sería capaz de dedicar un libro á la demostración de que el más rico contingente para la lengua nueva es esa herrumbre ó ese *guano* de vulgarismos é

idiotismos que emplea el autor de *El Amigo Manso*, no puedo desconocer que, según ciertos cánones que merecen respeto y encierran un fondo de verdad, Valera es el estilista de primer orden. Á su lado colocaría yo á Pereda, y tal vez, en este concepto riguroso y estrecho, á nadie más.

Otras afirmaciones del Sr. Huneus son muy impugnable; pero válganle los aciertos, la intención leal y sana, el caudal de saber y la amenidad del estilo, para que sin reserva le felicite.

EMILIA PARDO BAZÁN.

ÍNDICE

	Páginas.
<i>Sedución</i> , por A. Palacio Valdés.....	5
<i>La Real Capilla de Granada</i> , por Francisco de Paula Valladar.....	19
<i>La Eloísa portuguesa</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	63
<i>El libro del Dr. Letamendi</i> , por Carlos Martín de Urrutia.....	93
<i>Las obras histórico-militares del capitán D. Francisco Barado</i> , por Luis Vidart.....	103
<i>Sección hispano-ultramarina</i> , por V. Barrantes.....	123
<i>El Tenorio de Zorrilla</i> , por Adolfo de Castro.....	147
<i>La Hermana San Sulpicio</i> , por J. Yxart.....	161
<i>Enfrente de la torre Eiffel</i> (poesía), por Manuel del Palacio.....	173
<i>Revista general</i> , por J. Lázaro.....	175

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

<i>Vida y escritos de D. Vicente de los Ríos</i> , de D. Luis Vidart, por Rafael Altamira.....	189
<i>Anuario bibliográfico de la República Argentina</i> , por Luis Tramoyeres Blasco.....	192
<i>Estudios sobre España</i> , de Jorge Huneeus Gana, por Emilia Pardo Bazán.....	201